

DINOSAURIOS

María José Bovi

DINOSAURIOS

MONOAMBIENTE EDITORIAL

Tucumán

2017

Bovi, María José

Dinosaurios / María José Bovi ; contribuciones de Marcos Nahuel Escobar ... [et al.] ; ilustrado por María del Huerto Romano ; Jorge Sebastián Atar ; María José Bovi ; prólogo de Clara Inés Pilipovsky. - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : María José Bovi, 2017.

176 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-42-5063-6

I. Violencia de Género. I. Escobar, Marcos Nahuel, colab. II. Romano, María del Huerto, ilus. III. Atar, Jorge Sebastián, ilus. IV. Bovi, María José, ilus. V. Pilipovsky, Clara Inés, prolog. VI. Título.

CDD 362.829

Diseño de tapa:

Paula Casalderrey

www.estudiofeo.com

Video incluido:

Marcos Nahuel Escobar, Jorge Sebastián Atar Balocco, Patricio Galo, María José Bovi

Ilustraciones:

María del Huerto Romano, Jorge Sebastián Atar Balocco, María José Bovi

Monoambiente Editorial

San Miguel de Tucumán (Tucumán)

E-mail: editorialmonoambiente@gmail.com

Fb: Monoambiente Editorial

IG: Monoambiente Editorial

A Marcos Escobar por haberme acompañado en este largo proceso de encontrarme, por ser inmenso compañero, por sentir conmigo, por tanto amor amando amante.

A Polo Rojas por levantar el puño femenino izquierdo y hacerme saber que no estaba sola cuando necesité gritar.

A Jorge Atar por ser mi hermano espacial, mi compañero de travesuras en silencio, de espíritu elevado, de Arte e intoxicación por Arte, mi mitad con barba.

A Santi Urrea y Santi Fernández por hincharse la vena conmigo gritando Libertad, por mirarme a los ojos cuando hubo caos, por tener la mano lista para invitarme a jugar.

A Huerto Romano, Augusto Obeso, Gastón Fernández, Guada Rossa, Bárbara Arias, Alice Mayer, Juan Bo, Cele Guiñazú, Flaca Dakak, Martín Sueldo, Mari y Bela Molas

por ser mis hermanxs de la vida y no haber dejado que las distancian generen olvidos y desamores; por estar hace tanto, por estar hace poco con tanto.

A mi abuelo que me guarda los secretos, **a mis abuelas** que me han enseñado tanto,

a mi mamá por hacerme saber que soy luz,

a mi papá por ser un gran hombre y padre,

a mis hermanas por ser las amores más grandes en mi vida.

A mis sobrinxs para que crezcan sabiendo que la palabra es un arma de lucha y para ella.

A todxs lxs que pusieron sus brazos cuando me tiré de espaldas al vacío. A lxs que siempre supieron que el desorden corría a mi lado, detrás de mí, delante mío y estuvieron siempre segurxs de que yo ganaría la carrera, que yo encontraría la paz.

A TODAS LAS MUJERES que tuvieron un camino difícil y que el patriarcado quiso expulsarlas de este mundo, de este sistema.

A VOS, en especial, **MÓNICA ANDRADA** por ser la guerrera más inmensa que conozco, por ser la Mujer más valiente.

PRÓLOGO

Escrituras múltiples dan cuenta de los saberes del cuerpo y de los dolores del alma en los Dinosaurios de María José Bovi. Escrituras intersticiales, recorren textos “autobiográficos” (¿?), de la experiencia cotidiana para socavar sistemas, instituciones, poderes, lugares comunes.

La letra de la resistencia emerge en estas páginas que integran sin duda, los avatares de las escrituras de Género. El poder de la palabra en la voz de la Mujer y su inserción en la cultura latinoamericana ha recorrido un largo camino: enfrentamientos, resistencias, búsqueda de igualdad, pero sobre todo, en los tiempos actuales, reconocimiento de la alteridad. Y es aquí en este mundo de la diferencia, donde la narradora se inserta con fuerza, construyendo un lugar, o muchos que van desde los espacios públicos, las calles, los bares, hasta el de los más privados.

El mundo erótico, diversas formas de la intimidad femenina dan cuenta de una escena, de un espectáculo que no se escamotea. Un cierto voyeurismo a veces intrigante, a veces violento está presente en episodios, en historias fragmentarias.

Vivencias y propuestas escriturarias de una cultura juvenil integra a Dinosaurios en un mundo que no disfraza un presente desolador, catastrófico.

La pregunta de la modernidad o tal vez de toda la literatura: ¿cómo contar la experiencia?, no soslaya sin embargo las entrelineas que se pueden leer y que pertenecen a un plano de búsqueda personal: ¿quién soy? o ¿dónde estoy?

Búsqueda que sin duda seguirá recorriendo su camino.

Clara Inés Pilipovski

MUJER

**HAY DÍAS EN LOS QUE SER MUJER ES UN CRIMEN,
PORQUE LOS PECHOS ATRAEN PITOS DESCARRIADOS,
SEDIENTOS DE ACABARLOS;
PORQUE LOS CULOS ATRAEN PROFESIONALES EN
MASTURBACIÓN
Y LAS VAGINAS...**

**¡QUÉ DECIR DE LAS BELLAS PARTURIENTAS!
ELIJO SER MUJER, PERO TEMO
DEL TAXI QUE SE PARÓ EN LA ESQUINA Y MIRA,
DE LOS BESOS QUE VIENEN DE LA ESPALDA,
DE LAS MANOS TORPES QUE GOLPEAN,
DE LOS FALSOS PEDIDOS DE HORA
EN MEDIO DE UNA PARANOICA CAMINATA.
ELIJO SER MUJER
Y ME TOCO
Y ME AMO.**

**ME DESCUBRO Y ME INVESTIGO,
PERO SIEMPRE PUERTAS ADENTRO,
AFUERA MI CONDICIÓN SE EMPEQUEÑECE
Y UN MONSTRUO SIN CORPIÑO ME ACUSA,
ME MALTRATA, ME VIOLA, ME ASESINA.
ELIJO SER MUJER TODOS LOS DÍAS,
AUNQUE SIEMPRE HAY UNE OTRE
QUERIENDO QUITARME LA LUCHA.
TEMO A LO QUE EXISTE,
PORQUE ES MÁS MONSTRUOSO
UN DINOSAURIO CON HUMANIDAD,
QUE MUCHAS PAREDES HABLANDO.**

Hoy me pregunto ¿QUÉ ES SER MUJER?

La primera menstruación fue acompañada de ese título “ya no sos más una niña, ahora sos una mujercita”.

¿Cuándo era niña no lo era acaso? ¿Indisponerme decreta serla?

Cuando me paraba frente al espejo, tantas veces, inflando la panza, mirándola de costado, de frente, tocándomela, soñaba que algún día me tocaría serlo. También cuando mi panza realmente se enaltecía, y no por un juego, y creció y gestó en mi cuerpo pulsaciones dobles, sentí que ya había llegado el día de ser Mujer

¿Pero ser madre es ser Mujer? Y dejar de ser dos en una... ¿es dejar de serla?

Y en la ducha, cuando veía mis pechos, enjuagaba mi vagina, me decía a mí misma Mujer

¿Mi cuerpo lo determina? ¿Mi biología me declara tal?

Creí sentirme Mujer cuando logré que chabones me miraran a la cara para decirme que les gustaba, cuando nos llevamos a la cama para que me digan ahí “hermosa muchachita”.

¿Pero un hombre me categoriza Mujer?

Y cuando con una Mujer nos llevamos a la cama y jugamos con nuestros mismos genitales

¿Fue eso ser-la?

Cuando me pinté los labios, me puse zapatos altos y vestido, me han dicho “¡qué increíble Mujer!”

Y cuando salí de jean, corbata y camisa “¡qué bajón que sea tan chaboncito, sería una linda minita!”.

Las pinturas y los aros, las pulseras y perfumes para damas, el pelo largo o corto, jamás rapado, jamás pelado

¿Todo esto define la que soy?

Yo no sé bien qué es ser Mujer, pero sí supe y sé lo que es correr peligro siéndola.

Yo no sé bien qué es ser Mujer, pero sé defender mis derechos, porque soy humana y muchos se olvidan eso.

Yo no sé bien qué es ser Mujer, pero sé defender a mis compañeras, sé levantar el brazo por aquellas a las que no pudimos defender; sé lo que se siente que nos toquen el culo,

que nos miren las tetas, nos encierren en un baño, nos digan putas, gordas, ramerás, trolas; sé lo que se sienten las miradas lascivas, que nos insulten por gritar ¡pajero!, que nos peguen hasta no poder abrir los ojos.

Quizás sí sé bien lo que es ser Mujer, ser un cuerpo, un alma, un pensamiento, un corazón, una palabra que anda, un lenguaje que nunca acaba.

Quizás sí sé bien lo que es ser Mujer, es elegir Ser la que Soy.
¿Hay algo más grande que me defina como tal que simplemente elegir-la Ser?

Me encantaría que todos, todas, puedan entender que no es una guerra de sexos de lo que hablo, sino tan solo una dulce utopía que voy a llamar “dulce humanidad”.

MARÍA JOSÉ BOVI

MARÍA Y CLARA



- I -

MUJER, NO DEJES DE LUCCHAR

Me permití no definir a Clara, que la imagen sea pura y exclusivamente suya sin interferir la mía sobre ella. Lo decidí el día que Clara escribió "*Mujer, no dejés de luchar*", una hermosa prosa en una servilleta de papel que abandonó en la mesa del bar Pal Pueblo , si mal no recuerdo, ubicado en la Calle Alberdi y 24 de Septiembre. Lo decidí ese mismo miércoles porque terminé de confirmar que en cada bar donde ella aparecía y también yo, aunque yo no era la condición sine quanon, Clara dejaba palabras sueltas en la mesa un segundo antes de desaparecer y de las que no se había estado encargando toda la noche, sino más bien reflejaban escrituras de desesperación que aceleraban sus huídas; se notaba en el trazo y también en sus manos, que ágiles, temblaban con cada gota de tinta sembrada en esos papeles que luego yo recogía:

Una aguja cae bailando con un hilo al mar.

Se pierde.

La mano que soltó la aguja posa su mirada en el agua y la ve ir,
sin detenerla,

la ve ir sin sentir que se va, sólo la ve ir.

El cuerpo, donde habita aquella mano que soltó la aguja, se
acuesta en el puente,

se sostiene el mentón con ambas manos y se observa en el agua
casi sin pestañar,

casi siendo una con su reflejo.

Es tan imposible ser solo una.

Allí abajo, en el fondo del mar, suena música clásica, la aguja no
deja de bailar.

Afuera suena el bullicio, la Mujer no deja de pensar.

Los sueños se abandonan, como el hilo a la aguja y no la aguja al
hilo, no flotan, se sumergen,
pero están, por ahí, bailando.

Tan frágil, tan pequeña, tan doméstica.

Cayó sin más.

Cayó una Mujer al agua, dice el capitán mientras sostiene la
aguja que acaba de pescar.

Cayó entera, pero en pedazos.

Cayó tranquila, pero sola.

Cayó, sabiendo que caía y hasta casi pareciera que se lanzó.

Una aguja que danza con sus hilos en el mar puede ser siempre
una Mujer sumergida,

cansada de esperar que el pito la deje de empujar.

Cansada de cintos rotos en sus caderas parturientas,
cansada de llevar encima de su cabeza un moño y en su dedo un
anillo que la sujeta,

cansada de barrer y no parar de hacerlo,

cansada de ser

Mujer

y no encontrar, para tan bello sexo, el remedio.

Me enamoré de Clara. Leyéndola intensa, desesperada, simplemente como ella se presentaba. Yo necesitaba intensidad en mi vida. Fue casi sin pensarlo. De pronto mi cabeza se llenó de Clara, solo de ella siendo escritos.

- II -

LA VIDA SE TE PONE NEGRA MUJER

Ese “anónimo” me hizo pensar que algo sucedía, algo muy profundo masticaba su cabeza. Con el paso del tiempo y con las excesivas recolectas de palabras fui entendiendo lo que ocurría y también, junto a ella, lo que significa ser Mujer. Juro que me ha cambiado la vida. Clara cambió mi vida desde ese primer instante lúdico en que la vi tirando señales al viento, hasta el último instante, cuando ella fue viento.

Y no tan solo fue ese el que me hizo sospechar, sino también aquél escrito que dejó en el bar Pangea, Laprida y no sé qué otra calle, quizás San Juan, quizás no. Recuerdo que noté también que jamás había encontrado a Clara durante el día. Sorprendente para una ciudad tan pequeña y para ya ser caras conocidas, o para al menos yo conocer su cara (nunca pude confirmar si ella sabía con qué recurrencia nos encontrábamos. Sus estados habían construido recuerdos vagos, muy imprecisos. Confió siempre en los relatos ajenos. De esa forma vivió). La mujer vampiro, pensaba yo. Después dejó de ser ella, fue mutando para mí, fui mutando por Clara. Y todo comenzó desde que empezamos a encontrarnos muy seguido (algunos relatos de sus días y de nuestros encuentros eran suyos, es por eso que puedo hablar ahora de un “nosotras” con seguridad), en todas las puestas solares, en todas las lunares.

Clara, aquél miércoles en Pangea garabateó esto:

He notado que tengo los dedos manchados de revolver
tanta porquería.
Los dedos oscuros, manchados de abismos.
Los dedos mordidos por intentar evitar el hambre de las malas
pasadas,
que intentan apoderarse de mis extremidades.
Las uñas quebradas por buscar salidas.

Fumo. Miro.
Fumo. Pienso.
Pienso pensando sin pensar.
¿Cómo?
Pienso pensando.
Pensando desordenadamente.
Encuentro el hilo y soy Euforia.
Soy canción. Soy luz. Soy placer. Soy Apolo.
ACABA.
TODO ACABA SIEMPRE PORQUE ALGO NACE.
Pero no estoy naciendo.
Estoy sumamente triste.
Tristeza humana.
Tristeza por tristeza.
¡BRINDO POR MI TRISTEZA!

La tristeza también necesitó de tiempo para que la entienda, incluso llegué a conocer lo que se siente vivir con ella. Clara había sido muy amiga de Ana, también de Mía, quienes contribuyeron a generar su abatimiento (ella se había apoderado de estas nominaciones del libro Abzurdah: Anorexia -Ana- y Bulimia- Mia). En los actos de vomitar Clara siempre había querido sacar más que los atracones, al igual que en los actos de dejar de comer. Nunca dejó de ser amiga de Ana y Mía, y ellas tampoco dejaron que Clara se aleje. Esta fue una forma más de aumentar al autoboicot .

Clara arañó las paredes de un subsuelo sin puerta de salida. Arañó su cuerpo, al que también laceró y hostigó con cuchillas, con punzones, con simples agujas, con retazos de vidrio, con bisturís robados de salas de hospitales. También encontró luz en algunas ocasiones (¿dónde se habrá perdido la luz de Clara?) y en otras una fuerza inapropiada la empujaba hacia un paraíso, pero terminaba siendo como ella decía en su poema: “no estoy naciendo” (era en estas palabras donde su trazo visibilizaba una actitud decidida). Clara también intentó prender luces para sobrevivir, pero mientras tanto se le fueron consumiendo las mechas del vivir. Podía ella ser otras, mil veces, pero nunca ser ella. Nunca pudo.

A mí siempre me gustaron las heroínas, también los héroes, y he jugado a ser una en más de una ocasión, porque considero que las “vidas-caos” necesitan de cuerpos especiales para sobrevivirlas. Yo, nuevamente quería salvar a alguien, aun sabiendo que la salvación tenía que ser primero la Mía. Y quería hacerlo porque desde que entendí el significado de mi nombre, María, asumí cada descripción de él como algo inalterable: “le gusta resolver problemas ajenos”... Hoy pienso que me hubiese gustado salvarme de Clara y otros ‘hoy’ siento que fue necesario no hacerlo y dedicarme solo a intentar salvarla. De todas maneras, antes y durante de ella no había pensado en mi propia salvación. Aprendí con esto que no hay que desafiar a la vida, pero cómo iba a saberlo en aquellos momentos en los que solo Clara y la idea de ser la salvadora estaban en mi cabeza. Yo quise limpiar sus dedos manchados de abismos y pintarle las uñas con mundos. Nunca se conjugó mas que como una posibilidad.

-III- PASTILLERO

Hoy decidí comer un sándwich de galletas y huevo frito, me dijo Clara apoyada sobre la barra del bar de mala muerte al que solía ir los miércoles para poner un corte a mi semana, para encontrarla. Sí. Cayó mi celular a la sartén y dejó la tierra del suelo, donde también hoy se había caído. El médico dijo que tengo que comer con sal, por hoy, mi presión está muy baja, puedo no ser nunca más yo si no me cuido, ser del viento. En la oscuridad es difícil cocinar y además di vuelta el huevo con los dedos. Me he quemado. Eso estaba claro desde un principio. Tengo lagañas por haberme dormido un gato, un pato, un rato. Dijo esto enojada y un poco confundida. Y tengo puerro, quiero decir suero, no, sueño. La enfermera me dejó el brazo con moretones (mostrándomelos lo dijo), le dije que debía inyectarme en la mano, no quiso escucharme. Si hubiese entrado al hospital diciendo que maté un gato no me hubiesen creído, la fiebre era alta, no hubiese sido lo mismo entrando a mi cuarto, todos lo hubiesen afirmado. No maté al gato, ni al ratón, pero se me cerró la trampa en la lengua cuando quise robar el queso. Perdí el habla. Dicen que puedo seguir comunicándome, pero creo que ahora mi pensamiento, también el pinzamiento, está desordenado porque intento recordar cuánto son dos más cuatro y siempre llego al número sin raíz. Esa raíz yo sé que está en la papa. Ya no recuerdo cuándo limpié por última vez la heladera, pero hay un niño, no, un niño no, sería una locura tener un niño en la heladera, hay un vino, que bebí y después vomité, oh, sobre el huevo (lo dijo agarrándose la frente y mirando al suelo, nuevamente con una expresión de frustración que esta vez me llenó de angustia). ¿De qué sirve estar despierta?, ¿no?, pero justo suena el despertador cuando me pregunto eso y termino abriendo los ojos, intentando darme una respuesta. Yo me río, ¿sabés?, me río cuando no doy más del sueño, pero al fin y al cabo termino retomándolo. No al vino, al sueño. Creo que he hablado demasiado, no importa, no me des bola, estoy borracha, muy drogada, porque tomo pastillas, pastillas para la depresión, para dormir, para no tener pánico, para

no volverme loca (y se rió con tristeza), las pastillas con alcohol te hacen mierda, no las tomes, bueno, me voy. Se levantó y se fue. Volvió al instante y me ofreció tomar un pase con ella en el baño, *“es la única forma de que llegue a casa, disculpá, soy Clara”*. *“Y yo soy...”*. Se lo tomó de un solo saque , me dejó una pequeña línea en una bolsa y salió. Intensa Clara, viviendo en la oscuridad de los tiempos, pensé mientras inhalaba mirándome al espejo para calcularle a mi nariz.

-IV- RESACA

No te soporto cabeza. Sabía que no tenía que tomar ese yuto pase, maldita sea la hora en que decidí hacerlo, pensó María. Luego se cambió y salió de su casa pateando todo, arrojando objetos fuertemente contra el piso, aunque hacer eso le dolió. Maldecía, mientras todo, al mundo en un gran insulto. El mínimo choque en la vereda con la turbia multitud lograba enloquecerla y hacia que pierda las cadenas ¿Hasta dónde me tiene conquistada la libertad?, pensaba mientras tropezaba. Anarquía. Un sexo. Fuerza. Un empujón para finalizar con piñas de callejón con traje.

Una señora que pasaba le agarró el brazo pidiendo “¡por favor!”. María la miró asustándola con sus ojos y huyó durante gritos. Cuando el pulso la detuvo junto al semáforo recién pensó claramente y empobreció su alma con mil culpas.

Seguido, cambió el rumbo, entró en un barrio de turbinas en rienda suelta, callejón de arrabaleras y hermafroditas sirenas que intentaban con énfasis liberar a algún Ulises. Un dinero brilló en la oscuridad, una sombra lo recibió y entregó un paquetito iluminado por la repentina luz. María le compraba al Gran Zuta, nuevamente..

Llegó a casa, se sentó en la mesa con la prisa que transmiten los apresurados de trabajo, prendió un porro y apresuró la dosis.

- No, no, no. Yo tuve un día del orto, necesito relajarme -mientras me empujaba cuando yo le hablaba y volvía a consumir- todo es cuestión de tiempo me inventaron las falsas sonrisas, pero cada menos de media hora una dosis afecta a la ciudad, calma un corazón roído, enciende una cabeza apagada, apaga una cabeza encendida. Maldita Clara, maldita, la odio, por qué mierda apareció en mi vida, yo estaba curada, yo estaba curada, ahhh, hija de un cura.

María empezó a romper todo en su casa otra vez. Tiró el ventilador contra la pared y lo destrozó, tiró vasos, platos, tiró la biblioteca, y se sentó a escribir, enardecida:

PERDÓN LAS DISCULPAS

Así se escribe, culiao.

Así se escribe para hacer pingo al sistema.

Yo me sentí una estúpida en un segundo. Encuentro historias, invento también, en las que nuestro esta yuta realidad enmascarándola con palabras bonitas, bonitas para mi boca. Y eso no me importa porque yo no quiero ser un yuto Borges, ni la nueva vanguardia, ni la literatura incomprensible de metáforas.

Yo quiero que a lxs pibxs del barrio, a esxs pibxs que los ratis lxs cagan a palos por su cara de 'pibxs de barrio', quiero que les llegue lo que yo escribo porque para ellxs quiero escribir.

Yo quiero que las pibas que son violadas, maltratadas, desgastadas, a las putas de vestido corto, a las putas que se cogen a todxs, a las putas que quedan embarazadas y a las putas que abortan, les llegue lo que escribo.

Yo quiero sentarme con lxs que consumen paco, con lxs que consumen merca y otras tantas porquerías y decirles que, aunque ellxs no crean, yo escribo para que nos entendamos porque yo lxs entiendo y ellxs pueden entenderme, no es la droga lo que nos une, vieja, es la yuta vida, es la felicidad que no existe porque no perdura, esa felicidad que nadie nos inventa ya y nosotrxs tampoco podemos porque nos coge el yuto sistema, esa puta felicidad que solo la encontramos cuando consumimos. Mierda. Consumimos mierda.

Nos cogen con un plato de fideos que se repite, nos cogen mientras hacemos lo que sea para que puedan tener sabor distinto todos los días, nos cogen con una heladera vacía y que ya ni importa porque siempre es así, nos cogen porque tenemos que caminar a todos lados porque nueve pesos para el bondi ya son tres tortillas. Nos cogen lxs gobernantes, nos coge el sistema.

Ajá, me agarraste parada yuto sistema.

Me agarraste consciente de que vos y la gente que lleva tu Estado, tu maldito gobierno, son unas mierdas que nos cogen.

Papá, mamá, abuela, tías, primxs, profesorxs, amigxs, hijxs y nietxs discúlpenme, pero hoy estoy que no aguanto, porque me despierto y mi cabeza arranca y no para, mi cabeza piensa y piensa y hasta me dice que tengo que dejar de pensar. ¡Cómo quieren! ¡Cómo! ¡Si yo no encuentro trabajo y quienes lo necesitan más que

yo tampoco, si yo no encuentro nada barato y quienes lo necesitan más que yo ni siquiera lo piensan, y qué más da!! Un vino lo hace todo más divertido y muchas veces es el canje por los fideos ya tan aburridos. El sistema jamás va a ser justo, porque no existe la justicia.

Ya no sueño, Marx es una farsa cuando salgo a la calle y eso sí que es tremendo. Pero lucho. Y cuando me siento desparramada de cansancio sin moverme y me llevo el porro a la boca, durante días, durante varios días, y ya no quiero, simplemente no quiero, viene el sistema y me caga a patadas, en la jeta.

Y me levanto, tiro a la mierda esa tuca y salgo, y agito en una movilización y, por qué no, en un barrio y por qué no en mi propia casa con mi propia gente, y no paro hasta que vuelvo a caer.

Yo víctima del sistema, no me victimizo porque así lo dejo ganar.

Yo víctima del sistema me levanto, me miro al espejo, me lavo la cara, me sorprende de mis ojeras y siento que yo Virgen por el sistema no muero, pero tampoco bien cogida, y que vos que estás a mi lado, mucho menos.

Terminó ese escrito plasmado de esperanza, pero ella quedó con resaca de la vida, se tiró en el sillón sin querer seguir con nada, observando su casa destruida, llorando en silencio, pensando en Clara y pensar en ella le hizo doler, la azotó rápido. Decidió tomar una pastilla para la calma, porque ella también tomaba pastillas para la depresión, para el pánico, para la locura.

María sentía la sociedad en el pecho, todos los días, desde que respiraba hasta que intentaba no hacerlo. Sus andares eran colmados de paisajes dolorosos, llenos de diferencias y marginalidad; paisajes en donde ella intentaba con literatura iluminar, pero siempre era esto tan difícil porque el Arte sigue sin matar al hambre y al desamparo.

Todo el fuego se apagó cuando María quedó dormida.

-V-

EL CUARTO DE LA INFANCIA

Los peluches sonreían, amontonados en un moisés; los muñecos traveseaban felices; los autitos, los camiones, los soldados, los juguetes que siempre les dijeron que eran de varones.

¿Estará mi carpita tan linda?, se preguntaron por su casa, por su metacasa, la casa china, la caja de crayones y la plastilina.

Se oían canciones de princesas y se sentían pasos de héroes en plena lucha.

¿Estarán las hadas bailando en los alrededores de la luz?, fue la segunda pregunta que se hicieron y pensaron rápidamente si estarían junto a las manos de su madre, o si las manos de su madre estarían en algún momento en sus caritas. Pronto empezaron a temer a los recuerdos, a su travesía innata, a esa travesía llena de magia pura, a los sueños teñidos de sublime imaginación y a los juegos que fingían nunca acabar.

¡Oh moisés, seguí agarrando a los peluches amontonados en vos!; me están sonriendo y sólo puedo ver sus manchados dientes; mientras, los muñecos están planeando algo y se ríen de mí a carcajadas de radio mal sintonizada. Sus corazones querían vomitar, pero no estaban realmente seguras que de allí venía la descompostura.

Los autitos prendían y apagaban sus luces mientras pisaban fuerte los aceleradores; los camiones, con caras borrachas de gordos rufianes, perseguían a los soldados y los apuraban para embestirlas con aquellas bocas del diablo, señalando su rostro.

¡Oh moisés, detenelos! No los soltés, moisés, se ha trabado la cerradura de mi habitación. ¡Mamá! ¡La puerta mamá! ¡Maaaaamáaaa!

Ellas se encontraron enteramente asustadas cuando las hadas empezaron a comer la luz. ¡No lo hagan por favor, deténganse! ¡Mamáaaaa! Necesito encontrar mi carpita antes que la oscuridad me consuma y me convierta en víctima de este montón de juguetes que intentan jugar hasta nunca acabar.

¿Dónde está mi carpita? No podían pensar que estaban

escondiéndose como antes cuando mamá iba a limpiar; ahora mamá no estaba y había mucho que limpiar.

Encontraron una sábana, la usaron de manta, taparon sus rostros mientras tararearon estrepitosamente canciones de princesas. Cantaban fuerte porque querían aturdir a los juguetes. Nadie podrá morderme los tobillos, ni hacer jugarretas conmigo, repetían una y otra vez.

La magia de la mano madre se había derrumbado, solo se vieron a lo lejos unos cuantos dedos de bruja de sonrisa violeta, los que ya no podrían calmarlas porque los juegos habían dejado de ser sueños. Ya no se jugaba, ya no se soñaba.

Soy prisionera de mi propia imaginación, idealizar tanto enmudeció mis sentidos y me abrió las puertas de este cuarto lleno de infancia que duele, y se envolvieron enteras con la sábana blanca, se balancearon para adelante y para atrás, tapando sus oídos porque de adentro suyo salía todo.

Cada noche que regresaban borrachas a casa caían al abrir la puerta de la habitación, volviendo a ser presas de la infancia que no habían olvidado, que las perseguía, las sujetaba y les mordía las entrañas haciéndoles creer que el sufrimiento era lo único que tenían merecido en esta vida y que la desgracia era un aventón, un laberinto sin salida, un pasaje solo de ida.

Clara y María, en dos puntos totalmente diferentes del espacio, pero en el mismo tiempo, despertaron transpiradas, con resaca otra vez. Un sueño abrumador acababa de asaltarlas: peluches, juguetes, madres, hadas, carpas; no lograban entender si realmente eso había sucedido, no podían distinguir al sueño de la realidad y tampoco hasta dónde su intento de modificar el mundo había hecho de él un invento puro.

Clara y María se confundían porque amanecían envueltas en sábanas blancas y alguien las observaba

extendiéndoles un vaso de agua, sonriéndoles y haciéndoles saber que estaban en casa, que los dinosaurios ya se habían ido. Y recordaban, ambas, tantas veces que se habían pasado a la cama de su hermana para rezar, porque estos grotescos animales les habían hecho mojar el colchón. Ninguna supo que la otra había soñado lo mismo. Ninguna supo lo que es vivir sin pesadillas.

Se levantaron finalmente e hicieron pasar el día con cosas rutinarias esperando inconsciente y conscientemente, la noche.

-VI- ES COMO ANDAR DE A DOS

Se miraron desde las esquinas del sucio bar y lo comprendieron. María sigue comprendiéndolo aún: ambas eran de otro mundo.

Siempre creyeron en la existencia de realidades paralelas que chocan entre sí para unirse y hacerse una; realidades de otros mundos, de otros universos, pero que al fin y al cabo conformaban un mismo Cosmos, y esto es lo importante: la unidad y no la unicidad.

Ellas comprendieron que eran realidades paralelas, que iban a estrellarse, iban a hacerse una, esa misma noche, en ese mismo sucio bar.

Recuerdo cuando se miraron por primera vez, según lo que yo sé, en un baño público. Un espejo, María por delante, Clara por detrás y yo más atrás. ¿Vieron cuando una tiene un dejavú y siente la sensación de haber ya vivido lo que esta viviendo? Así. ¿O cuando creemos haber visto a esas personas en otro lado, una y mil veces? Así. Recuerdo también, y todavía más, cuando Clara estuvo al frente, María detrás y yo más atrás.

Clara era muy sombría, podíamos jurar con María que la idea de morir la acechaba y que, muchas veces, era ella quien le agarraba la mano a la Muerte. Pude notarlo en sus dedos manchados de tabaco, de vómitos, de noches y pastillas. María también pudo notarlo de la misma manera, mientras recordaba el poema de Clara que había encontrado en Pangea. Pudimos notarlo por sus brazos recién, siempre recientemente, cicatrizados.

Sus ojos eran preciosos, muy grandes, con bellísimas pestañas. Su mirada era de otro tiempo, de otro lugar. Jamás pudimos imaginarla subida a la Luna, era demasiada luz para ella, a pesar de salir de noche. Pudimos verla arder, prenderse fuego y no gritar. El goce del dolor siempre fue su mejor perfume. ¡Qué estrambótica Mujer!

Al empezar a encontrarse, María y Clara, notaron que eran vecinas de piso. Hubo una primera cena para conocer a la vecina. Hubo frecuentes cenas luego de aquella noche. María nunca

dejó de sentirse atraída por Clara, debo admitir que yo tampoco, pero María la amaba apasionadamente y sabemos bien que las pasiones muchas veces nos conducen a lugares bellos, pero otras nos llevan a la oscuridad y el dolor. María había buscado a Clara durante mucho tiempo, pero también en otras oportunidades quiso cerrarle la puerta con intenciones de no volver a abrírsele.

Clara empezó a mostrarse cada más débil con el paso de los días, de los meses, de los años. Los pocos colores de su piel fueron desapareciendo, aparecieron todos los golpes, cada uno de ellos. Desaparecía su risa y fue así como empezó un proceso lento de desaparición de su sonrisa. Su cuerpo se mostró mutilado, fragmentado, estrangulado, unido en imperfectas partes. María podría haber puesto un brazo en lugar de la cabeza de Clara, la cabeza en los pies y hubiese sido lo mismo para aquella.

Su mirada fue reflejo de vacío y eternidad, sus palabras resultaban inentendibles.

Cuando peor la vio, María más se acercó a ella para ayudarla; incluso la llevó a casa y se dedicó a levantarla cada mañana (a veces recién a la tarde, a veces después de días), a abrir las cortinas soportando los enojos por ese acto, a abrazar a Clara mientras lloraba y repetía frases sin sentido, a regalarle poemas con todas sus palabras y las de ella.

María curaba las enfermedades de su compañera con toda la medicina que alcanzaba a sus manos, la sacaba a pasear arrastrándola y aguantando después sus cachetadas, sus patadas, sus innumerables ‘te odio’.

También corría por las calles para llegar a casa a tiempo y encontrarla viva, o, encontrarla al borde de morir, lista para ser metida en la ducha, lista para ser sacudida y revivir. Igualmente corría para encontrar las pastillas, las drogas, las bebidas, las tijeras, los bisturís, los cuchillos y hasta los bolsos armados.

Clara siempre estaba al borde de irse o se encontraba haciendo malabares en la cornisa; siempre sentada en el balcón, siempre triste, ausente, enojada; siempre tan difícil y tan irrecuperable, siempre tan lejana y poco atrapable.

Los años fueron pasando y María nunca dejó de sujetarla. No quería que se vaya porque si se iba, la llevaba. Esto lo sabíamos ambas. Y no era el temor a que la lleve lo que hacía que se esfuercen tanto, sino la incontrolable pasión que la sujetaba a Clara. Fueron

años de luchas sin cesar.

María había perdido la fe en lograr salvarla, pero no la fuerza. Algo pugnaba por seguir y ella lo notaba mirándose cansada al espejo. La vio en el espejo de su baño, la imagen de los sucios espejos públicos ya se encontraba absorbida en su rostro; la veía en sus ojos, en su piel, en sus brazos. Veía triste a Clara y se sentía una con ella, la veía feliz y sentía que la perdía, aunque de verdad solo le hubiera gustado encontrarla feliz e imaginar que ella también lo era. La veía como otra realidad, como otro mundo, como ajena, pero a la vez unida consigo, como si fuese ella multiplicada, como si fuese ella, como si estuviesen aguantando la vida que se hacía insostenible, como si fuesen ellas queriendo al mismo tiempo de morir, vivir. Después nuevamente la veía y eran dos, eran aquel espejo que caminaba con los mismos pies y besaba con la misma boca a dios y al diablo, a la vida y a la Muerte.

-VII- LOS JAZMINES NO SE PASAN DE ESTACIÓN

Martes 9:30 am y un pleno desayuno. Clara a María:

- Quiero contarte algo - después de haber permanecido en silencio más de trece minutos revolviendo su café con leche, sin mirar, sin estar.

- Dale, te escucho- María dejó todo lo que estaba haciendo, pensando, y la miró con amor. Clara nunca hablaba, era momento de aprovechar que por fin eso estaba sucediendo.

Clara no habló. Se levantó de la mesa y salió de la cocina. María no entendió lo que sucedía y cuando se paró a buscarla Clara regresó, se sentó en la mesa, le entregó unos cuantos papeles y se sumergió en el remolino sin sentido que se formaba dentro de su taza.

María un poco desconcertada la observó un microsegundo y empezó a leer:

- Eso no va a pasar. Vamos a vivir juntos. Vamos a solucionar las cosas en la medida de lo posible. Ya no importa más nada, amor

- Yo no puedo. Todo es un caos ahora. Acabo de irme de casa, acabo de empezar a trabajar más horas porque mi abuela me esconde la comida y tengo que traer plata porque ya no estudio. No vamos a hacerlo

- Dejemos de suponer, ¿sí? Ahora nos demos amor. Te extraño. Besito, besito, besito.

- Yo también te extraño, igual ahora voy a dejarte porque es tarde, ¿sí? ¿El viernes a qué horas llegarás?

- Al mediodía, amor. Pero voy a comer con mi familia y de ahí voy a raptarte. Te amo.

- Te amo. Hasta mañana.

Recuerda ese día como si fuese ayer. Recuerda todos los ayeres como si fuesen ayer.

Agosto, 26. 4:45 am.

"lléveme al hospital Pablo Soria por favor".

Agosto, 26. 14:30 pm.

- Disculpe, enfermera ¿Qué pasó?

- Ya va a venir el doctor a hablar con usted, madrecita. Quietita ahora que voy a ponerle el calmante.

Y solo recuerda que se perdió en sueños de fármacos y estrellas. Enfermeras danzando alrededor, la señora del lado dormida y la del otro lado leyendo una revista de Susana. Sí, la recuerda. Estaba bajo las páginas y movió sus labios mientras la miraba, pero luego perdió todo. Fue un alfiler lanzado al mar. Sintió la caída, el vértigo y desapareció.

- ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué voy a hacer yo? -y lloró al teléfono.

- Vamos a hacer esto juntos. Yo jamás voy a dejarte sola. Ahora comienza nuestra verdadera historia de amor para siempre y por siempre de la que tantas veces hablamos. No llores más por favor, te va a hacer mal y yo no puedo escucharte así. Quiero abrazarte, amor.

- Vení entonces. Volvé. Yo te necesito acá ¿qué voy a hacer?

- No puedo volver amor, ya lo sabés. No me hagas esto. Mi mami igual habló conmigo y dijo que apenas termine de rendir me va a mandar plata para que viaje.

- Te pago yo el pasaje, eso no importa. Yo tengo plata para los dos. Yo necesito que vengas. A mí se me acaba de complicar toda la vida, estoy muy asustada.

- Amor, necesito que me escuches. Necesito que seas fuerte. Faltan dos semanas para que yo rinda matemática y viaje. Vamos a seguir hablando todos los días, no voy a dejarte sola. Pero esperame, sé fuerte y esperá que yo llegue. Cuando esté yo allá vamos a hablar con todos para que no tengas que afrontar esta

situación sola. Ahora vino la Marisol, después te llamo, ¿sí?

- A vos no te importo. Chau -cortó el teléfono y solo se dedicó a leer mensajes de llamadas perdidas y promesas de amor.

Tres días después de esta última llamada ella sonreía a todo. Compraba revistas para aprender a comer sano, había dejado de fumar, de beber y también un trabajo. Había decidido arriesgarse a perder la vista dejando el tratamiento de sus ojos porque podía ser peligroso. Ya no más pastillas, de ningún tipo. Ella caminaba por la ciudad y se paraba en varias vidrieras, las miraba y se miraba en ellas, sonreía. A veces entraba a los locales y salía con la billetera vacía, pero todo lo que compraba lo escondía bajo el colchón para que nadie se dé cuenta. Hablaban por teléfono todos los días, incluso cuatro veces en el mismo día, ella le contaba cada cosa que sentía.

- ¿Hola? ¿Me escuchás?

- Sí, amor, pero estoy ocupado.

- Escuchá esto y te dejo (Tuctuctuctuctuc, un montón de tuctuc por minuto)

- Se escucha muy bien. Te amo. Después hablamos, ¿dale?

- Te amo, también.

Agosto, 25. 18:45 pm.

- ¿Cuándo vas a venir? Ya pasaron dos semanas. Ya no puedo seguir mintiendo a todos. En el trabajo mis compañeras creo que se dieron cuenta. Vomito todo el tiempo, todo me cae mal, la presión se me baja más que nunca. Mi abuela me observa todo el tiempo y estoy cansada. Tuve que decirle a tu mamá que no iré más a trabajar porque ella no es estúpida.

- Amor, mi mamá está muy enojada porque no me presenté a rendir. No va a querer mandarme plata. Yo quiero ir, te lo juro, pero estoy muy complicado.

- Te dije que te pagaba el pasaje yo.

- No, necesitamos guardar esa plata.

- No, necesitamos que vos vengas. Eso necesitamos nosotros.

- No me hagas sentir mal, no puedo ir.

- No querés venir.

- No puedo

- Bueno, como digas. Me siento una estúpida. Hace muchos días te vengo rogando que vengas. Y no me parece una estupidez lo que pido.

- Estás susceptible.

- Y vos sos un pelotudo. Chau - Cortó el teléfono y lo apagó.

Agosto, 25. 23:45 pm.

- Amor, ¿qué pasa? ¿por qué llorás?

- Tengo un dolor muy fuerte, no aguanto más. Me dan puntadas. No sé qué tomar. El médico no me responde. No puedo decirle a mi abuela. ¡Ay ayy!, me duele mucho amor.

- Respirá, tenés que respirar. Hablemos de otra cosa así no pensás en eso.

Agosto, 26. 4:10 am.

Mierda, me hice la pis en la cama, 18 años de boluda tengo, dijo palpando la sábana y el colchón en la oscuridad. Cuando prendió la luz de la mesita de luz se asustó al ver su mano. Levantó la sábana y el susto fue mayor. Llamó al Call Center y avisó que no iría, se sentía enferma. Agarró las sábanas, las llevó a la ducha en puntas de pie para que la abuela no se levante. Refregó el colchón llorando. Limpió el piso. Se metió en la ducha. Sólo observó con miedo la bañera. Observó todo con miedo. Luego de cambiarse a las apuradas, preparó el bolso y puso adentro los estudios. Bajó y tomó el primer taxi que pasó.

"Al hospital Pablo Soria por favor" (...) "Disculpe enfermera, dígame por favor qué pasa" (...) "Ahora viene el Doc."

Agosto, 28. 10:30 am.

- ¿Hola? ¿Amor sos vos?
- Hola, sí. Necesito que hablemos.
- Intenté llamarte y tenías el celular apagado. ¿Estás enojada?
- Perdí el bebé

Y lloró en el teléfono. Lloró en el parque frente al Hospital. Lloró en el semáforo en verde. Lloró en la risa de un niño en la hamaca. Lloró en la canción de cumpleaños. Lloró en el día de la madre. Lloró con el aire, con el agua, con el fuego y con la tierra. Lloró mares y ríos y también lagunas. Lloró hasta criar renacuajos en sus ojos, lloró la leche de sus pezones, lloró su panza perdida. Lloró el silencio, lloró la espera, lloró la respuesta de su compañero cuando le dijo hay que pensar en positivo, que se ahorran problemas familiares. Lloró de noche, también de día. Lloró días, meses y muchos años. Lloró sabiendo que la salvación había sido una transfusión de sangre, lloró la salvación. Lloró muchas vueltas de reloj por los más de 90 días siendo mamá. Lloró con la misma rapidez que los latidos en aquella ecografía. Lloró por la muerte, lloró en la vida.

- Esa canción me hace acordar a cuando estaba embarazada
- Perdón, ya la saco.
- No no, dejala que me encanta. Me acuerdo el día que todo el susto pasó y ser mamá me hizo ver la vida de otra manera. Compraba ropita unisex y la guardaba bajo el colchón y en la mesa de luz tenía una lista de nombres que me gustaban. Esta canción sonaba un día que en una plaza leyendo, me agarré la panza y le escribí a mi hijo, a mi hija, su primer poema. Jaja. ¡Qué loca!
- ¿Lo tenés?
- ¿Al poema?
- Sí
- No. Cuando viajé a Mar del Plata, me paré una noche en un puentecito y tiré el poema al agua, junto a una rosa blanca, con mi vestido negro y de rodillas; inspiré muy profundo y lo dejé

partir. A él, a mi hijo, a mi hija, y a la que yo fui.

- Querés que...
- ¿Vayamos a comprar la comida?
- Sí, sí.
- Bueno, voy al baño y vamos.

Y en la soledad tomó su vientre y volvió a despedirse con una lágrima mientras cantaba bajito la canción de cuna: *“todas las hojas son del viento, ya que él las mueve hasta la muerte, menos la luz del sol”*. Y en la soledad, muchos años después, se dio cuenta que su cuerpo había expulsado algo que jamás había deseado, pero el destino siempre tan incierto le había hecho llegar. Y en la soledad de un consultorio entendió que ficcionalizar para convertir en historia feliz lo más perturbador, el temor, y la sensación de estar perdida, de no saber qué hacer, de sentirte atada, no había sido una buena elección. Solo había alimentado a un monstruo gigante que le mentía que ser madre era su salvación y que al no serlo estaba condenada a morir de dolor; un monstruo gigante que estuvo esperando ansioso la muerte para poder empezar a destruir, destruirla y ayudarla a golpearse el pecho en cada fecha, junto a un incesante llanto que la hacía seguir mintiéndose para lograr cosechar una cebolla de autodestrucción con infinitas capas

María terminó de leer y miró a Clara con los ojos muy abiertos. Sus piernas estaban cruzadas, la izquierda sobre la derecha y su codo izquierdo apoyado sobre el muslo del mismo lado, mientras que con su mano izquierda revolvía el café. María sabía que Clara se encontraba abstraída por la nocturnidad, esta le avisaba sin querer avisarle, evitando la verdad con los dedos, moviéndolos, sacándose los cueritos de los dedos derechos hasta sangrar, comiéndose las uñas. Luego apoyó su codo izquierdo sobre el sillón de mimbre que tantos años tenía (no recuerdo ya su historia. Era de la India...tal vez no. Había sido regateado en una feria. No. Era simplemente parte de una herencia que no les pertenecía). La figura que se formaba desde su hombro izquierdo pasando por el codo, subiendo hasta la muñeca, quebrada de manera que ofrecía los vértices de los dedos al suelo, dibujaba un cisne: cisne negro de patas atadas y alas cortas. Sobre esta quebradura su quijada se asentaba, puntiaguda y suave, sosteniendo su vida porque nadie más podía hacerlo (aunque María lo intentaba). Así, ella miraba la vela encendida sobre la mesa sin mirarla. ¿Dónde estarás mirando?, me preguntaba yo mientras la miraba con ternura; creo que María se preguntaba lo mismo porque gesticulaba como yo. Le hacía mal ese sentimiento, lo sabíamos. La mirada tierna y la ternura le daban espasmos. Sólo sabía ofrecerla, nunca nadie le enseñó a disfrutar recibirla.

Por momentos regresaba, acariciándose el pelo, con ojos púber, cerrados. Los pensamientos la atormentaban justo en ese momento, yo lo sabía, nosotras lo sabíamos. Los tormentos aparecían disimulados en un acto de amor y se afirmaban en su fruncir de ceño y en su pequeña boca, que se arrugaba toda mientras su nariz intentaba descender hasta besar sus labios.

Era en esos momentos cuando más ganas de llorar tenían, mientras ronroneaba, mientras frotaba su rostro sobre su hombro izquierdo, de arriba hacia abajo, mientras frotaba su piel de bebé arrojando la suavidad que el dolor le regalaba y dirigía una sinfonía de lágrimas que reventaban en silencio sobre el suelo. Queríamos salvarla, siempre, nunca sabíamos cómo.

De pronto sujetaba una mano con la otra, se las miraba y se posicionaba de manera tal que dios hubiese creído que estaba por rezar. Pero no, no era así. Yo lo sabía. Nosotras lo sabíamos.

Ella no rezaba, jamás había rezado, aunque siempre quiso hacerlo; sólo purgaba su alma después de haberse confesado sus pecados, para luego castigarse. Clara solo pensaba cómo debía levantar su cabeza y amarse. Y en el primer intento se encontró conmigo, en silencio, observándola, gozando de ella y con María odiando su sufrimiento.

En una pequeña sonrisa de su boca ahogada intentó explicar que no sabía hacerlo y levantó los hombros para luego llorar. Se reía, lloraba, sollozaba y aspiraba su dolor. Se sentía niña, indefensa, dejando de entender la realidad y sus leyes, sólo quería a papá aun sabiendo que no lo quería, no es él a quien quería, sólo quería protección y la confundía con él.

Siguió llorando un buen rato porque el mundo le hacía daño (una vez más), porque la vida le daba latigazos con un rebenque en su blanca espalda (una vez más), porque no sabía cómo salvarse del fuego (nunca aprendió). Nunca nadie le dijo ya no sos chica; sola con su vientre enarbolado se sintió grande. Nunca nadie le dijo sos chica; sola sin su vientre enarbolado quiso serlo. Lloraba porque ya no sabía cómo salvarse del fuego del Infierno (nunca pudo dejar de creer en él y de sentir sus pies quemados por haberse confundido de camino).

Una vez más la inmensidad la abducía y le hacía sentir la nada en su piel. No supo cómo explicar que estaba perdida. Ella buscó la Luna y quiso que ésta le responda sobre el Ser. Le susurró al Sol, al no encontrarla, que estaba asombrada de la rapidez en la que perdía la Tierra y aún más en la velocidad en la que esta la acechaba a golpes por abandonarla.

María la perdió esa mañana en tristezas profundas (todos los días la perdía un rato). Quería salvarla, siempre, nunca sabíamos cómo. La perdió en enojos y reproches de ella para ella.

Clara llorando, en el último sollozo de velorio, me pidió a mí, su cabeza, que me detenga. Y yo, no pude detenerme porque tengo una pasión sin límites por ella. Por María. Por el fácil estrabismo mental que poseen, por mi facilidad de convencerlas de no estar bien, de estar perdidas sin retorno.

Y así, en silencio, ellas compartieron un desayuno que se hizo espeso, sin azúcar, sin mermelada. Un té con pan y nada más que eso, una repetición de té con pan y nada más que eso.

Luego se acostaron en la cama sin detener el silencio aun preniendo el televisor, y se enroscaron, cada una de su lado, con sus manos bajo sus rostros, con las rodillas al pecho y lloraron en silencio, hasta dormir.

-VIII- DÍA PARA AMBULANCIA

Qué explote el mundo, María. Hoy ya no lo quiero. Ya no lo quiero más. Qué explote todo. Hoy ya no quiero nada. Qué venga un barco cargado de esperanza y si no viene que se hunda la Tierra en el mar y que se vaya todo al carajo, María. Qué caiga una bomba y nos lleve a todos juntos, y a todas, y a cada especie. Que no nos haga doler a unas pocas, ni a unos pocas, María. Estoy cansada de que nos aniquile despacio, que no lo haga. Ya, que nos mate rápido este mundo de mierda, ¿sabés por qué María?, porque en un montón de camas esta noche se va a seguir vomitando el dolor, porque hay dolor María. Que se acabe el día conmigo llorando, así, así como estoy, abrazándome el llanto acumulado en las rodillas. Qué no se detenga el tiempo, María, porque si él cura las heridas que pase volando. Quiero una mañana de paz, y si no viene...

Clara se detuvo, giró su cabeza y miró hacia afuera soltando lágrimas, muchas lágrimas, y con la boca hecha un patito que temblaba... Si no viene, que explote el mundo, María, porque tampoco lo voy a querer... Y regresó su mirada hacia el suelo de la habitación.

Escuchame, Clara ¿Y si te entiendo y vos me entendés y nos estamos entendiendo? ¿Y si cada vez que vos me mirás, y yo te miro, nos estamos mirando porque sabemos que la otra la mira a una? ¿Y si ese es el entendimiento? ¿El único entendimiento que necesitamos? ¿Y si en tu mirada me encuentro y comprendo el universo todo? ¡Y peor, Clara! ¿Si vos me mirás, te encontrás y comprendes el universo entero? ¿Qué voy a hacer si llega la noche y no puedo mirarte?, me voy a perder, Clara. Y quizás vos también te pierdas en la noche sin mirarme. Y quizás nunca más encontremos la mirada de la otra y quizás siempre tengamos la mirada nublada de lágrimas, y quizás la respiración entrecortada y busquemos en todos los costados y quizás corramos moviendo los brazos y llorando la vida, quizás la lloramos toda, Clara. Quizás nos olvidamos de las miradas, quizás no hay un para siempre, quizás la muerte, quizás el fin. Clara, ¿y si acaso cuando te miro

solo pienso en tu mirada y eso es todo? ¿Y si vos cuando me miras solo pensás en mi mirada? ¡El fin, qué más da, Clara!

A veces cuando te escucho me pregunto si he dejado de caer, me lo pregunto así, recostada en el suelo, bajo la luz de la lámpara, con el sonido de la heladera que nunca cesa, aunque a veces es lo único que me demuestra que todo esto, esta realidad, es cierta. Realmente me hacés preguntarme si he dejado de caer, María. Yo aprendí a estar en el suelo y no en el cielo, a fragmentarme y no armarme, ni amarme, ni mermar con tanto duelo. Huelo, quizás, mi atrevimiento, quizás me veo y me miento, quizás a veces me siento en movimiento. ¿Será que la heladera me hiela la verdadera realidad, María? ¿Me la sostiene? ¿Será que este foco me atropella las pupilas, me las cierra y siempre detiene mis palabras más no mi pensamiento? ¿Será que nada puede detenerlo? ¿O será que abrí los ojos y vi luz? ¿Un día entero con vida desde el primer momento? No, pensar en vida me espanta, me hace irme despacio a la cama y quitarme los zapatos y envolverme y mentirme. Quizás, María, todo es cuestión de cordones y de órdenes ¿No? ¿Será?

Mirá Clara, yo no tengo las respuestas que vos buscás, sólo tengo amor, mucho amor para darte, aunque muchas veces para vos el amor sea insuficiente o simplemente nada solucione, yo a veces quiero ser tu silencio y termino siendo tu tortura, y vos sos igual conmigo. Pero sos más canción, vos sos el conocimiento, esa canción que se escucha en auriculares, que te hace sentirte. Sentirte el corazón, los latidos del corazón. Vos, a veces, sos mi respiración, respiración que también siento, que controlo y no controlo. Vos me hacés sentir que corro por un pasillo sin buscar la Libertad porque soy libre. Sin buscar amor porque amo y te amo. Sin buscar las malditas drogas porque ya dejé los excesos, porque ya no las necesito. Sin buscar la luz porque los días son soleados, no importa como estén, importa cómo los veamos, Clara. ¿Y sabés qué? Vos me hacés sentir todo eso y yo me río mientras corro

hacia vos, porque la chusma se sonríe de verme pasar así, torpe y bruta, acelerada, chocando con todo lo que tengo cerca, vos a eso lo sabés, pero me mantengo de pie, Clara, con poca delicadeza, pero de pie. Vos sabés que mi performance es mi poca importancia, mi fácil desapego de la realidad, mi vuelo precoz, mi grito frente a los barriletes. Yo quiero volar, Clara. Quiero volar con vos. Y cuando siento que vuelo, ahí no más escribo poesías para alguien, para

vos Clara, para vos que me sos tan lejana. Pero te las escribo y te las regalo en actos de vandalismo. Vos me hacés preguntarme constantemente en dónde estoy, pero ya no me importa eso si estás conmigo, Clara.

Yo también me pregunto dónde estoy. Porque soy más desconocimiento, María. Yo en algún momento pensé que aquella mujer del espejo era yo. Pero ese reflejo es sólo lo que construyeron de mí. Y yo buscaba eso. Solo buscaba eso. Después de meses sin espejo en casa he notado que este objeto era sólo un medio, que la imagen existe. La máscara. El parecer. El otro. La creación divina de la chusma. La creación mortífera del aparato. El ser social, el mundo junto conmigo. María, yo todos los días me pregunto dónde estoy y por qué estoy donde estoy. ¿Vos sabés lo que es sentirse cansada en cada despertar, cuando ya te has acostado de la misma forma? ¿Vos sabés lo que es arrastrarse sin que nadie lo note porque sos máscara? Vos sabés que es de egoísta retener, vos lo sabés muy bien, María. Yo te retengo porque te necesito, porque sola no puedo, porque sola no aguanto, porque sos hermosa y me hacés cariños y me das besos y me haces el café con leche, tostados de queso y jugo de naranja, porque me acaricias el pelo sin que te lo pida, yo te necesito, pero esto ya es tan tóxico, tan enfermo, María. Yo me voy muriendo, vos me vas reteniendo. Vos te vas muriendo, yo te voy reteniendo. Mi amor, si yo te digo que las cosas a veces no pasan, no mejoran, es porque yo las tengo detenidas. Esto no es a propósito, sólo no sé soltar, pero tampoco sé de dónde estoy sosteniendo. Yo te lo dije ya, cerrá la puerta, andate o me voy porque estoy jodida. Yo tampoco sé cuidarme, ni cuidarte, vos lo hacés mejor no lo niego, pero andate porque ya no te escucho, María. Quizás, amor, hay que dejarme sola. Sólo quizás. Y bueno, si me mato, me mato, no creo que sea poca cosa, no. ¿Ves? A veces las cosas no pasan, quizás vos, ustedes, me tienen detenida y yo me quiero ir y vos, ustedes, por no saber soltar, no me respetan. Amor, dejá, no me abrases, no te me acerques, estoy detenida. Hoy no voy a hacer nada porque no estoy pensando, ¿no ves? En cama, tirada,

llorando un poco y otro poco y con la mirada perdida, así voy a estar. Quizás lo planeo, pero hoy no es el día. Sólo ándate, María. Dejame sola hoy. Si yo te digo que las cosas sí pasan es porque dejaron de ser retenidas, María. Cerró la puerta, amor.

Clara no amagaba, con María lo sabíamos, ella sabía soltar y si quería soltar era porque ya no quería sostener, porque ella sí sabía de dónde sujetar y de dónde no hacerlo, aunque decía que no.



-IX- DÍA DE AMOR

Dos días después Clara apareció en la cocina e interrumpió el bizcochuelo de chocolate que María intentaba hacer, acariciándola por detrás, respirándole en el oído y besándole el lóbulo de la oreja, frotando su nariz por su nuca, ronroneándole.

María se estremeció, a veces el amor le hacía doler, y ya no sabía cómo no doler con Clara, estaba intoxicada, pero no quería reconocerlo. Sólo el diablo sabe hasta donde la costumbre conduce al hombre, dijo un gran escritor. Pero cuando Clara estaba tan viva María no podía con ella. Ambas estaban enfermas, pero no querían reconocerlo en voz alta porque ponerle voz al pensamiento es darle vida, y es tan difícil eso. Hacer nacer, para hacer morir. En muchas ocasiones es necesario matar, pero ellas ya estaban encapsuladas por mí. Las tres lo sabíamos. No querían que yo hable en voz alta, me tenían miedo, pero hubiese sido mucho mejor que me den espacio porque yo no era lo que las estaba matando; yo intentaba salvarlas, ellas se confundían. Pero, cuando yo empezaba a hablar, me silenciaban rápidamente...

-Nos regalemos palabras de amor, o mejor de Libertad- dijo Clara, mientras se ponía frente a María y la tomaba de los brazos, abriendo desesperadamente los ojos, haciéndolos brillar, y sonriendo hasta casi reventar.

-Sí, lo hagamos, pero nos regalemos historias mejor- respondió María mientras le acomodaba el mechón de la frente.

- Un túnel para ir flotando.

-Abrir los brazos y volar, boca arriba, espalda abajo- María teatralizando sus palabras se arrojó hacia la cama, porque ya había decretado que el bizcochuelo solo iba a quedar como un intento.

- Andar por el túnel que se vuelve una espiral encendida en la punta para matar a los mosquitos.

-Esperá!! ¿Seré mosquito, mosca, alguna especie con alas? Porque si no, no vuelo.

-Tenés alas.

-Sí, pero no vuelo.

-Una luz blanca, en un túnel negro. Es imposible no volar así. Boca arriba, espalda abajo, vos lo dijiste. Cerrá los ojos, sentilo. Y empezá a flotar, no es caída- Clara le hablaba con tonos sensuales Se había puesto encima de María y le hablaba al oído, apoyando sus codos y antebrazos sobre el colchón- Porque antes de eso has tomado tanto aire... Tomá el aire. Tanto impulso... Tomá el impulso. Tomalos para que te alcancen durante todo el recorrido, que sea una especie de paracaídas pulmonar.

- Llega la sensación de liviandad- suspiró con los ojos cerrados, mientras sujetaba la cintura de Clara.

- Claro que sí. Y flotás como dando vueltas por el túnel, girando, los brazos se mueven para todos lados- empezó a moverle los brazos que estaban flojos y al soltarlos se acercó a su oído para susurrarle- vos seguís con los ojos cerrados y expirando poco a poco. Vas a dejar de sentir los intestinos, el estómago que tanto te ha molestado, el páncreas, ya no hay bazo, y los pulmones se te limpian, aunque no lo creas, ya vas a sentirlo.

-Se me estalla el corazón. Creo que voy a vomitarlo. La ansiedad es muy grande.

-Sí, es parte de todo esto. ¿Sabés que es bueno?, ya no te duelen las piernas, ¿sentís? Tampoco los brazos, un poco más y te va a dejar de doler la cabeza. Como a mí cuando te vea despegar.

-Estoy perdiendo la ropa, voy a quedarme en pura piel.

-Sí! Sí! La desnudez. Tocá con tus pensamientos la piel, acariciala, se está rejuveneciendo. Es un baño.

-La paz.

-La libertad- pronunció en un susurro sensual.

-El desprender.

-La ligereza- continuando con los susurros conquistadores.

-¿Me estoy muriendo, no es cierto?

-No, no otra vez.

-No entiendo- dijo María mientras abría los ojos y su rostro se inundaba de expresiones de extravío.

- El túnel como un tubo, dos entradas dos salidas. Si lo ponés horizontal, todo inmóvil. Si lo levantás del lado izquierdo, caés. Si lo levantás del derecho [...]

- [...] Caés también.

-Siempre se cae, María, no se puede evitar eso.

-Me estoy muriendo, ¿no es cierto? Mi corazón late muy despacio,

estoy casi sin respirar, el tiempo. ¡¡¡EL TIEMPO!!! Pierdo el tiempo. ¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? – inundándose de desesperación y con las emociones descontroladas en volumen máximo.

-Puedo irme sola, de nuevo. Puedo dejarte una vez más y esperar que me llames, que alguien llame.

-Pará, callate un segundo. ¡Alguien me dice algo!!

-No, nadie te dice nada. No hay nadie. No escuchás nada. No escuchemos nada, por favor.

-Sí, alguien dice algo, sh sh, por favor- yo le hablaba a María mientras Clara intentaba nuevamente dejarme callada.

-Nadie dice nada. No abras los ojos, el túnel, vamos, otra vez estás haciendo que el tubo se ponga inmóvil.

-Un te quiero, un te quiero lleno de lágrimas. No. Son dos. Pará pará son más- ya llorando.

-Vamos a retroceder si te bajás.

- ¿No podemos subirlos a todos, a todas?

-No saben aún volar.

-Les enseñemos, Clara.

-Sería egoísta, solo nosotras hemos elegido esto.

-Voy a cerrar los ojos, sigamos viajando.

-Te quiero.

-Te quiero mucho.

-Te quiero demasiado.

-Te amo, Clara.

- Qué lindos ojos tenés hoy. Me estás mirando. Hola linda, tanto tiempo.

- ¿Y el túnel?

- No sé, tengo una sonrisa para vos. Dejame que me fije que más te traje, un abrazo, un beso, una caricia- haciendo de cuenta que sacaba todo de la cartera.

- ¿Y el túnel? Voy a cerrar los ojos, yo estaba viajando. No, no me despiertes por favor.

-Hola -dice Clara sonriendo con fervor- quiero que viajes conmigo. ¿Podés?

-Yo estaba viajando, voy a cerrar los ojos. Hacé silencio por favor.

-Está bien, pero escuchame, lo giré al túnel y ahora todo lo que sube, baja. No abras los ojos todavía, los te quiero están desarmando el escenario, porque ya llegamos a casa, porque volvemos, las vacaciones no son para siempre.

- ¿Llegó el momento ya de trabajar?
- No lo sé, pero esto es tierra, la Tierra, y si vos la ponés horizontal te vas a dar cuenta que no es inmóvil.
- Tengo miedo.
- Lo sé y he traído barriletes.
- No me sueltes.
- Vamos vamos, hay que hacerlos volar.
- ¿Y si la casa no lo permite?
- Ya no hay fantasmas en la casa, amor. Ya no hay más.

Y en un abrazo silenciaron la ciudad y a mí. Así pudieron pasar un día más, fundidas, fundiéndose. Nuevamente yo era vencida. Yo lograba enloquecer a ambas, pero la fuerza de Clara era intensa y cada día todo se convertía en una guerra entre ambas, guerra perdida para mí.

- X -

¿QUÉ HARÍAS SIN MÍ?

Se levantó corriendo de la cama, vomitó en el baño y al mismo tiempo clavó un cuchillo en su vientre. Cayó al suelo y miró el techo durante un breve momento.

Se levantó corriendo de la cama, vomitó en el baño y enredó su cuello en un cinto, colgándose del palo de la cortina. Cayó al suelo y miró el techo durante un breve momento.

Se levantó corriendo de la cama, vomitó en el baño y disparó en su boca como en las películas. Cayó al suelo y miró al techo durante un breve momento.

Sin levantarse jamás de la cama, se levantó una y muchas veces más para vomitar en el baño y suicidarse tan lento que tenía tiempo de caerse al suelo y mirar al techo durante un breve momento.

Después sí vomitó, después sí se tiró al suelo a mirar el techo durante un breve momento, nadie sale entero después de morir seguido.

Clara se había despertado encerrada en sí misma, sin poder salir de allí dentro, por fin me escuchaba a mí y no a María.

Sin cambiarse, sin lavarse los dientes, sin mirarse se le pasó la mañana.

Clara estaba encerrada porque quería dejar de consumir drogas, porque quería dejar de vomitar, porque quería dejar de suicidarse. Estaba encerrada en la habitación también, solo muriendo porque había pensado que era la única forma de vivir. En realidad, solo estaba triste y había decidido esta vez no curarse las heridas, había decidido dejarlas a fuego vivo y esperar volver a dormir o dormir para siempre y dejar de esperar.

Martes a la mañana, 20 horas dormidas sin fármacos, drogas consumidas con frecuencia dejadas de consumir, un balcón y ella. Ella gritó. Sin decir nada en particular, sólo gritó, pero fuerte, muy fuerte, y entró a la habitación nuevamente después de vomitar hacia el patio del vecino de abajo, después de haberse tirado al suelo. Pateó la botella de agua. Abrió el ropero y empezó a tirar la ropa. Sacó los cajones de las mesas de luz y arrojó todo. Desconectó

el televisor y lo lanzó contra la pared. Destendió violentamente la cama y cayó de rodillas, apoyó su cara en el colchón y lloró, lloró su vida, lloró ese instante, lloró su desesperación, se lloró toda. Se dio vuelta y sujetó sus rodillas con sus brazos y se miró sentada de la misma forma unos años atrás. Los mismos problemas una vez más. Se levantó, levantó la guitarra y la quebró de un golpe contra la mesa. Tiró el teclado y lo pisó. De una cachetada la computadora cayó y hasta que no se rompió toda no la dejó. No quiso ver los mensajes, destruyó su celular y con el vidrio de aquella botella cortó uno de sus brazos, mientras gritaba porque le dolía. Esta vez gritaba con palabras: basta, por favor. Cayó de rodillas nuevamente empapada de sangre. Y entre todo el quilombo encontró una bolsa, la consumió sin pensarlo, ya no aguantaba más. Se le adormeció la nariz, el paladar y la espalda por la capa de súper héroe. Envolvió su brazo con un pañuelo, que muchas veces con su nudo había detenido a la muerte, se puso la campera verde y abrió la puerta de la habitación.

Clara, le dijo ella. Clara por favor, dijo ella. No me jodás, dijo Clara. Y en un segundo ya estaba afuera de casa. Era un mal día.

Mucho tiempo después, pero no tanto como un mes, María declaraba frente a una psicóloga, casi sin mirarla:

“Clara se consumía mientras consumía. Nos consumía y consumíamos con ella. Era divertida, se ponía graciosa, sonreía, bailaba con todo el cuerpo girando las muñecas mientras movía su cabeza de un lado al otro, tarareaba canciones que solo ella conocía porque era ella cantando. Cerraba los ojos cuando lo hacía y brillaba, se los juro. La nariz blanca que nos hacía reír, los ojos rojos que abría mientras decía ‘buuuh’ y nos volvía hacer reír. Era una dulce y frenética demonia de piel blanca y largas ojeras. Me apretaba contra la pared, me mordía la boca y me preguntaba qué iba a hacer sin ella y yo me reía. Qué hija de yuta, qué hija de yuta, me lo hizo hasta un segundo antes la hija de yuta y hasta un segundo antes yo me reía. Es que ella al día siguiente se levantaba y llevaba su vida al hombro, hacía todo lo que tenía que hacer. Trabajaba en la oficina que odiaba, cocinaba, daba de comer al perro de la calle, regaba las plantas, limpiaba, se pintaba las uñas, los labios, se arreglaba, hasta que volvía a consumir, se reía, nos reíamos y así

todos los días. Qué me iba a imaginar yo que en ningún momento dejaba de consumir, no podía ya seguirla en todos sus vericuetos, eso era totalmente enfermo, no me llamaba la atención y además no podía con su marcha. Jamás pude con su marcha. Qué hija de yuta, nunca pensé que lo haría.”

Ese martes Clara volvió y María la seguía esperando. Entró sonriendo. Le dio un beso en la frente, “vamos a comer afuera, me cambio y salimos”. María no pudo decirle nada porque ella con su sonrisa nuevamente la compraba, le quitaba las palabras. María sólo quería disfrutarla así, con vida. Comieron empanadas, tomaron una cerveza y se contaron anécdotas, las de siempre y otras nuevas. Llegaron los amigos, bebieron más, volvieron borrachas a la casa y durmieron corriendo un poco todo el quilombo. Al día siguiente Clara ya no estaba en la cama, una nota en la mesa: “Me estoy dando un ducha larga. Hermoso miércoles, tostadas en el horno, café hecho. ¿Qué harías sin mí?”

María leyó y se rió un largo rato. Esas pruebas de fuego siempre le daban gracia. Entró a la habitación nuevamente para buscar su camisa y luego salir.

María continuó su relato ante la psicóloga, mucho tiempo después, pero no tanto como un mes, diciendo:

“Solo los miércoles comíamos juntas. El trabajo, la facultad, las actividades, no nos hacían coincidir soles, solo lunas. Yo tenía un congreso, pero volví justo para poder almorzar con ella. Subí a la casa corriendo, necesitaba ir al baño y, además, se me había hecho tarde. Las empanadas habían demorado un montón y ya iban a ser casi las tres de la tarde. Al entrar no hizo falta más que ver su pañuelo sobre el bidet y el vómito en el inodoro. Salí descompuesta, salí temblando, me sostuve de la pared, miré hacia la habitación, la puerta cerrada y en la mesa un viejo recordatorio de tostadas, de café y de muerte. ‘¿Qué harías sin mí?’, se me vino a la cabeza. No pude esta vez reír. Qué hija de yuta, nunca pensé que lo haría.”

-XI-

EFFECTOS DE UNA MERMELADA BARATA

Miércoles 7.30 am sin ser una canción. El almuerzo está planeado como siempre y es la única actividad en la mañana que tengo, pero no puedo dormir. Tengo un cuerpo en mi cabeza que me reclama e implora en mis ojos un nuestro que yo no quiero regalar. Solo quiero regresar a la cama y que ya no esté.

Esto había escrito Clara en su cuaderno mientras María seguía en un sueño profundo.

Me cepillo el pelo mientras me observo en un espejo de 10x5cm, el único de la casa. Hace seis meses permanezco en un par de paredes sin poder observarme detenidamente, pero eso me hace bien. Mi imagen enferma está guardada en un cajón, que está guardado para el tiempo, que el tiempo pronto borraré. Me cepillo el pelo y por tercer día consecutivo tengo entre mis dedos 3 cm cúbicos de cabello que intento hacer crecer duplicando mis hormonas en shampoos baratos y cremas caras. Pienso en el cáncer.

Pensaba en él detenidamente y se imaginaba en una bañera que rebalsaba de agua espumada, Janis Joplin cantando alrededor, en sus dedos una copa que no caía y un vino que no terminaba de caer, mientras el perro de la calle lo lamía del suelo. El cuerpo desnudo, pálido como invierno en primavera, la boca con un beso rojo estrellado fuera de ella, sobre los cachetes, y de los párpados cayendo la tinta negra con la que dibujaba sus expresiones sin poder mirarlas nunca. Detrás de la jabonera, un blíster vacío que no paraba de contar a los forenses el desconsuelo. Pensaba en el cáncer.

He decidido no amarla. Lo decidí mientras endulzaba mi café como nunca jamás lo hago, como la amo que tampoco nunca jamás lo hice. Porque si me pongo a pensar en qué es realmente el amor, pienso que eso ya pasó de moda, aunque si pienso en ella no me importa usar yoguín con ojotas, ojotas con medias, y medias horas para amarla. No me importa usar días para ello. Hoy me decidí no amarla, sólo a ella.

Y sentada de piernas finamente cruzadas oía de la ciudad lo que ella quería que escuche y nada más: bocinas, el vecino bañarse y cantar, la tortilla en la boca, la respiración dificultosa y los ronquidos, los de María.

En cada sorbo de café pienso cómo decirle que se vaya y no vuelva, ella sabe que mi amor es del viento, no sé amar. Ella lo quiere guardar en un frasco de mermelada barata y no puedo tolerar eso, lo que no significa que jamás vaya a ser guardada en uno, pero tengo la esperanza que será del mejor dulce, dulce de higos enteros, dulces con ciruelas transpirando almíbar en la boca.

Empezó a perder el hilo de la historia en sabores. Pensó en el cáncer. Se acercó luego a la habitación y la observó:

- Andate, mierda, andate, dejame con ella - me dijo en silencio.

No quiero que me escuche, porque va a dolerle y después a mí, que no sepa amar no significa que no me haya encontrado sentimientos alguna vez. Ella me trajo dulce de duraznos y no veo las horas de poder probarlos. Si tan solo me dejara en paz yo podría comerlo con ella, saborearlos en un encuentro de amor.

Terminó de escribir eso y pensando en María dejó caer su espalda contra la pared, perdiendo su mirada. Luego retomó su confesión.

Todo sería tan nosotras que no existiría jamás la posibilidad de que yo desayune sin entregarle mis pies bajo la mesa y de vez en cuando ella dejaría el diario y me los besaría. Ay, ay, qué perfecto todo. Sería un 25 de mayo, esos días siempre son soleados y la gente come mandarinas en las plazas, la gente sale, la gente es verdaderamente feliz. El próximo veinticinco estaremos juntas, seremos nuestra propia Tierra y festejaremos nuestra propia Patria

Frunciendo el ceño agarró su vientre como si fuese a caérsele y después, en el baño, vomitó su pensar en el cáncer.

¿Cómo hago para que ella se vaya?, ¿para que se detenga y me deje?, se preguntó en voz alta dándome vida ante el pequeño espejo mientras secaba su rostro mojado.

No va a hacerlo, ella sabe que eso sería muy fácil. Cerraría la puerta y yo sólo sería feliz. Porque soy del viento, porque todo para mí es tan pasajero que un colectivo más que de mi estación salga será normal. Y con el cáncer hizo de las suyas, me retuvo sin promesas con olor a rosas, ni viajes en mis oídos invitándonos a escaparnos por el mundo, juntas, porque solas no servimos, me retuvo. En cambio, si lo haría ella- pensando en María - sabríamos que la posibilidad de pensarnos individuales por Madrid no existiría, pero no porque solas no servimos, sino porque solas nos extrañamos. Siempre estaríamos riendo a carcajadas y tomadas de la mano, o abrazadas dando pasos, listas para cualquiera de esas cámaras que fotografían los buenos momentos, los efímeros momentos que crean la felicidad y se convierten en imagen para conservarla. Yo de repente correría hacia la Fontana di Trevi y tiraría de espaldas la moneda y ella me sacaría una foto y yo le regalaría el espacio y sostendría su quijada observando con pasión su boca para luego terminar haciendo el amor en algún barco en Venecia. Pero si ella no va a dejarme, me iré antes del tiempo, me iré antes de la muerte. Y pensó en el cáncer, una vez más.

Volvió al cuarto a observar a María, se arrodilló frente a ella poniendo los codos sobre la cama y tapó su rostro empapado en silencio lagrimal. Lloró hasta sentir el vacío en el pecho, lloró muy fuerte la vida que se oprimía dentro de él.

Andate, mierda, andate, me dijo, déjame acá con ella.

Se levantó enojada y se dirigió a la puerta de entrada que abrió

dejando entrar la Libertad. Dicen que si una abre una puerta que se enfrenta a una ventana la corriente de aire es segura, es fuerte, y todo en cuestión de segundos se enfría. Todo se enfrió.

- ¿Amor? ¿A dónde vas?

Y ella explotando en llanto, tiesa, con la mano en el picaporte, pero del lado de afuera, quedó inmóvil mientras un nuevo mechón caía de su cabeza al suelo y también otro y la sangre salía de su nariz y también de su boca

- A bañarme para salir- mientras cerraba la puerta y volvía al frasco

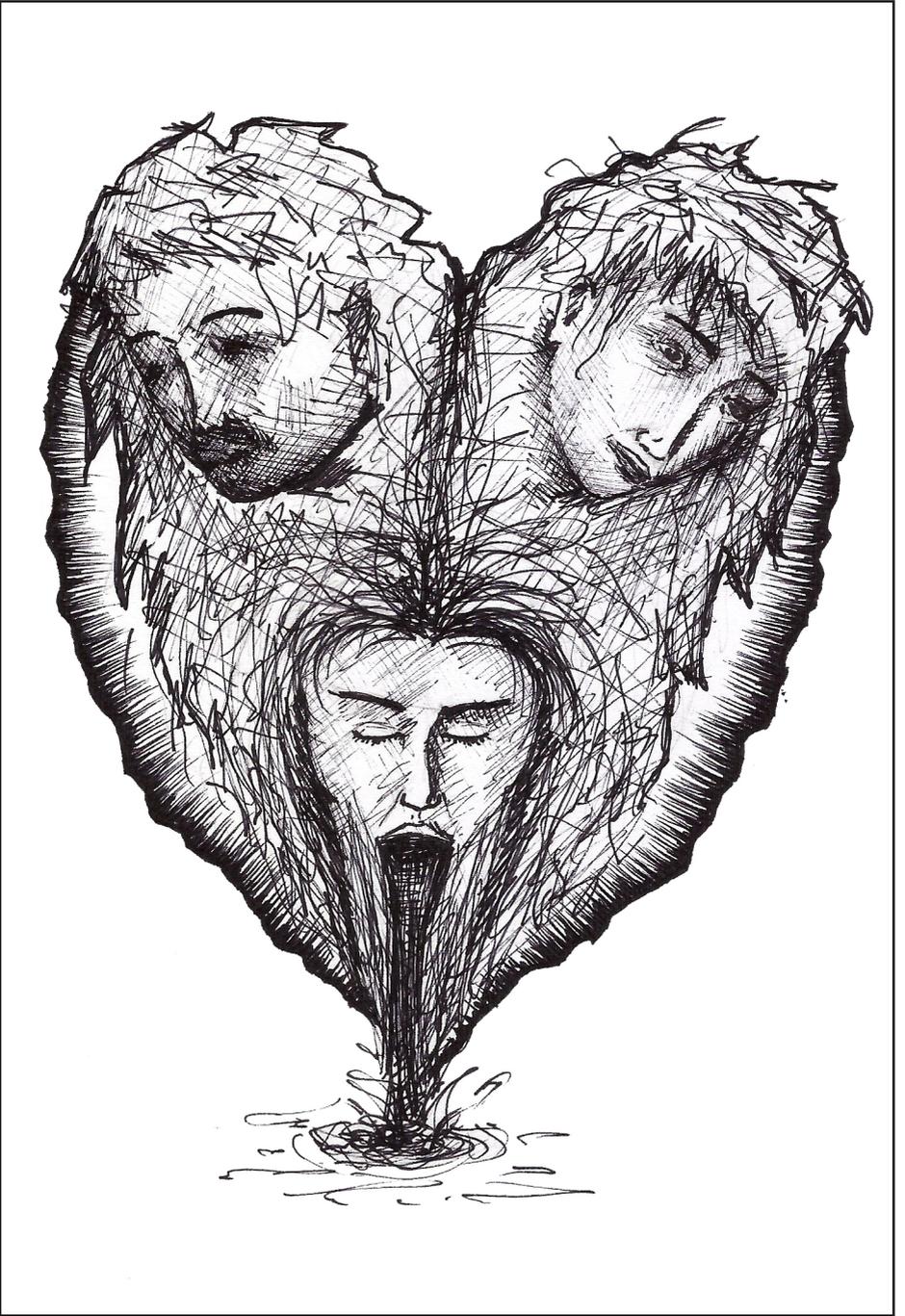
- Tomá las pastillas, no te olvides nena. Ya son las 9:30, apurate que no vas a llegar.

- Sí, ahora las tomo.

Fue a buscar un sacacorchos, unas sales de baño, un disco, una copa y cerró la puerta del baño poniendo música, como siempre. Y como siempre María salía a las apuradas porque llegaba tarde.

María tocó la puerta del baño y se despidió recordando que esta vez ella traería empanadas de queso, albahaca y tomate, que volvería a las, tal vez a las 13pm. Clara la escuchó a lo lejos, casi creyendo no oírlo.

MARÍA, CLARA Y LA CABEZA



El almuerzo desnudo podría haberse llamado la escena de ese miércoles. Clara se había suicidado, nunca se supo con certeza a qué hora. No sólo María, sino todos y todas sabían porqué, no fue esto una sorpresa. Clara estaba cansada de tanto, sabían. Aunque mucho después se empezó a conocer el verdadero “tanto” que había cansado a Clara.

Se ahorcó en su habitación, a puertas cerradas, con un cinto que había sujetado en el gancho que sostenía el palo de la cortina. Clara se había tomado todas sus pastillas, no se sabe si antes o durante. Yo fui la culpable, se los fui advirtiendo durante años, les dije que me dejen salir de adentro, porque había que hacer nacer, hacer morir, había que entristecer un par de rostros, perder amistades, encontrar otras. Nunca me dejaron hablar en voz alta, sólo me escucharon. Yo jamás dejé de conversarlas, incluso creo haber conversado más de lo normal en los últimos días. María tenía mucha fuerza y era una bellísima mujer, siempre radiante, siempre conquistadora. Era una mujer despierta, avivada, viva. María es una mujer así. Justamente por ello ese miércoles fue necesario enloquecer a Clara, marearla, hacerla que me ame y que se sujete a la idea de la Muerte, a la que también hice que ame y desee abrazarla con muchas ansias, fue lo que hizo de hecho. Fue necesario porque Clara era un monstruo, un dinosaurio que correteaba a María en sus sueños desde niña, en sus momentos diarios, que intentaba matarla siempre. Yo tuve que dejar de estar del lado de Clara, porque no voy a mentir, he ayudado a Clara durante muchos años a consumir la energía de María, a hacerla tropezar y reventarse contra el suelo. Como María se levantaba siempre me enamoré de ella, de su voluntad, de su fuerza, de su lucha y, ustedes ya sabrán, a veces estar enamorada te lleva a solo ver a la persona de quien estás enamorada. A todas nos sucede, a todos: hombres, mujeres, pensamientos. Yo solo pude ver a María. Y si algo hace sufrir a la persona que se ama, se intenta defender a esa persona de los males que la acechan y curar las heridas, es como una ley universal. Yo tenía que salvarla, yo tenía que encerrar al monstruo en un frasco y arrojarlo al mar. Ya era momento de que María y yo nos conociéramos, era momento de decirle a María lo mucho que la amaba y hacer todo para que ella me ame de la misma manera. Fue un proceso muy lento, porque la costumbre... ya dije lo que hace la costumbre.

Lo necesario para que salga todo bien entre nosotras fue torturar a Clara con intensas fiebres. Ese miércoles Clara transpiró su vida y de esta manera se deshizo de ella.

Yo nuevamente quiero estar en silencio y los anillos, cinco, me chistean para recordarme historias, Agustina en forma de delfín, un cumpleaños redondo y de plata, un regalo de mamá, un regalo de papá, un regalo de la abuela, un café compartido con esas personas a las que siempre se les sonrío y respeta, pero que jamás van a dar vueltas el cor-capar/azón (siempre que leo sus escritos que son tan buenos... ya ni sé si son buenos. No son buenos. Los detesto. Detesto leerlos, pero algo me causan... Nace en mí la mimesis, la maldita mimesis que corta con mi individualidad y me hace sentir idiota, porque aparecen estos juegos de palabrerías que no controlo y que detesto. Aparece un escrito de más de dos palabras que me hace sentir que no es esfuerzo mío, que no soy yo realmente, que son ellos y su hacer ruido en mi cabeza). No puedo más pensar en ellas, el sonido de las agujas me enloquece, el metrónomo que el vecino utiliza a la hora de la siesta para ensayar con su banda de mierda me trastorna.

Clara escribió ese miércoles que no conseguía dormir. Acto seguido se tiró en la cama, tapándose no sólo los oídos sino también la cara con el colchón y lloró, lloró esperando que me calle, pero jamás despertó a María que dormía a su lado. Y aún lastimándose la piel por intentar silenciarme, no lo logró.

Volvió a levantarse, se desprendió el reloj de la muñeca y lo guardó en una caja, la metió en la bañera, cerró la cortina, cerró la puerta y puso llave. Respiró mientras se le empapó la cara de regocijo.

Estoy lejos de casa, no tengo casa, tampoco tengo calle marcada por mi almohada. Tengo mi colchón en un suelo que yo no pago. Un colchón cerca de una mesa ratonera, de madera, vestida con esos trapos finos, rojo por cierto, con dragones en las esquinas que están bordados, de esas telas lindas, de gamuza, con bordes encintados, cinta de las buenas, de esas que recorren la mesa por el medio, sólo por el medio, tienen nombre pero no puedo recordarlo, es que la aguja del reloj de esa mesa me asfixia, un reloj que simula ser la huella de un perro, rosada por cierto, vaya uno a saber cuándo un perro fue rosado, sería más lógico y hasta agradable un delfín, una medusa, pero no, es un perro, no, una huella de un perro, que suena, sí, y yo doy vueltas alrededor del cubículo, desesperada, mirando al perro, a la huella del perro. Respirá, Clara, me repito.

Sentada dejó de escribir, apoyó los codos en la mesa y se apretó la frente con las yemas de los dedos y deslizándolas en dirección al centro de la cabeza, ese que es tan frágil, ese que no hay que golpearse al caer. Quería callarme.

“¡Cuántas veces me habré golpeado! Una vez, no sé cuántos días llevaba sin comer, quizás solo dos y estoy exagerando, pero dos seguro. Los chicles, los cigarrillos y el agua me mantenían con la cara pálida, perturbada, cuencas bajo los ojos y unos tintes ioláceos en los labios, pero me mantenían un abdomen firme”.

Ay abdomen, has crecido. ¡Cómo has crecido! junto con los brazos, dijo al entrar al baño para observar su cuerpo en el espejo. Frente a este levantó su remera, se miró fijamente y volvió a la mesa a escribir.

He perdido mi abdomen y mis pechos, veinticuatro años y los pechos caídos, desbaratos, sin esos seductores paraderos de besos que atraen a los caminantes cuando hace frío y nadie, mejor dicho nada, los abriga. Qué bello cuerpo de Mujer, tanto maltrato y mi piel sigue ahí dando revancha de juventud mientras la golpea con palabras Mi cabeza. Soy bruta, no controlo mi cuerpo, los movimientos de él y hace años, veinticuatro o quizás cuarenta y dos, que lo llevo puesto y no nos conocemos, ¡Hola, cuerpo!

Se lo miró de arriba hacia abajo, pero la marca del verano que no se había asentado en la muñeca gracias a la malla del reloj le hizo nuevamente doler la cabeza.

No estoy en casa, no puedo romper ese maldito reloj, tampoco puedo apagarlo. No estoy en casa, mientras muerdo tan fuerte que me cuesta abrir la boca para levantarme y llamar a María para que me salve

Y rápidamente, para que no pueda darme cuenta que se encontraba trastornada, aun sabiendo que Yo la trastornaba, abrió la puerta del baño, corrió la cortina, sacó la caja, sacó el reloj y lo calzó en la muñeca derecha, con la pantalla para abajo porque no soportaba ver las agujas.

Descanso. Hace días que necesito un descanso, pero el tiempo... Maldito tiempo. Ay, María querida, deseo decirte que realmente estoy tan mal, que necesitamos hablar sobre ese reloj, algo tenemos que hacer con él porque no me deja en paz, me persigue. Estoy bien mi querida, tuve una tarde tranquila, me tomé el tiempo para leer, quiero que sepas que te miento cada vez que te digo eso, mirá esta cara María, es una farsa, mis ojos te están mintiendo. Cuando terminás de guardar cosas en la heladera me mirás e inmediatamente te sonrío con cara de haber tenido una tarde tranquila junto con una lectura placentera.

Demonios, dios, Yo, quiero vomitar, realmente quiero vomitar, necesito un cigarrillo, no necesito un cigarrillo, necesito que Mi cabeza se apague, no es el reloj, no es el tiempo, no son todas esas ideas vanas, abstractas e idealistas de las que siempre hablo. Todo es una mentira, sobre todo Yo intentando comunicarme con palabras ajenas, ay eso sí que es una porquería, estoy cansada de las palabras ajenas, las respuestas de un falso Cortázar, ni siquiera falso, de idiotas intentando ser como Cortázar, por dios y hasta a él llego, y me afirmo su existencia en segundos, ¡Dios, que estás haciendo conmigo! ¡Señor, ten piedad de mí! Ah, qué burdo es echarle la culpa a dios, qué idiota me siento escribiendo de esto, de dios y sus deberes cuando nunca supe ni siquiera qué es la eucaristía, cuando solo una vez abrí la boca para tomar la hostia y beber el vino, pero sosteniendo toda una vida, una imaginaria vida, devota y católica, con una frase: coman y beban todos de él que este es el fruto de mi..., blablabla, la soberbia me regala el lujo de abrir la boca y quedar como una idiota defendiendo cosas cuando no poseo armas para hacerlo. Y ella con un simple mensaje me hace saber que está sucediendo, que estoy hablando sin saber y con mucha seguridad sin saber de qué hablo. Ella, que tanto me hace enojar al principio, pero que después me habla tranquila al oído logrando que yo reflexione, me abre la puerta a la verdad, a mí conmigo y me hace ver idiota, lo cual me molesta mucho. Pero después de hostigarme cerebralmente y de llevar puesto el traje de idiota me contento de saber que estoy con ansias de aprender. Pero antes hablo, hablo sin sentido solo por el afán de hablar, pero no quiero hacerlo, siento que solo soy yo intentando ser más que esto que soy, a veces pueden creer en ello, en mis palabras, mis ideologías, mis sin saberes, y defenderme, levantar un ejército por mí y darme la razón. ¡Idiotas! Esos son los verdaderos idiotas, y esto un tanto me tranquiliza porque al menos yo soy consciente de mi idiotera y no, claramente por soberbia, levanto banderas por la idioteces de otros. Me está subiendo potencialmente el honor, pero ¡no!, ¿de qué honor hablo? Tampoco sé si es honor lo que siento, estoy confundida, ¿Ego?. Otra vez con estas palabras vacías, aunque recuerdo la primera vez que sentí eso, o una semejanza a su definición

Instantáneamente recordó cuando puso un ácido dentro de su párpado. Cuando ella con una patineta se subió arriba de un gran tobogán, de madrugada, después de andar horas descalza por toda la ciudad. Se lanzó sobre la patineta desde lo alto. Recordó como caía al piso y dejaba en él retazos de sus codos, de sus rodillas, de su lado izquierdo de la cara; su cabeza rebotando sobre el asfalto con una lentitud de cine, con una fuerza que desacomoda la mandíbula de un lado a otro. Todo era tan nítido y sensacional con un ácido en el párpado. María gritaba ese día y corría hacia su cuerpo que estaba tirado, pero intentaba levantarse. Clara mientras tanto limpiaba con su muñeca la tierra de la boca y finalizando la limpieza con el dedo índice sobre la nariz, agarraba la patineta y caminaba hacia María con los brazos separados del cuerpo, con el pecho exuberante, cual heroína, mientras Yo, su cabeza, hacía sonar Chapter 24 de Pink Floy en sus oídos, mientras Clara pensaba que nadie era más valiente que ella. Recordó cuando se acercaron hasta sentir la respiración de la otra, cómo le beso la frente a María, mientras ella la miraba a los ojos diciendo que su cara le daba miedo. Clara transpirando Mi excitación, tirando la patineta al piso y sosteniendo su rostro con ambas manos le había confesado que nunca se había sentido mejor y después retomaba una segunda caída.

No es honorable lo que hago. Frente a todos ellos soy una semejanza de la beatitud, jaja, esto es imposible y hasta me río en voz alta de lo que pienso.

María la miraba mientras Clara nuevamente se alejaba. Clara reía, reía mucho, a carcajadas. María se reía, pero con el seño fruncido, con cara de madre y de enfermera. Todo eso recordó febrilmente Clara.

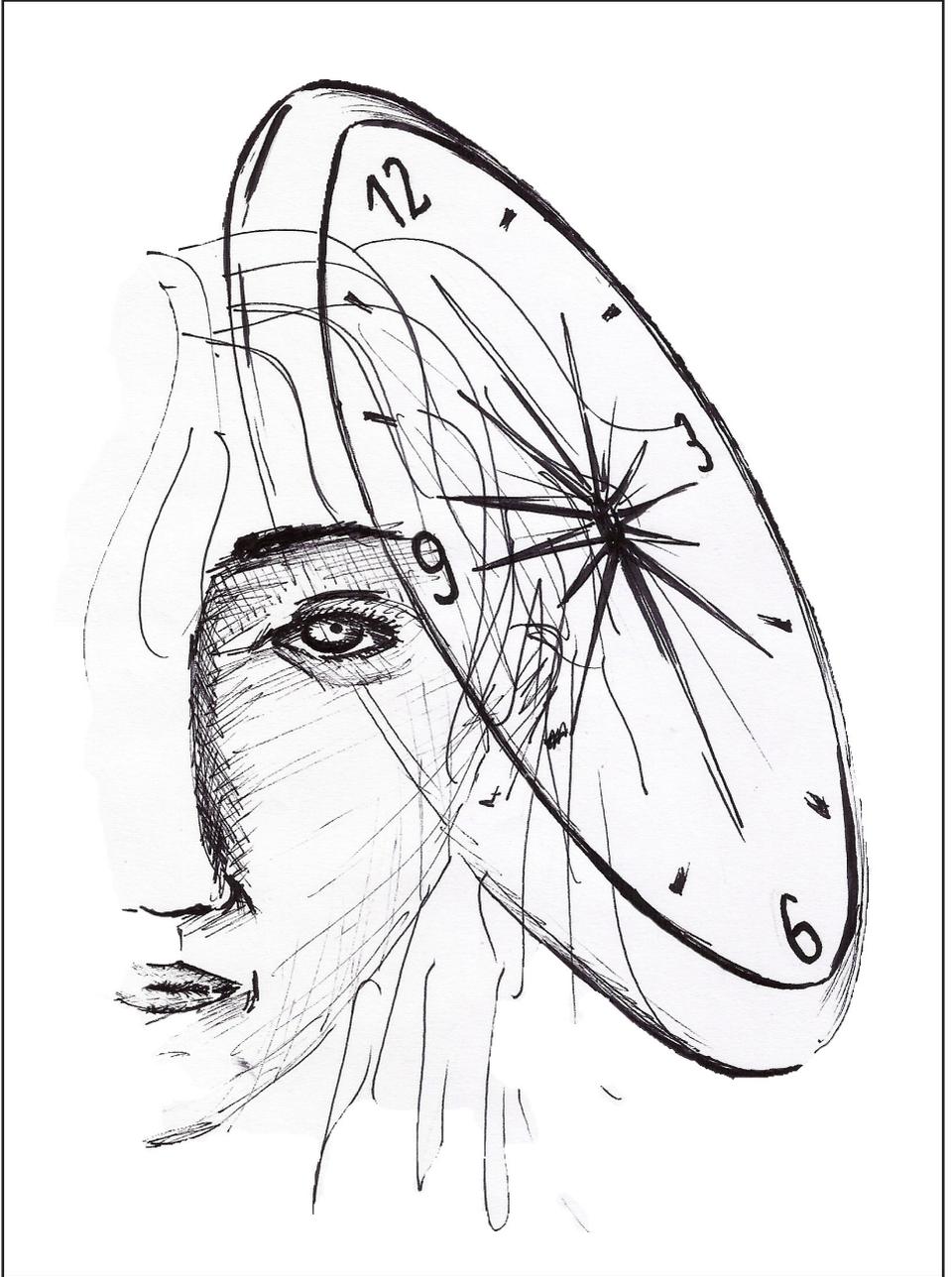
Freud, Lacan, Nietzsche, Borges, Pizarnik, Benedetti, Neruda, quiero vomitar. Que alguien calle a esta cabeza, necesito salir de acá, no es el reloj, pero necesito romperlo, y no es el Tiempo, es todo lo que me rodea, lo que hago que me rodee, soy Yo, es Mi puta cabeza. Ella es el gran problema mío. Amor mío, dice María cuando agarra mi cara y la levanta con mucha ternura, pero no es ternura, es lástima, que hace caer mis párpados y que en forma de paréntesis logra poner mis cejas, y los orificios de la nariz se me abren y mi boca tiembla mientras la aprieto. Lo hace mirándome a los ojos mientras yo solo estoy aborreciendo todo, aborreciéndome sobre todo, me saca la ropa con gran esfuerzo, me lleva a la ducha fría y llama a Nataniel para que venga urgente porque yo no estoy bien.

Y recordó cómo miraba a María mostrándole la sangre de su boca, de sus manos, mientras le gritaba que nunca más quería verse al espejo; y recordó que la puerta del baño del boliche no se abría, y ella gritaba mirando al inodoro y realmente era sangre lo que había vomitado.

La espada del Señor nos conducirá hacia el centro de su luz, qué gratificante sensación, la Gloria, Dios. Dios Dios Dios, besándome los labios sangrientos.

Ese miércoles mientras Clara burbujeaba espuma en el suelo, María la sacudía sin victoria. Yo gané la batalla y Clara perdió la vida ese día, trastornada, enloquecida, aturrida y totalmente cansada de todo.

MARÍA Y OSCURIDAD



- I -
DESPEDIDAS

Una semana después de aquella esperada muerte, María dormía en casa de Nataniel porque no podía aún soportar el vacío de la casa, no podía recostarse en su cama sin sentir que Clara le faltaba, no podía evitar mirar ese gancho maldito que jamás se había vencido y que había matado a su compañera.

Esa misma noche María soñó que Clara le decía:

- Tenés el corazón del mar. Yo mientras vos llorabas acostada, sujetándome, y yo lloraba acurrucada en tu sujeción, me di cuenta de eso. Cerraba los ojos y ¿viste cuando apoyás tu oído en un caracol gigante para escuchar las olas?, vos eras el caracol. Ahh, qué lindo ha sido. Porque el mar es triste, o quizás es el lugar perfecto para la tristeza. Eso es. Me acuerdo los atardeceres sentada en la escollera, dejando que mis pies se enfríen con el golpe de agua entre las piedras, el libro ya guardado y un cielo profundo. Sola. ¡Cuánta nostalgia! Pero vos no me generás nostalgia, no, no, no confundamos. Solo quería decir que me transportaste y casi que sentí estar en el lugar que más me gustaba, estando en un lugar que tanto me gustaba que era tu pecho. ¿Sabés?, te cuento que cuando te pregunté, en el bar, si podía poner mis piernas arriba de las tuyas y me dijiste toscamente que no, era porque me dolían, pero no es eso lo importante. Cerré los ojos ese día aprovechando que hablaban cosas de poca importancia. Me vi sentada al medio de dos autopistas del estilo de las de Buenos Aires. ¿Viste que hay como una pequeña veredita que separa la avenida que sube de la que baja? Bueno, yo estaba ahí. Me agarraba fuerte las rodillas y cada tanto me masajeaba con fuerza los pies, también me dolían en ese sueño despierta, y cerrando los ojos empecé a empacharme de sensaciones porque las luces de los autos eran muy veloces y eran demasiadas!! Porque a veces los sentía tan cerca a los autos que temía que me atropellaran. Y cuando más descompuesta me sentí, un grillo cantó y el silencio fue infinito. Ya no sé hacia dónde iba con esto, ni para qué venía, pero aprovecho para contarte que ahora están sonando canciones muy tristes en casa y me hacen

llorar aún cuando siempre he llorado, pero no era ese el punto. Les tuve miedo siempre a los Dinosaurios. Un montón. Pero eso ya lo sabías y me vivías diciendo que no existían ya, se habían extinguido. Entonces, le tenía miedo a lo que ya no existía, a lo que se extinguía. Ufff, no hay fantasmas en esta casa, nena, te dije mil veces. Así decía alguien que alguna vez compartió meses al lado de mi cama, pero cuando quise al otro día despertarlo para decirle que tenía razón, había muerto. Cosas que ya no existen, cosas que se extinguen, fantasmas. Quiero hacerme una bolita ya mismo, bajo la colcha y tararaear canciones que sólo yo sé porque son mías. Todo lo que pasó tenía que ser así porque era la única forma de alivianar el dolor de mi cabeza. Ay, es que había comido tanto estos años que eructar ya no me era suficiente. Pero hoy me fui al mar, a dar una vuelta y fijate vos, ahí estaba yo, me encontré entre la noche y las olas y cuando me acerqué por detrás a abrazarme eras vos abrazándome en la cama, dándome uno de esos abrazos que parecen que van a matarte de amor. Me encantaban, no es una queja, para nada. Así te hacía el amor. Porque no hablo de sexo. Yo te hacía el amor cuando me abrazabas de esa forma y nos poníamos intensas, cuando llorabas siendo caracol y yo lloraba escuchando el mar. Porque el simple hecho de pedir sacramentos para el desayuno, o separar la ensalada de la milanesa era hacerte el amor. Estaba muy cansada. Había vuelto a comer y estaba empachada. Y sola. Y nadie podía tirarme el cuerito para que sane. Entonces ya no podía hablar de amor, ni detenerte como cuando decías que había que procesar las cosas cada una por su lado, ni cuando me decías que había que separarnos, simplemente te había soltado, cielo. Tenía el estómago mental tan lleno que sólo pensé en margaritas y barriletes, porque si el amor se mide que sea sacando pétalos a una flor y elevándose bien alto. Pero estar así, sin poder una moverse, no sirve de nada, cielo. Mejor vos andá tranquila en la noche y no apagues las luces cuando salgas porque acordate el miedo que genera que las cosas se extingan. Ch ch, antes de irte, pará, ¿mañana me llevás a andar en caballo en vez de al mar? Porque me parece que ya es muy verano para seguir andando en invierno. No te olvidés de agarrarme fuerte cuando cabalgemos porque de esa manera te hago el amor, cuando me abrazas tan fuerte que siento que muero. Dale un beso a Nataniel de mi parte. Te amo.

Clara desapareció sin que María pudiera siquiera responderle algo. María despertó rápidamente y se sentó en la cama, se tocó donde tenía el corazón aún con los ojos pegados con lagañas. Nada. Absolutamente nada. Intentó tocar el pecho de Clara para comprobar que esto era una catástrofe mundial. Nada. Su cuerpo ya no estaba. Volvió al suyo palpando de nuevo sus pechos sin pulsar, sus muñecas sin pulsar. Nada. Absolutamente nada. Ni un dejo de palpitations. Salió de la cama, corrió por el cubículo de casa en la que vivía Nataniel buscando algo sin saber qué, pero buscando con la seguridad de quien sabe lo que hace. Una piedra. Machucó rápidamente sus dedos con la piedra. Nada. Ni dolor, ni sangre, ni moretón. Nada de nada. No, no. Esto no podía ser posible. Abrió la puerta, salió corriendo por las escaleras del edificio, salió corriendo por la puerta de entrada del edificio y corrió por las calles vacías del domingo hasta que sucedió. Un montón de gente en un almacén y nadie miraba sus piernas desnudas, su infantil bombacha, su remera llena de agujeros de la que nunca quiso desprenderse porque le gustaba. Nada. Nada, nada, nada. Entendió que ya no pasaba nada. Y cuando la tristeza le abrazó la desnudez improvisada, todos sorprendidos se acercaron a la vidriera a mirar cómo María volvía con su desprolija imagen al lugar donde el vacío por la noche se había llevado sus alas.

Nataniel estaba mirando de un lado a otro de la calle para encontrarla, la vio a lo lejos y corrió hacia ella para protegerla con un paraguas. La llevó de nuevo al departamento y una vez en la cama la abrazó fuerte para hacerle saber que todo estaba bien, que ya pronto pasaba.

-II- MI MENOR Y UN ADIÓS QUE NO SALUDA

María, al día siguiente, decidió regresar a casa. Sintió la necesidad de que la soledad la agarre por completo y pueda llorar a Clara entera, a Clara para siempre, para poder rehabilitarse luego, de una vez por todas.

Sintió que el sueño había significado mucho más que recuerdos y despedidas, el pedido de llevarla a cabalgar era mucho más que eso, pero antes de ir en busca de un caballo ella debía sanar. Ya era demasiado verano para andar en invierno...

Subió las escaleras recordando las muchas veces que volviendo de la facultad Clara bajaba corriendo y se la llevaba puesta, cómo tenía que sujetarla para que detenga su desvarío acelerado o mucho peor, cómo tenía que correr detrás de ella hasta poder sujetarla.

Una vez frente a la puerta sintió que el corazón se detenía. Salió la vecina a dejar la basura y le preguntó si estaba bien. María solo respondió con una sonrisa que temblaba. Tomó aire, abrió la puerta con delicadeza y la corriente de aire no llegó a empujarle las emociones del rostro.

Al entrar no pudo más que mirar todo, como si nunca hubiese estado en aquel lugar, pero sabiendo que algo significaba para ella. Prendió la televisión y se sentó en el sillón que todo la hacía ver. Estaba ubicado entre el baño y la habitación, entre Clara bañándose y Clara suicidándose.

El silencio de la pérdida trajo consigo al tiempo. Era, de pronto, esa hora que sirve para proyectar el aburrimiento del “pan y queso” cuando el calzado superó la talla 36. Estaba en el momento del día en el que una se abandona con historias de nada; el reportero de canal 28 no sabía más que excusarse por su comentario farandulero y María, que ya se había distanciado de su inercia para obligarse a comer, no se estaba llevando bien con su tarta de atún; pedir de atún no fue más que un ataque a sí misma, ¿qué clase de vegetariana soy?, pensaba en cada instante.

A quién quería mentirle, el vacío del espacio la estaba ahogando

desde el primer bolso cerrado que había escuchado tras la puerta. Se estaba yendo y ella no hacía más que intentar dar un mordisco. El atún era un acto de rebeldía, por ella se había hecho vegetariana y por ella dejaba de serlo, frente a ella... aunque no la miraba.

La puerta cerrada, bolsos que se cerraban y María, sola en el espacio frente a un aburrido noticiero al que miraba sin mirar; nunca veían la televisión pero era un acto de rebeldía... aunque no la miraba.

Decidió abandonar los cubiertos y levantarse exclusivamente a quitar la foto de la pared, “ella se está yendo, pero yo me quedo”, fue su justificación. Arrastró la silla para hacerlo, pisó fuerte mientras caminaba e hizo todos los ruidos que estaban a su alcance; quiso desesperadamente llamar su atención; también María tenía el derecho de hacer escándalos y aunque no la miraba quitó el portarretratos y antes de lanzarlo se detuvo en la fotografía. A pesar de estar más cerca, en su pétrea inmanencia, de una excéntrica belleza, sus brazos estaban ya notablemente delgados, su cabello caído, su cabeza cubierta con el pañuelo para su vergüenza y sus ojos hundidos de cansancio. Ese día había sido agotador para ambas, lo recuerda como si... Las besó en el recuerdo y las besó en el retrato.

¡Latidos en su pecho!

Amor, amor, amor, detengamos todo para amarnos, detengamos a la ciencia que nos invade y aleja con sus inyecciones, detengamos a las enfermeras que llenan de pastillas nuestros besos ¿Quién va a recetarme un remedio para que supere tu partida si no detenemos todo esto?, recordó cuántas veces había repetido esto.

Fue inevitable: lloró, fuerte, en mutis, abrazándose, abrazándola.

Se estaba yendo. María podía escuchar el cerrar de los bolsos y el eco que se iba plasmando en la habitación.

Se estaba yendo y María ya no hacía nada para evitarlo.

Se iba y no podía hacer algo para que no lo haga.

Volvió al lugar donde la esperaba el pescado, tomó nuevamente los cubiertos mientras sus lágrimas caían al plato. Dios no la escuchaba ya, hace tiempo que no lo hacía.

Se cansó, María, de rogarle. “Dios, una sola cosa te he pedido y... ella se va”, dijo. Dios no escuchaba.

Miró la puerta esperando que se moviera la manija y no pasó nada. Ella se estaba yendo y María solo podía amarla en silencio. No podía comer, no podía mirar la televisión, no podía seguir fingiendo. Se alejó un poco de la mesa arrastrándose con la silla, tomó su rostro con las manos y dejó reventar la tristeza, dejó que la melancolía de las despedidas la invada toda y lanzó sollozos de orca encallada.

Miró la puerta de la habitación, la manija no se movía ni un poco, y los bolsos se seguían llenando, se cerraban y ella se iba. María no hacía nada, sólo lloraba nuevamente tomando su cara con las manos.

Se levantó, cansada de luchar con la tarta de atún, cansada de las noticias que de nada hablaban porque a nadie le interesaba el dolor de las despedidas, limpió su nariz con la manga del buzo, miró la puerta y fue hacia ella. Golpeó con fuerza y todos los ruidos que de allí venían desaparecieron. Había dejado Clara de empacar y se había quedado inmóvil; María sabía que la escuchaba, la conocía, pero su orgullo no iba a permitirle abrir la puerta, responderle y darle...

Solo apoyó su mano en la madera y sintió que ella también lo hacía. Coincidían en el mismo lugar de la puerta, coincidían en el tiempo. Se estaban amando a pesar de la distancia.

- Perdoname, Clara. No te vayas sin perdonarme, por favor no te vayas.

Y cuando abrió la puerta ella ya no estaba. Hace tiempo que no estaba.

Cansada volvió a la silla, apoyó los codos en sus rodillas y sujetó sus lágrimas con las manos. Todo fue confuso, ella se fue a pasear por todos los recuerdos, ella miró el principio y el final de aquella historia frente a sus ojos. Se cansó de ser Mujer, de ser hija, de ser madre, de ser amante, de ser humano.

Prendió la televisión y, sin prestar demasiada atención, miró al reportero del canal 28 que solo se excusaba y hacía escándalos propios de la farándula, agarró los cubiertos y dejó de ser lo que fue con ella al primer bocado.

-III- LA HISTORIA VUELVE A EMPEZAR

Un día, quizás un miércoles, un miércoles, lloró. Hoy miércoles, hoy lloró. Se le oprimió el pecho y detestó lo ridículo, trillado y poético que sonaba decir eso, pero se le oprimió. Tenía dolor, hoy también tuvo dolor. Siempre el mismo discurso: el mundo me hace mal. Pero no era el mundo, eran aquellas personas que le gritaban y la trataban de ignorante; eran aquellas personas que le decían “a las nueve” y llegaban cuando querían como si esperar fuese algo tan apreciado, como si en la espera una podría fumar un cigarrillo tan aliviada; eran aquellas personas que la entendieron siempre y dejaron de entenderla (Claramente el “siempre” nunca existió, no hay un siempre. Claramente esas personas no la entendían como ella pensaba, no hay entendimiento); eran aquellas personas que le dijeron que no valía la pena llorar cuando se sentía dolor, pero que jamás habían sentido el dolor que ella estaba sintiendo; eran aquellas personas que le pidieron una moneda descalza y también aquellas que le vendieron cada cosa de su bolsillo porque necesitaban plata; eran sus respuestas rápidas ‘no tengo’ y era su no tener. Fueron todas las personas que en su oído le repitieron que siempre hay gente que la pasa peor para hacerle una caricia vacía en el corazón. Fueron todas las personas que mirándola a los ojos le mintieron que el tiempo iba a solucionar todo. Fueron quienes le dijeron te ayudamos, te protegemos y estamos con vos en esta, pero no pudieron bancar los trapos. Fueron, porque ella se quedó sola. Sola con su constante idea de que iba a enloquecer, de que se estaba volviendo loca.

Un miércoles, hoy miércoles, no tuvo hambre porque tuvo dolor, no tuvo sed porque se babeó con todas las palabras que nunca dijo y por las innecesarias que sí había pronunciado.

Un miércoles, hoy miércoles, pidió amor. No había podido defenderse ante los golpes. Pidió un abrazo. No había podido abrir la puerta y escapar. Pidió que todo se detenga. No pudo hacerse escuchar y nada se detuvo.

Las horas de su vida, de este miércoles, se fueron muy rápido

y María las dejó pasar, acostada en una cama con pesadillas. Y se despertó muchas veces, y al hacerlo veía que la alarma estaba perdida y no le importaba, volvía a la pesadilla. Solo ahí encontraba lo que estaba necesitando, aun sabiendo que eso le hacía muy mal. Estaba perdida, estaba enloqueciendo. Las pesadillas eran parte de recordar, de no perder los detalles, de intentar no olvidar... Ella sabía que algún día todo el miedo iba a convertirse en mundo, lo recordaba seguido viendo su tatuaje en el brazo izquierdo *“tu dolor es amor transformándose en mundo”*.

“Papá, me duele. Hermana, me siento pequeñísima en esta realidad, abrazame rápido. Mamá, no quiero ser mamá. Amigo, no me desconozcas porque hoy no quiero sentirme sola. Amor, no puedo estar a tu lado. Papá, perdóname si no levanto el teléfono y lloro en tu oído. Hermana, quiero ser grande como vos, quiero ya ser grande. Mamá, cuando pienso en mi vientre lo duermo. Amigo, hoy me desconozco. Amor, ellos me han matado”, estos fueron los pensamientos de María en la desesperación.

Hoy miércoles, se tiró en la cama, boca abajo, con los brazos abiertos de par en par, exhausta, pensó en el túnel, abrió la ventana con la punta de los pies dejando entrar el viento y lloró porque le dolió caerse, porque se golpeó la cabeza y las ideas y los sentimientos y el amor y la amistad y el respeto y la felicidad y el equilibrio y ella, porque las horas se le pasaron sin hacer más nada que silenciar.

Hoy, que ya será ayer en cualquier momento, ella espera que jamás sea el mañana. Hoy miércoles ella llorará hasta el jueves y mañana jueves estirará la boca, mostrará los dientes desde el mismo momento en que deja de cepillárselos.

No sabe llevar los días ya, y no le gusta cuando Yo los llevo. Por ahí se da cuenta y lo entiende. Pero otras veces se escapa, agarra la bicicleta, se pone los auriculares y no deja de pedalear. No hace más que eso, el camino lo decide quién sabe qué. En el momento en el que el dolor la abraza,

Yo aparezco. Ella se baja y no puede más andar. Vuelve conmigo caminando mientras le hablo, pero ella no me responde. Creo que no comprende que intento salvarla, ya eso no le importa. La realidad está mal, ella piensa que ya no puede salvarse, que su vida va a quedar marcada para siempre. La realidad está mal porque ella no es quien tiene que tener la culpa.

Cuando se acuerda que está viviendo ya es jueves, y se ríe, tan fuerte como ha llorado el miércoles. Así son las tragedias, ella lo sabe. Yo, su cabeza, intento que pueda levantarse siempre ante la primera caída, a veces me deja que la ayude, otras me pide a gritos que la deje en paz, aun sabiendo, porque lo sabe, que callarme es parte de su autodestrucción y que ya no puede seguir en ese estado, porque significa no soltar jamás a Clara y Clara se tiene que ir, porque ya es hora de que los dinosaurios la suelten, porque ya es hora de encontrarse y saber que ella pudo salir con vida.

-IV-

LA HISTORIA SIEMPRE ESTÁ VOLVIENDO A EMPEZAR

Dijo alguien alguna vez que el deber del Arte de la literatura, o del pensamiento, consiste en mostrarnos la complejidad de la existencia, en analizar cómo funciona el mal para poder luchar contra él, e incluso el bien quizá para aprenderlo. María todos los días piensa que Clara ha sido una ficción salvadora, también una realidad amenazante.

Los miércoles habían sido siempre el problema de aquella, también los domingos. Existía una rutina religiosa esos días: apoyar los codos en la cama, las rodillas en el suelo, agarrar la cabeza, tapar los oídos y llorar a gritos; también romper vasos, platos, tirar sillas (contra la pared), hacerse rayo y tornado (al mismo tiempo), mientras (siempre mientras) gritaba llorando.

Todas, todos, sabemos que somos violadas, violados, todo el tiempo, en todos los espacios, de múltiples maneras; somos la carne para el lobo y la loba hambrientos en noche de luna llena. Nunca hay respiro.

María recordó cuando Clara empezó a dejarse vencer, a dejar de gritarle tanto a los días, a quedarse callada y se dedicó sólo a discutir con el pensamiento al pensamiento. Suena ilógico, pero ella decía que en su cabeza eran más de dos, decía que eran tres: un “Yo monstrea”, un “Yo heroína” y un “Yo sumisa”. Tres que la confundían en cada momento del día. Ese último Yo era ella, ella en concreto, en brazos, piernas y caderas.

María recordó, luego, que una semana Clara decidió entregarse al domingo sin llantos, gritos, discusiones con personas reales, discusiones con sus personas mentales, duchas frías, pastillas, luces prendidas, música deprimente, libros de autoayuda para dar fin a una vida. Algo hizo que Clara pierda ante el domingo y que termine dormida sobre una colcha en el suelo.

María recordó, también, que al día siguiente la levantó, como todos los lunes, pero Clara no había hecho ningún esfuerzo por pararse. Recordó el cansancio que tenía el cuerpo de Clara por la guerra dominguera. Recordó, entre tanto recordando, cómo la

arrastraron ese día hasta la mesa, junto a sus amigos y amigas, cómo tuvieron que darle de comer, de beber, cómo tuvieron que hacerla sentir.

Los lunes eran la rehabilitación para la próxima y última caída de la semana, porque de jueves a sábado albergaba en Clara un espíritu de fiesta, drogas, sexo, perros en la calle acompañándola en la madrugada, zapatos en la mano y pintura corrida, baldosas caminadas en zigzag, paredes vomitadas y banderas blancas de rendición una vez en cama para dormir. Luego, rutinario, tocaba llorar los domingos la tristeza acumulada de esos días sin descanso.

El lunes de su última semana con vida pareció haber decidido no rehabilitarse, pensó María mientras ordenaba la casa nuevamente; quizás había decidido dejarse arrastrar por todos esos brazos porque no podía más pararse y no sentir dolor. Fue su forma, supuso María, para sumar tristeza al miércoles. Y así arrastrada fue que llegó, en aquel mes anterior, a la mitad de semana. La rutina se repitió, pero con un final distinto.

Clara se perdió en la calle, en el bondi, en la casa de su amiga, en el taller. Salió corriendo por las veredas llenas de personas, por el gran teatro del mundo. Cayó al suelo y lloró gritando mientras alguien intentó darle una mano que no quiso recibir. Esta fue la ficción que María creó para darle una vuelta de tuerca a aquél suicidio sabido, esperado y encontrado. También pensó que en una de esas no había sucedido nada de aquello, pero que Clara había tomado una decisión: no recibir más ayuda porque ya no podía vivir solo sostenida. Y así empezó a dejarse morir, así se mató, pensó María.

Ese miércoles doloroso, en aquel mes anterior, la fiesta nunca quiso asomarse a la sala velatoria en que se había convertido la casa desde que Clara se levantó por no poder dormir. Porque aún no existen las muertes lindas, las enfiestadas despedidas; o son muy pocas; porque no se puede pensar en música, en baile, cuando es una mañana apenada y bien mañana; cuando un cuerpo se arrastró decidido a envolverse con un cinto el cuello, envolver el cinto a un gancho, sentarse a esperar a gritos, a patadas, a voz entrecortada, a Yo monstrua ganando el juego, a Yo heroína vencida, a sumisa cuerpa ahorcada.

María no paró de sacar conclusiones del por qué de lo sucedido, mientras no seguía ordenando la casa, aunque las dejaba de lado. Clara murió. Murió ahorcada. Era la verdad. Pero a Clara la habían matado, esta era la única verdad.

De tanto pensar María mató sus fuerzas (ya sabemos que la fe la había perdido), y se levantó más cansada de lo que se había sentido mientras limpiaba mil veces la misma casa.

Decidió pedir ayuda después de cuatro horas de sentirse perdida, mandó mensajes diciendo “un avrazió”, un “vbéniporfavóer”.Y de tanto grito de auxilio se encontró acomodada en la cama, ahora ella siendo alimentada, bebida, acompañada, acariciada por sus amigos, por sus amigas.

Observando la situación que estaba viviendo, se dio cuenta que los miércoles eran también jueves, viernes y sábados; los domingos eran también lunes y martes. Llegó a la conclusión de que los miércoles siempre habían sido pruebas, y la obtuvo por cada recuerdo de bolsa inhalada en la puerta de un sucio baño, por las peleas en bares, por los mismos bares, por los karaokes de fantasmas y diablos.

Así supo que el miércoles había muerto, también ella, mientras había lavado sus dientes sin poder luego mostrarlos, mientras se había mirado al espejo en el que se encontrado.

Supo que dos días de dolor son soportables, pero que siete sólo sirven para recordar la muerte y llevarla siempre al lado.

María, aún hoy, no cree en el destino, en dioses, en azares, en casualidades, pero cree que las personas temen morir, por ello fabrican ganchos frágiles para alargar la vida (aún sabiendo que el gancho de Clara sostuvo lo suficiente para dejar caer lo que debía desmoronarse), cree que las personas hacen todo lo que se pueda hacer para retener, cree que creen en la salvación, en la cura, en la nueva vida.

María quiso el mismo final que Clara, pero el gancho para ella perdió la fuerza y soltó el cinto, el cuerpo, dándome a Mí, su cabeza, la oportunidad de exigirle pedir ayuda; y ahí estaban todas, todos, mientras ella observaba la situación.

Este vivir no planeado le causó una sensación de apego insoportable al mundo, una sensación de quedarse siempre miércoles, siempre domingo, siempre tres en discusión, siempre Clara, siempre muerta en vida, siempre violada.

En el intento de decir que no quería que eso sucediera, Nataniel le besó la boca y le dijo “qué hermosa sos, qué exquisitez que estés viva”, y la culpa (culpa cristiana hubiese dicho Clara) le oprimió tanto el pecho, que tuvo que planear un despertar porque no podía dejar que la sigan matando, porque temía que él deje de besarla por su constante miedo. No podía más cerrar las puertas por temor, no podía más llorar y tener pesadillas permitiendo que los dinosaurios la sigan consumiendo.

Así no podía más.

María entendió que estaban quienes tenían que estar y que se estaban yendo quienes se tenían que ir.

-V-
PASAJERA

María al día siguiente despertó y estaba sola. Se levantó de la cama, fue al balcón y vio los autos pasar afuera, los hijos del vecino jugar a la lucha de súper héroes arrojándose naranjas en el cuerpo, vio pasar un avión y cómo las señoras que iban por la vereda no se inmutaban por ello. No supo qué hacer. Todo se movía afuera, nada por dentro.

Se preparó una taza de té con limón para su garganta dañada, la que luego dejó en la baranda para regar las plantas. Volvió a mirar la calle, el cielo y el edificio del frente. Todo se movía afuera, nada por dentro. Era decisión de ella quedarse donde sólo pasaban las horas. Levantó la taza y entró al departamento arrastrando las pantuflas, ajustando su bata y se sentó en el sillón, aquel que todo lo mostraba. El baño donde se había mirado frente al espejo, la habitación donde el gancho había caído dejando un hueco en la pared. Dos horas estuvo sentada sin mover ninguna parte de su cuerpo. Luego empezó a llorar tanto que podría haber construido una ciudad entera con tanto moco desagotado, podría haber hecho nacer un océano bajo sus propios pies. Atlántico, jamás Pacífico.

María sí se movía, pero tan lento que pareciera no hacerlo, tan lento que sentía que no lo hacía.

Pasaron horas sin que hable, sin que emita sonidos. No había puesto música esa vez y los millones de minutos habían sucedido en silencio. Volvió a la cama, apagó las luces y sólo observó cómo se apagaba la luz del mundo con las dos manos tocó su vagina y después sus pechos como buscando esas partes de su cuerpo.

Lloró tranquila, sin escándalos. Soltó lágrimas de esas que caen por los cachetes y llegan al colchón. Lágrimas de cocodrilo. Lágrimas de silencio. Se durmió.

Cuando abrió los ojos nada vio. Caminó descalza esta vez, tocando las paredes porque la oscuridad era penetrante. Entró al baño y ni siquiera se detuvo frente a su imagen. Hizo pis en la oscuridad del baño. Volvió a la oscuridad del cuarto. Prendió la televisión y miró hacia afuera, por la ventana soltando lágrimas silenciosas

nuevamente. ¿Cuánto puede llorar una persona? ¿Cuántos días seguidos es esto posible? ¿Cuántos años?, siempre me lo pregunté.

Tres horas más pasaron sin que nada suceda. María volvió a dormir sabiendo de antemano que iba a despertarse en algún momento, porque las costumbres siempre llaman, los domingos no siempre duran siete días, ni todo un año; sabiendo, sin querer ilusionarse por lo pronto, que iban a venir los tiempos buenos para ella.

Al despertar se sentó en la cama, en el medio de ella y con un pie destapó el espejo que se encontraba al frente, colgado en la pared. Sucedió algo extraño: algo adentro suyo se movía estrepitosamente, pero no podía dilucidar realmente qué era. Pensó sentirse, pensó en la vida, pensó en su vida. Muchas historias se proyectaron en aquél reflejo, momentos ya vividos. Pasaron rápido y en ninguno pudo detenerse. Parecía que de repente alguien estaba mostrándole su existencia para algo.

Tantos momentos le hicieron cosquillas y sonrió. Sintió que algo palpitaba y explotaba en su cuerpo, como una bomba, como edificios cayendo, como aviones estrellándose en el asfalto, como motocicletas a toda velocidad, como luciérnagas en el campo, como estrellas en la noche, como la luna tapada con una frazada de ositos, como una trenza y ella y un juguete en la mano y una canción de cuna.

Abrazó sus rodillas cuando sintió crujir porque tuvo miedo. La piel de su espalda se abrió y crecieron alas en ella. Unas alas blancas que se agigantaban velozmente. Miró a cada costado de su cuerpo, desconcertada. Pudo ver las plumas recién nacidas, las plumas nuevas. El ave fénix muere mil veces y renace, pensó.

- Voy a volar!! Voy a volar!! – dijo gritando.

Se acercó al espejo y vio que realmente se estaba transformando (transformación que había llegado sin dar aviso previo). No se asustó ya, pero derramó lágrimas en el suelo, en el colchón, en la mesa, en el techo, en el cielo, en el Universo. Todo fue un camino al llanto para María.

Palpitó toda porque las alas no dejaban de crecer. Pudo ver como sus brazos desaparecían, su cuello se alargaba, su cabello se convertía en un plumero blanco y brillante. También observó

cuando sus dedos, los de los pies, se amontonaban uno junto al otro y desaparecían. Ella se hizo ave.

-Voy a volar!! Voy a volar!! –repitió con gritos más intensos.

Abrió su pecho hasta hacer brotar sangre negra de allí, que empezó a desparramarse por el suelo. Instantáneamente su corazón cayó en la habitación, María lo miró por un segundo y supo que ya no lo necesitaba porque estaba muerto.

Se prestó atención frente al espejo una vez más, se sonrió como hace mucho no lo hacía y cuando quiso decirse “te quiero” salió de su boca un graznido que la hizo caer de la cama, aunque jamás cayó porque el piso se convirtió en cielo y María voló.

Una Mujer abandonaba la Tierra para irse con el viento.

Una Mujer ave, que sin tener un nido, podía volver a casa.

Una Mujer, volvía a ser Mujer.

MARÍA



Soy María José y quiero contarles cómo comenzó todo, cómo llegué a Clara y María, porqué decidí escribir sobre estas Mujeres.

Un día, espero que no haya sido un miércoles porque dejaría de pensar en las casualidades y pensaría en el destino que ya mucho me ha dado de pensar, recorriendo las orillas del mar, en la ciudad de Mar del Plata, encontré un cuaderno que cumplía la función de diario íntimo, lleno de historias, de fotos, de recortes, de dibujos; lo encontré en la arena solo y abandonado. Así fue como hallé la historia de ellas: de María, Clara y de su cabeza.

Busqué a María (quizás pensando en una posible pérdida había puesto todos los datos necesarios para poder ubicarla: nombre, dirección, número de teléfono) para devolverle su escrita vida y cuando por fin nos encontramos me confesó haber estado buscando ese diario, haber estado esperándolo, pero que luego había decidido pensar que perderlo era la única forma de desprenderse de todo un pasado doloroso y empezar de nuevo.

Le pedí que me deje contar su historia, relatada desde su propio diario. Después de pensarlo unos días, aceptó. Fue así como pude traer toda esta vorágine de relatos. Pareciera completo todo, ¿no? Claramente cuando la Mujer ave se conoce termina la historia, pero la pregunta que yo les hago y que me hice es ¿cuál fue la causa de tanto dolor? ¿Cuál fue ese sufrimiento inmenso que convirtió a una Mujer en ave y le regaló alas para que nunca más deje de volar?

Con María trabajamos juntas su vida. Sentimos que acompañada, realizar este trabajo iba a liberarla de su cabeza, que la tenía presa en cuerpo y mente; sentimos que realizar esto iba a permitir que nunca más sintiera enloquecer al punto de morir.

Ambas, ella y yo, consideramos que cuando se habla en voz alta se hace nacer y era momento que todo lo que siempre estuvo escondido salga y mate lo que tenga que matar. Era el momento para que los Dinosaurios se vayan para siempre, para que ella pueda encontrarse con ella siendo sólo María, ya no más María y Clara, ya no más María, Clara y su cabeza.

Es importante ahora decirles que María siempre fue la misma persona que Clara, que ambas tenían un mismo cuerpo y una misma cabeza que a veces jugaba a las cartas con una y otras veces con la otra, siendo una y otra la misma Mujer.

Es importante decirles que Clara jamás tuvo cáncer, pero que

enfermó tanto mentalmente que la enfermedad era ella haciendo caer su pelo, caer su cuerpo, caer su vida, desparramar sangre.

María lo había dejado escrito: era como si fuesen tres personas dentro de ella. “Yo monstruo” que fue Clara, “Yo heroína” su cabeza haciéndole creer que podía salvar dando vida o dando muerte, y “Yo sumisa”, que María juró ser ella porque siempre se había permitido que todos la controlen, que su lado oscuro la maneje, que su lado violado la torture.

La tarde que me contó que las tres eran una, que era un solo cuerpo con diferentes personalidades, o mejor dicho, con contrapuestos pensamientos, me di cuenta que todas, todos, sentimos esa sensación de ser más que una, uno ¿Será por el mismo hecho de ser seres sociales que se construyen por interrelaciones constantes?

También me di cuenta que cuando una persona tiene una parte oscura, o Clara, tan intensa algo hay dentro, muy dentro, reprimido; y esa represión es la que nos lleva a los senderos del subsuelo, nos cierra la puerta cuando estamos abajo y nos hostiga con una constante culpa (y ahora pienso en Clara, o María, o su cabeza, ya no sé bien cómo llamarla, hablando de “culpa cristiana”, una culpa que muchas veces nos obligamos, nos obligan, a sentir).

Había algo más que un embarazo perdido, algo más que drogas, algo más que bulimia y anorexia, que intentos de suicidios; había algo más allá de tres en una, algo más fuerte que el pescado, que la sensación de estar muerta en vida. Recordé que en el diario María había escrito: *“Yo víctima del sistema me levanto, me miro al espejo, me lavo la cara, me sorprendo de mis ojeras y siento que yo Virgen por el sistema no muero, pero tampoco bien cogida y que vos, que estás a mi lado, mucho menos”*.

Sus propias palabras lograron que haya decidido contarme esa historia que estaba más allá de todo y que explicaba el desorden mental, físico y la angustia que la había llevado a ser lo que había sido. Fue después de leerla (porque su historia, es verdadera historia, se encontraba escrita, y no podía pronunciarla con tanto dicho nuevamente, como sí sucedía en el escrito) cuando le dije que yo tampoco moría virgen por el sistema, pero tampoco bien cogida y que si ella estaba de mi lado mucho menos. Sentirnos acompañadas nos llenó de fuerzas y nos fue liberando, nos fue haciendo cada vez más grande, cada vez más Mujeres.

Voy a recordarles que María había decidido suicidarse un miércoles y fue un intento fallido. La encontraron después sus amigos y amigas cuando ella mandó mensajes alertando de su situación, y ellos y ellas entendieron que no hubo necesidad de decir algo para explicar lo que había casi sucedido. Clara sí se suicidó. Ya mencioné que ambas eran la misma persona, entonces ¿cómo fue esto posible? Quizás está demás decir que sólo había muerto la parte oscura de su vida, se había matado su tormento para darle lugar a la verdadera claridad, a la beatitud, a la divina.

María aquél miércoles tuvo que sentarse a mirar muchos ojos llenos de lágrimas para entender que la vida seguía y que era momento de seguir y tomar otro camino. Ya no había fantasmas en la casa. Finalmente ella lo logró. Ahora vive una vida tranquila y sana, en una casa con jardín a donde tira migas de pan para ser el nido de las aves que están aprendiendo a salir a volar. Tiene todas las flores con las que ha soñado siempre, tiene a su papá, sus hermanas, su mamá, tiene a los viejos amigos y a los nuevos, tiene a Nataniel que le sonrío cuando baja el diario de su cara. Tiene una cabeza que se llama María.

Yo aprendí con ella, durante los días que pasamos juntas, que hablar es la mejor manera de sanar y que el silencio les da vida a los Dinosaurios, les abre las puertas para que puedan perseguirnos. Entendí que silenciar es darle la mano a lo malo, invitarlo a pasar y también a los malos, a las malas, a los y las nadies que nos rodean.

Esta historia reprimida me hizo tomar una decisión, y también a María: **NUNCA MÁS CALLAR.**

Mi historia, nuestra historia, quiere mostrar la complejidad de la existencia corrompida, quiere analizar cómo funciona el mal para poder combatirlo, no evitarlo, e incluso el bien para con seguridad aprenderlo. Mi historia, nuestra historia, quiere ser de todas las que callamos, de todas las que han hecho callar.

Y es importante confesar que he decidido esto después de elegir ser Mujer, y que luego de elegir serla, sabiendo el riesgo que corría por hacerlo, me paré al lado de miles de Mujeres que habían decidido lo mismo, nos paramos a gritar ¡BASTA DE MATARNOS!

¿Por qué decidí contar la historia de María?, me lo pregunto una vez más...porque nunca la escucharon, porque nunca la comprendieron, porque la estigmatizaron, porque la quebrantaron, porque la enloquecieron, cuando ella jamás tuvo la culpa de que a

los Dinosaurios les guste la carne fresca, de que a los Dinosaurios les guste devorar a sus víctimas; porque ella fue y es víctima de este sistema opresor, patriarcal, machista, misógino, que envenena las cabezas y anda excitando a los pitos y a las manos para matar, golpear, coger, reventar.

¿Por qué decidí contar la historia de María?, me lo pregunto por última vez...porque ella y yo necesitábamos denunciar ante la verdadera Justicia, que son ustedes, quienes nos leen, quienes nos escuchan, quienes se van a unir a esta masa que no deja de pedir a gritos que las cosas cambien.

Decido terminar la historia con la parte reprimida para que puedan entender qué pasó con ella para comportarse así, para llenar su diario de tanta locura, dualismo y oscuridad. Y por sobre para que entiendan que hay un monstruo gigante que nos está matando a todos, a todas y hay que hacerlo visible porque teme que si lo miramos mucho lo matemos.

LOCURA Y UNA SENSACIÓN DE ANGUSTIA INSOPORTABLE

Escrita por María López

“El Arte nos enseñó la historia”

Santiago Falcucci

CADA ÉPOCA DEL DESARROLLO DE LA CIVILIZACIÓN NECESITA DE UN AUXILIO DE DISTINTAS FUERZAS Y EL ARTE ES EL MÁS EFICAZ PARA ESTE FIN PORQUE INMORTALIZA LOS CULTOS, LAS HAZAÑAS Y LAS VICTORIAS. PORQUE LA HISTORIA SE MANTIENE CON EL ARTE A TRAVÉS DEL TIEMPO GRACIAS, SOBRE TODO, A LOS MONUMENTOS QUE EXISTEN EN LA TIERRA Y PERDURARON EN EL TIEMPO. PERO VALE RECORDAR AQUELLAS PALABRAS QUE SOSTUVIERON QUE EL LIBRO MATARÁ AL EDIFICIO PORQUE EL PENSAMIENTO HUMANO SE DESPOJA DE UNA MANERA Y TOMA OTRA.

-I-

Decidieron internarme. La psicóloga que parecía tan compañera mía me dejó de acompañar. Se entregó a los capitas blancas y manos de inyecciones. Por lo menos aquí hay un patio, elemento primordial que me faltaba en casa. Siempre lo dije: con un jardín todo hubiese sido diferente, hubiese cuidado más de mis plantas, hubiese tenido amapolas amarillas, claveles y un par de jazmines. Ah, cómo olvidarme de las bocas de conejo. Siempre fueron mis favoritas porque están ahí, en un intento constante de besar al mundo. A este mundo de mierda. Benditas cristianas que jamás perderán la fe. Yo la perdí. Yo no beso más al mundo. Quizás hubiese tenido también un conejo.

Mi psicóloga se entregó a la blanca, cómo no perder la fe. No es feo el lugar. Es una clínica psiquiátrica muy grande, dividida por enfermedades, por “pabellones”, dicen aquí. Estoy en el pabellón

400, el más lejano a la puerta de entrada, supongo que para privarnos de esa oportunidad de pensar en la Libertad. La pienso todo el tiempo por más lejos que me ubiquen.

Tengo una habitación muy pequeña, no sé de medidas, pero son seis baldosas de ancho por siete de largo. Paredes blancas con un sinfín de firmas y mensajes tapados con pintura barata. Un colchón de 5 pulgadas en el que me acuesto y siento los resortes de este viejo catre. Una almohada. Un cobertor, y unas sábanas tan gruesas que hacen perder el sentido de suavidad. Si por lo menos pudieran pensar en los agrados de una, podría ser un poco más llevadera la cosa: doctores, doctoras, duermo sin almohada, me gustan las sábanas suaves, de seda, los colchones gruesos y no importa si están en el piso pero tienen que saber sostenerme. Y detesto el color blanco en las paredes.

Mi habitación tiene un código "1234#" que solo puede ser marcado del lado de afuera. Y tengo una compañera con la que intento dialogar, pero ella solo me mira. Sus expresiones son el símbolo de la frescura, de la incredulidad mundana, de la paz. Su cama, igual que la mía, ocupa dos baldosas y media. Para quien no pudo sacar el cálculo, tenemos una baldosa para pasear, a menos que caminemos por encima de los colchones. Ella tiene el pelo negro hasta los hombros y siempre huele a shampoo, no pesa más de 51 kilos, tiene los ojos muy pequeños y quizás un poco achinados. Es blanca como una paloma. Y menudita. Cuando le cuento historias de mi vida estira tanto sus párpados que pienso que su mirada va a explotar. Tiene una boca pequeña, a veces me dan ganas de besarla, de la cual no sale nada. No habla, pero ríe. Tampoco llora, solo empuja y tira golpes cuando intentan agarrarla. Con el camisón blanco, la Virgen María pierde la subliminalidad y se la otorga.

Papá viene seguido y solo llora. Me agarra los hombros, me mira y yo no lo miro, pero sé que llora. Dejé de mirarlo cuando me culpó de la muerte del abuelo "*el abuelo murió de tristeza por vos*". Yo morí de tristeza junto con el abuelo, si él murió por mí yo morí por él, aunque yo estaba muerta hace tiempo. Él era una luminosidad en mis pensamientos. Nunca dejo de repetir sus palabras en mi mente "*tenés las alas muy grandes y las piernas muy cortas*". Incluso las pensé en aquél momento en el que me despedí de este mundo y me fui a dimensiones paralelas para poder volar.

Mamá solo me recuerda que ella me lo advirtió, lxs psicólogxs no son buenxs, advirtió que mi cabeza se llenaría de dementores. Y a mis hermanas les pido perdón cada vez que vienen, las abrazo, las beso, les pido que me saquen, pero ellas también lloran. No traen a mis sobrinxs porque dicen que puede hacerles mal verme. A mí me hace mal no verlx.

Nataniel nunca deja de venir, Joaquín, Claudia y Elisa tampoco. Joaquín habla como siempre, lento, bajo, grave y sufre. Le dije que tiene los ojos cansados y me respondió que lo está. A él lo miro, pero él solo acaricia su boina sobre la mesa y cuando se aburre de ella mira a la ventana y toca su barba, no puede mirarme. Ambos sabemos lo mucho que le duele verme aquí.

Claudia y Elisa se mudaron a mi departamentito en el centro, ellas se hacen cargo de mis cosas y pagan el alquiler, es como si ya no fuese mío. Se quedaron con el pajarito, o al menos eso dicen. Pero él no canta. Está aburrido, según Claudia. Elisa se ríe y me trae canciones nuevas, yo me río con ella. Claudia se pelea con la gente de la puerta porque siempre quiere traerme cosas para que yo esté cómoda y nunca la dejan pasar, hoy había traído unas pantuflas, rojas, pero se las va a quedar Elisa hasta que yo salga. Claudia me peina, me arregla un poco las puntas y me pregunta al oído si la estoy pasando muy mal. Yo la miro y le saco la lengua. Se ríe. Ay chiquita, no entiendo por qué estás acá, dice. Cuando se despiden yo me quedo un rato en la mesa mirando el dibujo que deja Elisa hasta que me lo quitan. El filo de la hoja es un arma mortal. Ley del pabellón 400.

Nataniel viene en todos los horarios de visita. Se las ingenia para pasarme un pancito debajo de la mesa que él cocinó y para que pueda comerlo sin que nadie vea. Él se las ingenia con todo. Hoy logró darme una nueva lapicera, le conté que me sacaron la anterior por escribir en la pared:

SOLEDAD

Hundo mis costillas con un último suspiro fingiendo el invisible abrazo que va a desearme el descanso en paz.

Nataniel me relata historias de la policía, historias que está investigando; me relata juicios a los que asiste y si hay tiempo, me lee notas que él escribió. Está escribiendo sobre mi caso ahora. Me mira a los ojos, porque no deja que no lo mire, y me promete que pronto se va a hacer justicia. Me pide que sea fuerte y que resista (cuando eso sucede en mi cabeza se repite la frase “*temo dejar de ser la que nunca fui... beber en el silencio adentro del silencio*”). Le cuento cosas graciosas que hago adentro, cosas que le hago a mi compañera de cuarto; le cuento cómo logré que todas se rían durante el almuerzo por tirar la sopa al piso y patinar con los pies descalzos. Él se ríe a carcajadas y los guardias nos miran rápidamente. Sospechan de Nataniel porque siempre hablamos bajito y nos reímos fuerte. Fisurita, me dice. Me despeina un poco, se pone la boina y se despide con un “falta poco”. Y le pido antes de que se vaya que consiga una casa con jardín. Me guiña el ojo y se va.

Vuelvo cansada después de las visitas. Me siento en mi cama y la chica me mira. Nunca pude saber su nombre porque ella es “la paciente de la 407”. Me mira esperando que le cuente más historias, ella no tiene visitas, pero yo me acuesto, me tapo y cierro los ojos. Me gustaría que ya no vengan, me hace mal cuando se van. Me siento ínfima en el Universo, las paredes se convierten en monstruos y se me ríen. Las colchas me empiezan a agarrar fuerte, empiezo a perder el aire, me muevo para lograr liberarme, no puedo, grito, pero no se escucha y ahí “la chica de la 407” toca el timbre y llegan las enfermeras que me calman hasta mandarme a volar. Ellas también saben que tengo las alas grandes.

-II-

LA CIRCULARIDAD DE LA VIDA

Yo soy una energía latiendo, todo el tiempo, en algún momento de la historia, sea auge o crisis, conecto con otra energía y nos intercambiamos un poco de ella, pero esto deja de suceder cuando aparece una nueva energía con la que conecto, aunque la primer energía no deja de latir, sólo que lo hace con una frecuencia mínima.

El proceso se repite sucesivamente hasta volver, en algún momento de la historia, a conectar con la primera energía, ya sea en auge o en crisis. Cuando se vuelve a una energía con la que ya se conectó en algún momento se intensifica la conexión con los momentos compartidos: los RECUERDOS.

-III-

- En su diario dejó escrito – dice Nataniel

¡No hay noticia!, dijo el abogado. Una declaración que va a perderse en el laberinto del olvido junto a un invento mentiroso: la Justicia. Desearía tener la suficiente valentía para poder matarlos, pero soy otro sujeto más criado bajo normas y leyes que nos impiden reaccionar. Acabo de cerrar los ojos y verme de rodillas, frente a una pared, mi cara tapada escondiendo mi dolor mientras mi vestido está levantado y uno de ellos me coge por atrás. ¡Qué horror escribirlo! Pero necesitaba sacarlo. Necesito librarme de todo eso y es tan difícil. Otra vez una imagen. Su pene dentro de mi boca. Otro sigue por atrás. Yo mordiendo para defenderme y una piña en la cara, una patada en el ombligo, otra patada nuevamente en el ombligo. Puta inmundada, me grita. Basta ya por favor, váyanse de mi cabeza. Han dejado de perseguirme las pesadillas con los ojos abiertos, estoy cansada. Muy cansada

- Es una prueba muy poco fidedigna, señor Juez- contesta el Abogado Flores

-IV-

Quiero llorar. Necesito irme a mi casa, tener mi casa, mi espacio. Necesito irme, necesito empezar de una sola vez. Empiezo a asustarme en la etapa de la incertidumbre del mundo. Por favor, sáquenme de acá. Papá dice que está haciendo todo lo posible para que eso suceda. Mi tío está moviendo contactos, haciendo millones de llamadas por día y no pasa nada. La ven complicada. Por favor,

me voy a morir acá dentro. Papá dice que todos los días conoce a alguien nuevo y hace cosas para intentar que las cosas cambien, aún no hay respuesta. Llora de nuevo y me pide perdón por no poder hacerlo mejor y yo hoy lo miro. Y le digo que voy a estar bien, que lo amo, que no deje de venir porque eso me hace bien y que no se marchite por esto porque yo lo necesito primavera. Papá se va y las paredes nuevamente me asustan. La chica de la 407 toca el timbre.

-V-

Llora violín
Historias tropezando pupilas
enterráronse en el calco del cuerpo sobre el colchón.
Mi menor y un escondite de pañuelos, parte mía.

¿Párpados dejarán de naufragar? ¿O seguiré sumergida bajo velo
cementerio?

Tiesa boca escondida entre caídas,
no me delates de suspiros;
nariz invernal contágame de Sur
y que ya no duela.

Los pómulos piden tregua a tanta lluvia
porque peso lo suficiente para entender la ruptura del bretel
sostén.

Pero hallo la respuesta cuando ya me sedujo la eternidad.
Rebalso la tristeza, bebo.
Trago incendiando, guerra sin final.

Detención te deseo,
sin pulso para llegar a la Paz.
Ansiosa de muerte, doblegada de tolerar
marchitar mis huesos, florecer enfermedad

Látigos a mi cabeza;
doler ya no puedo dejar.

Entro, cierro.
Prendo, miro.
Enciendo, apago.

De mí... nada más hay.
Muerto he al parpadear los recuerdos.

-VI-

Nataniel hoy llegó llorando a la visita. Yo lo miré sorprendida porque él no llora, pero yo sabía que el abismo se encontraba muy cerca. Nataniel siempre está haciendo malabares en la cornisa. Dice que ya no puede entender la humanidad. No puede entender cuándo nos empezamos a hacer tan mierda entre todxs. Dice que la gente es mala y que está atormentado de los comentarios que escucha. La gente habla mucho y dice poco; la gente no mira al lado, mira al frente. Dice que no puede entender como todos lxs asesinxs durante de la dictadura podían estar felizmente desfilando el día de la Independencia y la gente aplaudiéndolxs. Dice que la gente no tiene voz y que por eso necesitan de otrxs para poder hacer justicia. Él es unx de lxs que necesitan. Porque él va a todos los juicios para lograr que se castigue a quienes han castigado sin motivos, para condenar a los genocidas. Nataniel llora y dice que no puede entender que hasta el día de hoy sigan encontrando cuerpos y que ni siquiera los identifiquen por su nombre, han perdido la identificación por no ser consideradxs personas. No puede entender que a una persona la identifiquen por una tapita de gaseosa, por un llavero, por un encendedor. Nataniel llora y me dice que está cansando de tanta mierda, que ya no puede más, que necesita que su cabeza pare un segundo, porque las voces lo torturan. Yo lo miro y no sé qué decirle, yo estoy acá por eso.

Nataniel está más cansado que Joaquín porque él entiende todo. Se sabe los discursos de memoria, el día, la hora, el diario donde aparecieron. Considera que todos esos tipos que están declarando

para defenderse después de haber matado millones de personas, millones de “negrxs de mierda”, porque son lxs negrxs de mierda lxs que pierden, están usando el mismo libreto. Resaltaron las mismas palabras. Y nadie hace nada. La justicia no hace nada.

Vuelve a llorar y me dice que está loco, me lo dice en este lugar, en el psiquiátrico. Me dice que entiende un montón de cosas, pero no entiende lo básico y por eso deja de entender. No sabe si él está equivocado o es el resto. Yo lo abrazo. Él llora, me pide perdón. No me pidas perdón, le digo. Y le insisto que tiene que descansar. Me mira a los ojos y no deja que yo no lo mire. Me abraza fuerte, lo abrazo más fuerte. Y nos apretamos los pechos. Y nos miramos. Y nos acariciamos. Y volvemos a llorar. Los guardias están mirando y no entienden por qué nosotrxs no reímos. No sé cómo levantarlo porque yo ya perdí la fe en la humanidad. Pero lo abrazo y le beso la cabeza y no lo suelto porque va a caer. Pero cuando lloro, rápidamente, él se pone el traje de superhéroe y me mira a los ojos para prometerme que vamos a encontrar la cura a tanta mierda. Que vamos a encontrarle la vuelta a todo, que no llore, que lo perdone. Yo no le creo, pero no le digo nada. No le creo porque me volví escéptica al pensar en esas posibles soluciones. Pero él me lo dice con amor. Y yo dejo de entender todo. Y lloro más fuerte. Necesito que él se detenga, necesito que nadie ahí adentro lo vea en ese estado porque van a darle una habitación, porque no van a dejar que salga a la calle, porque va a ser aplastado por estos monstruos, por estas paredes. Nataniel, no es hora de caer, le digo. Pero él no me escucha y solo me pide que no lo suelte. Yo me asusto. Me asusto un montón y lloro. Le pido que se tranquilice, no quiero que le ganen en la batalla, él es fuerte, él todavía puede salvarnos. Y logro que se vaya. Cuando se va, yo lloro pensando que estoy acá, encerrada, pagando por algo que no hice y hay tanto hijo de yuta suelto riendo con libertad y en ella. Yo lloro pensando que el mundo se dio vuelta y se olvidó de nosotrxs. Yo lloro porque recuerdo que Joaquín me dijo que no estoy loca, que sé captar la esencia de las cosas y de ellas me alimento. Nada importa más que una bicicleta, un lindo día y un barrilete al que saco a volar. Voy a la enfermería, la hablo a Marta y le digo que me siento increíblemente vacía y triste. Marta ya sabe qué hacer en esos momentos. Marta me saca a pasear...

-VII-

Vas a tener que declarar de nuevo. Quizás sea la última vez. Entré pensando en eso y no te olvides nada. No importa qué te digan, siempre los comentarios de mierda van a estar, pero hacé de cuenta que jamás los dijeron, que tu cabeza los deje ir... fueron las palabras de Nataniel.

10 de julio, 201...

Declaración jurada de la Srita. María López

El día 26 de septiembre del corriente año, a horas de la medianoche, en mi provincia, decidí salir de fiesta con amigos. Uno de ellos había sido un amigovio cuando yo era chica y siempre que nos veíamos nos dábamos un par de besos. José. Los demás eran amigos de él: Ignacio y Carlos. Siempre salíamos juntos a todos lados, desde chicos. Creo haberlos conocido a mis 14 años. Los chicos siempre que salían tomaban pastillas con alcohol, ese día también lo hicieron. Consumieron también cocaína. Yo nunca consumí con ellos, pero ese día estaba tomando alcohol y había consumido marihuana. Nos dirigimos a una fiesta en la noche, me buscaron de casa en el auto de Ignacio. No sabría decir qué auto es pero es una especie de camionetita roja. Adelante iba Ignacio y Carlos, atrás José y yo. No recuerdo a dónde era la fiesta, siempre que subo a un auto no presto atención al camino a menos que esté yendo con alguien que no conozco y no era el caso. No conozco bien la ciudad, hay espacios que se escapan de mi mapa. Llegamos a la fiesta, cuando bajé había mucho espacio verde. Varios autos. Entramos a la casa y la música estaba fuerte, había mucha gente y la casa era grande. Un living con sillones y una cocina con una barra donde la gente se servía el alcohol, había una escalera que conducía a una especie de terraza, y un pasillo con 4 puertas, una de ellas el baño. José saludó a un chico en la fiesta, me presentó. Y me dijo que podía dejar mi abrigo en su habitación que era la segunda del lado izquierdo. Y ahí lo dejé. Una habitación con una ventana que daba al patio, un ropero interno, una mesa de luz con una lámpara y una pipa. La mesa con la computadora y un

cenicero con tucas. Un sillón pequeño frente a la computadora y unos grandes parlantes. Dejé mi abrigo en la cama y salí cerrando la puerta. Me senté en el sillón del living, José y los chicos estaban con unas chicas charlando en la barra. Me acuerdo que se reían. José me miraba de vez en cuando al igual que Carlos, que me guiñaba el ojo. Estaba muy borracho.

Alguien me dio marihuana y yo fumé. Alguien me ofreció merca y yo me negué. De repente habían pasado varias horas y yo seguía en el mismo sillón solo viendo todo y tomando, hasta que me empecé a sentir encerrada. Había una pareja teniendo sexo en la escalera.

Dos chicas y un chico besándose y tocándose en el sillón del frente. La gente había consumido mucha cocaína y alcohol. Fui al baño y cuando abrí la puerta una chica vomitaba en el lavamanos, me dijo que cierre la puerta que estaba ocupado y una pareja se metió en una habitación. Un resto bailando. Me acerqué a José, me sentía mal y quería irme. Le dije que me iba y me dijo que aún no, era temprano. Entonces le dije que me iba afuera a tomar un poco de aire. Me dijo que me abrigue. Entré en la habitación y mientras buscaba mi abrigo entró José e Ignacio. Decían que también buscaban su abrigo, que iban a salir conmigo.

Le dije a José que me quería ir, que me diga la dirección y llamaba a un remis. Me dijo que en un rato nos iríamos. Le dije que me quería ir ahora y cuando me estaba dirigiendo a la puerta me agarró y me dijo que no lo deje solo, me dio un beso. Le dije que ellos me habían dejado sola toda la noche, sabiendo que me cuesta mucho hacer sociales cuando no conozco a nadie. Me volvió a dar un beso y me dijo que yo le gustaba mucho. Y que a Ignacio también le gustaba. Que hagamos un trío. José es guarango para hablar. Me dijo que yo cogía bien, que podría con los dos. Le dije que no. Insistí en irme. Se acercó Ignacio en ese momento y me insistió en que no me vaya. Se paró atrás mío y me hablaba en el oído mientras José me acariciaba el pelo. Los corrí y les dije que no me molesten, que estaban borrachos y drogados. Entró Carlos. Preguntó qué pasaba. Y le dije que los chicos me estaban molestando. Carlos cerró la puerta y se me acercó a querer darme un beso, lo corrí y me agarró la mano. Los chicos se reían. Entendí en ese momento todo lo que estaba pasando.

Me dirigí desesperada a la puerta y estaba cerrada con llave. Y

en ese momento terminé de entender todo. Se rieron y me dijeron que antes de irnos íbamos a jugar un rato, lo dijo José.

Me largué a llorar, le pedí que me deje ir. Me dijo que no sea tonta que no tenga miedo. Que la iba a pasar bien.

PAUSA DOS MINUTOS

José me agarró de la mano y me obligó a sentarme en el sillón. Carlos se sentó a mi lado, Ignacio ponía música. Lloré pidiéndoles que me dejen. José me empezó a tocar la pierna y me dijo que no sea tonta que confíe en él. Carlos me besó el cuello y lo empujé. Me logré parar. Corrí a la puerta y empecé a golpear pidiendo ayuda. Carlos me tapó la boca, José me subió el vestido y empezó a tocarme las partes íntimas.

SILENCIO PROLONGADO. LA SRITA. MARÍA TOMA AGUA Y PROSIGUE

Taparon mi cabeza con un pañuelo. Me empujaron al sillón. Alguno subió mi vestido y empezó a cogerme. Otro me agarró porque yo hacía mucha fuerza. Me dieron vuelta, me pusieron contra una pared y alguien metió su pene en mi boca, otro me lo hizo por detrás.

SILENCIO

Le mordí el pito y esa persona, o al menos eso supongo, me pegó una piña en la cara. Me pegó una patada en el ombligo, después otra gritándome “puta inmundada”, volvió a patearme. Uno de ellos, creo que fue Ignacio, pero ya no puedo recordar bien, pidió que me dejen. José decía que me coja, que sea macho y lo haga. Y me cogió. Y yo empecé a llorar y no dejé de hacerlo. Empecé a tener una especie de espasmos corporales. La misma voz pedía que me dejen y los demás decían que no sea puto. Y yo perdí el conocimiento. Sólo recuerdo que durante todos los momentos en que eso sucedió mi cabeza sólo pensaba que era inútil seguir luchando con este sistema patriarcal, que toda la lucha era inútil, el mismo sistema me estaba violando y yo no podía con él. Cuando me desperté, estaba en el suelo. Busqué mi abrigo. Abrí la puerta y

había algunas personas durmiendo, unos chicos me miraron y yo salí corriendo. No sabía dónde estaba. Corrí sin importar a dónde me dirigía.

Llegué a una avenida y caminé hasta conseguir un taxi. Le pedí que me lleve a casa. El taxista me preguntó si estaba bien, qué me había pasado, si quería ir a la policía o al hospital. Le dije que a mi casa. Cuando llegué a casa, tomé unas pastillas para dormir que le había comprado a un chico unos días antes. Y dormí durante muchas horas.

Mi compañera de departamento se preocupó porque yo dormía mucho y cuando fue a despertarme me encontró toda golpeada. Después de una semana de estar encerrada en mi habitación, sin hablar, sin comer, sin hacer más nada que dormir hacer la pis, hablé con ella y le conté. Me dijo que vayamos a la policía y no quise ir.

Abandoné la facultad y me estacioné en casa. Empecé terapia con una psicóloga. El mes siguiente, en Mi cumpleaños, el día miércoles 20, decidí suicidarme y tuve un intento fallido. Entraron a casa cuando yo me encontraba sentada en el estante del ropero con un cinto envuelto en el cuello, ya con poca respiración. Tuve fuerzas para evitar darle un susto a alguien y me saqué el cinto. Y salí de casa corriendo. Llegué a la fiesta de mi cumpleaños, luego de haber consumido pastillas con alcohol y mucha marihuana. Me desmayé en mi cumpleaños y al día siguiente recién pudieron despertarme. Nadie se imaginaba qué me había pasado. Dos semanas después, me mudé. En el mes de noviembre hablé con mi familia y les conté lo que había sucedido. Nunca pude decirles quiénes fueron. El 19 de diciembre del año pasado dejé acentuada la denuncia en la seccional de la Mujer. Me preguntaron cómo estaba vestida ese día, si había consumido drogas, me dijeron que quizás yo había demostrado indicios de querer hacer algo con los chicos y por eso pasó lo que pasó. Me dijeron que era tarde para poner la denuncia, que no tenía pruebas fidedignas para demostrar que yo decía la verdad. La denuncia quedaría registrada y si no lograba presentar pruebas, a los dos años prescribiría.

-VIII-

Hoy me senté en la cama para mirar cómo inyectaban a la chica de la 407. Me senté sobre la cama porque el espacio es reducido y las enfermeras entran en filita en esa única baldosa que nos separa a nosotras. Me abracé las piernas, intenté correr mi pelo hacia atrás y recordé que hoy me había pelado. Le pedí a Marta que lo haga, le mentí que tenía piojos, me revisó y no los encontró. Pero me volví un ser insoportable para sus oídos y sus pasos, repetí constantemente que tenía piojos y rasqué mi cabeza con ademanes bruscos. Me raparon. Me dejaron cortito cortito. Ahora se notan todas las cicatrices de cuando me lastimo, porque me rasco obsesivamente la cabeza, como si me rascase las ideas que me dan miedo. Alguien alguna vez me dijo que los cortes de pelo significan cambios. Solo necesitaba despojarme de algo, de lo único que aquí puedo. Además de la ropa, que solo lo hago cuando duermo. Si me la saco en los pasillos me castigan y me mandan a otra habitación. La habitación de castigo. Joaquín me contaba una vez que cuando iba a dar talleres a lxs chicxs que se encontraban en el penal de menores había una habitación castigo: el chancho. Aquí también tenemos un chanchito. Hubo veces que lo disfruté; la libertad se perdió hasta en la habitación más grande. Nada cambia con un chancho. La ciudad está llena de chanchos y todos caminan sin notarlo. También recuerdo aquella vez que caminando por la 25 de Mayo y Mendoza, el día de mi cumpleaños, la música de mis auriculares me trasladó el alma al infinito y la gente no paraba de empujarme en la calle mientras yo solo caminaba porque estaba triste. La gente me empujaba enojada y no se daba cuenta que yo no empujaba porque estaba triste. Entristecí tanto que lloré. Y nadie dejó de enojarse y empujarme. Nadie se detuvo a detener mis lágrimas. Ni el mundo. Porque el mundo no se detiene cuando una está triste. Porque el mundo no se detiene por una, no cambia por una, no cambia si no lo cambiamos. Y todxs juntxs no nos entendemos. Porque estamos enojadxs, porque estamos tristes, porque no nos escuchamos, porque no nos miramos, porque no. No.

Hoy me quedé sola en la habitación, se llevaron a mi compañera. Fue inquietante. Yo lo vi todo. Yo siento su ausencia. Ahora que me doy cuenta, la soledad me hace sentir temor. Tengo miedo de mí. Pienso en el día que mis ojos se cierren para siempre, religiosamente. Me asusto cuando me doy cuenta del no límite del pensamiento. Me asusta no comprender lo que pasaría, más aún lo que ya pasó. Temor a mí. No puedo detallar la sensación con facilidad. Me estremezco, literalmente, se endurecen mis pezones y retuerzo el cuello hacia atrás, hacia un costado. Los dedos de mis pies no dejan de moverse, son mis motores, sus movimientos son lo único que me hace sentir que estoy acá. Que no me perdí. Soy como Donatello, que es el espíritu sobreelevado que ya no mira más la Tierra, pero aún está atado a ella por los pies. A veces, si es intensa la sensación de inexplicabilidad sacudo mi cabeza como intentando negarle a ella misma esos pensamientos, pero fallo en el intento. Y me tapo fuerte los oídos. Muerdo fuerte. Y gruño. Me quejo. Me agarra migraña. ¡Qué bicho raro! No logro entender cómo siempre logra meterse en donde no le corresponde. Nuevamente estás acá, le digo a quien me habla desde adentro mío. Y yo que pensaba que estabas falta de memoria, que yo ya no te pertenecía. Jamás te olvido, de todos modos. Me mantengo alerta. Cuando te siento cerca, siento la condena. Las pesadillas vuelven a mí. Todo está en tu cabeza, suelen decirme y solo es necesario recordar esto para saber que es ahí donde estás. Te veo nuevamente cargando nafta suficiente para emprender el largo viaje. Otro viaje más. Sin preguntarme siquiera, me subís al coche y cerrás las puertas. Esto es un secuestro del que nadie puede salvarme. Me atás, me respirás en los oídos, me comés de a poco el cerebro. Lentamente. Lenta gula que se aprovecha de vos y vos de mí. Empieza el juego maldito. Vos el patrón, yo la esclava. Vos el padre, yo la hija. Vos el maestro, yo la alumna. Vos el Poder, yo la indefensa. No hay abogadxs para mí. No tengo derechos para defender. Mis derechos no existen ya. No existe la justicia. Espero impaciente el momento en que dormís para encender el cigarrillo, para planear mi escape, pero el humo te llega hasta las entrañas y enojada te levantás. Atacás. Me atacás hasta consumirme, hasta dejarme el infierno en los ojos. Es solo una migraña, dice Marta. Vamos, vamos, reaccioná. Es solo una migraña. Y yo grito. Marta, por favor. Llevate la migraña lejos. Y la chica de la 407. Y el silencio.

Y las paredes. Y la única baldosa. Y ellos sobre mí. Puta inmunda. Proceda, Srta. María. Puta inmunda. Dale María. Puta inmunda. Es solo migraña, dale, tomá esto...

-IX-

Yo le decía a mi psicóloga: creo que me estoy volviendo loca. Ella persistía en que solo era artista, de Arte. Insistía en que yo tenía que escribir. Tu capacidad de narrar es inmensa y tenés que aprovecharla, decía. Yo le dije a Joaquín que estaba enloqueciendo y él me dijo que yo sabía captar otras esencias. Yo le dije a Claudia que me sentía demente y ella me dijo que solo sabía conectar con la Naturaleza. Claudia se sentó a mi lado un día de verano, fumamos un porro, y le expliqué con teorías volcadas en una hoja que el mundo no era plano, era redondo. Le expliqué con muchísimo detalle para que logre entender. Le expliqué cada pedazo de la historia. Y en un súbito respiro ella me dijo que ya se había descubierto todo aquello. Copérnico. Y reímos mucho. Con dolor. Ella sabía, como yo, todo lo que por mí había pasado. Sabíamos ambas que yo creí encontrar la ley física. Lo bueno que siempre supimos que eso había sido cierto, yo había logrado sentir la redondez del mundo. Claudia se sentó conmigo una noche de otoño, en el pasto de una casa ajena, mirábamos la luna. Fumábamos un faso. Claudia supo entender qué sucedía en mí cuando me levanté asustada y le dije con los ojos llenos de lágrimas que la Tierra se movía. Que se movía muy rápido. Le preguntaba sin darle lugar a una respuesta de si ella lo sentía. No respondía. Solo me miraba. A veces me duele que me miren con tanto amor. Todxs dicen que soy una niña, no sólo porque me fascinan las paletas, y los jardines, y los camioncitos con piolitas. Estoy en constante conocimiento. Porque todos los días me olvido porqué existen las cosas. Las miro y me sorprendo cuando veo una señora llevando un auto. Un señor un colectivo. Una personita moviendo todo eso. Y me asombran los edificios. Me paro a mirarlos. Veo las calles. Los semáforos. Escucho los sonidos con atención. Miro a la gente. La gente no me mira. A veces me dan ganas de agarrarles la cara solo para mirarles un poco más. Papá dice que soy una niña, me saca el plato de comida porque

me aburro y hago dibujos con la comida servida. Mi hermana me cura de las pesadillas de Dinosaurios. Sí, los Dinosaurios siempre me persiguieron y me dieron pesadillas. Papá dice que desde chica camino como un Dinosaurio. Tengo miedo de mí. Con Claudia siempre tuve esos momentos. También con Joaquín: comíamos un día y charlábamos sobre el Tiempo. Antes él me miraba fijo a los ojos. Me contó que el tiempo, según Dolina, podía ser para adelante, para atrás y para un costado. Me explicó cada uno de ellos y se dio cuenta que yo me perdí. Solo me miró. Yo lloré. Le dije que estaba sintiendo todo muy fuerte. Que me daría un paro cardíaco. Él no entendió.

Fue la primera vez que lo ví y no lo escuché de palabras, yo estaba sintiendo demasiado. Abrí muy grandes los ojos y le dije que yo dejo de entender el mundo y me asusto. Nataniel dice que yo estoy bien, que el mundo está dado vueltas, aunque a veces se cansa y me dice que yo tengo los papeles al revés. Y Elisa, cuando en el subte, después de haber tomado una pepa, grité que nadie se estaba dando cuenta que íbamos muy rápido por debajo de la Tierra, rió y me tocó la cara.

Aquí estoy, captando la esencia y el Arte de perder la Libertad. Encerrada. Maquinizada. Absorbida. Controlada. Alienada. Siempre dije a modo de broma que lo mejor que podía pasar en una situación límite era que me declarasen insana mental. Me arrepiento de ello.

-X-

Hoy vino a visitarme Álvaro. Siempre es impaciente. Cruza las piernas y las mueve. Mueve los dedos en la mesa. Habla rápido y no da tiempo a pensar una idea porque empieza otra. Hoy me dijo que va a llevarse el pájaro con él. Ya habló con las chicas. Elisa no quiere. Claudia sí. Me dijo que venía del psicólogo. Que se sentía triste. Me dijo que había una marcha, un cacerolazo para protestar por la suba de los insumos. Su boleta de gas de 70 pesos había subido a 200. No lo podía creer. No entiendo qué hace el presidente, no lo comprendo. Solo lo estoy sintiendo. Pero no puedo hacer mucho. No puedo ir a una marcha porque tengo que trabajar,

porque necesito la plata. Mi novio no lo entiende. La política está interviniendo en nuestra relación. Pero yo quiero que se dé cuenta que todo es difícil. Yo puedo darme lujos aún, no unas vacaciones pero sí una cena. Pero ¿y la gente que no puede hacerlo? Sólo argumenta que debemos aprender a ahorrar energía. Y hay gente que vive ahorrando hasta las paredes. Yo no entiendo, no entiendo este gobierno. No están haciendo nada social. Solo enriqueciendo a los ricos. La clase media está por acabar. Estoy frustrado. Pero bueno, me voy a llevar el pájaro. ¿Necesitás algo? Solo le sonreí. Le dije que lo quería. Lo abracé y le dije que lo quería, nuevamente. Él me dijo que también me quería. Vos no sos mala, dijo. Esto es un error. Y le sonreí y le dije al oído que el día que estuviese afuera íbamos a tomar un helado de frambuesa, frente a la casa de Gobierno y nos íbamos a reír porque nadie podía con nosotros. Se rió y movió la cabeza dándome la razón. Y yo sonreí mientras partió.

-XI-

Nataniel tiró una hoja al cesto de basura. Se fue temprano porque estaba con tos. Le dije que tome un té vic. Y un tafirol. Me dijo que hoy salía con los de la juventud peronista. Tenían un asado. Me contó que su hermano se iba a recibir pronto. Y que su papá estaba de visitas. Su hermana le había encontrado preservativos y se había asombrado. Nos reímos. Mañana trabajo y no creo poder venir, me dijo. Y también me contó que habían decidido mudarse junto con Claudia y Elisa. Una casita con patio. Almorzó con mi papá mientras esperaban la hora de la visita. Churito es. Está triste, fisurita. Vos sabés hacer reír. Hacelo reír cada vez que venga. Yo levanté la hoja de la basura cuando se fue, sin que nadie vea y pude, yo misma, contrabandear. La llevé a la habitación.

Si todxs somos hijxs de alguien, si a todxs nos cría una madre, son sólo los huérfanxs las malas personas? Son sólo aquellxs rechazadxs por sus progenitores los capaces de lastimar? Si son solo nuestras madres las que nos enseñan modales, aunque sea los mínimos. “A los compañeritxs no se les pega”, me decían cuando iba a jardín, “a las nenas no se las hace llorar”, me retaban porque siempre tuve ácido en la boca. No me considero tan especial, no creo que mi historia sea particularmente interesante, ni muy triste ni muy llena de alegrías. Creo que algo así nos han dicho a todxs alguna vez. Así nos construimos entre todxs, con las mismas enseñanzas que nos hacen parecidxs, sino iguales. Sin las mismas posibilidades, pero con ideas bastante comunes, aunque siempre tendemos a sentirnos especiales.

¿Quiénes son, entonces, aquellxs que nos lastiman? ¿Aquellxs que nos roban y nos hacen llorar? ¿Sólo los huérfanxs son malas personas acaso?

-XII-

Claudia dice que no encuentra lugar en el mundo para ella y Elisa. Yo pienso que muchas personas no lo encontramos. Para ellas debe ser más difícil porque vivimos en una sociedad que nos hostiga cuando decidimos algo diferente. Lo hegemónico no da apertura a otras hegemonías, bah, quién yuta quiere hegemonías, que vengan homogonías mejor, o no, mejor diversidad respetada. Una frase dice que *“a lo mejor existe un mundo paralelo donde todo esto tiene sentido”*. Yo no quiero creer hoy en mundos diferentes, no quiero creer que estoy loca, ni que soy diferente. Yo quiero creer que vivimos en un lugar tan inmenso que todo puede ser cierto, que todo puede ser incierto, pero que podemos convivir con una infinidad de realidades. Vivir pensando en eso me hace vivir lejos de este mundo. Yo no soy de este mundo, habito con frenesí la luna, decía Alejandra Pizarnik. Pero ella estaba loca, dicen. Pero ella se suicidó porque todo fue demasiado para ella. Pero quizás fue poco, fue insuficiente, fue nada. Al fin y al cabo las leyes solo

dictan sentencias y las sentencias solo nos coartan. La libertad de unx termina donde empieza la libertad del otrx, en su cuerpo. Mi libertad no fue respetada, yo respeté la de ellos y sin embargo solo yo perdí este juego. Le dije a Marta que si paso mucho tiempo acá voy a suicidarme. Me dijo que no voy a poder, que para eso están las enfermeras, hay cámaras, hay médicos, hay pastillas. Yo le dije que me iba a suicidar y que lo lamentaba por ella. La chica de la 407 no está y, aunque no hablaba, con ella me sentía un poco menos sola. En cambio ahora la soledad es inmensa. Borraron mi escrito de la Soledad que estaba en la pared. Nuevamente la pintura barata. Lo hicieron mientras yo estaba en el patio. No puedo expresarme. No puedo ni eso. Me reprimen, reprimen la voz de todxs lxs que queremos confesarnos con el mundo. A algunas las matan, a otras nos guardan. La libertad de expresión es un invento de mal gusto, la libertad es un invento humano para hacernos pensar en un mundo feliz. No existe el mundo feliz. No existe la absoluta felicidad. Existen los momentos felices. Mis visitas son los míos y duran lo que ellas duran. Tampoco existe la tristeza absoluta, existen los momentos tristes. Cuando no están mis visitas son los míos. Nunca quería salir de casa, me asustaba la calle, las personas, la realidad, y ahora quiero estar afuera. Claro, unx se da cuenta de lo que tiene cuando lo pierde. A las frases trilladas se les encuentra sentido y se les da fuerza cuando menos se espera. Hoy me pregunto, ¿si quisiera encontrar la luz, dónde la buscaría? Ya no hay quién ilumine cuando el vagón al mar cayó y ácidamente recuerdos construyó. ¿No te parece realmente efímero el presente? Todo lo que sucede es sin pensar pasado, no alcanza el aire para buscar. La profundidad ha ganado. ¿Dónde buscaré si ya no hay cielo, tampoco infierno? Me alejé de dios, perdí su mirada y estoy necesitando ojos que me hablen para mi garganta que llora. ¿Qué mentira harán nacer? La fe se perdió en una Odisea, ya no tengo 20 años a mi favor. Ítaca ha desaparecido antes que me pierda. ¿Cuándo el gorgoreo de los aviones será suficiente? Cada paloma levanta un grito de Libertad, pero yo me rompo con mis uñas sucias, me rasco el dolor hasta que mis labios se tiñen de rojo, hasta que encuentro a la última estrella que me hace sentir el vacío. Me consumo alejándome de mí. Hoy estoy triste. Hoy me siento ínfima.

-XIII-

Día 400:

El insomnio ha transformado su oscura esencia en blanca piel. Tiene ojos, tiene manos, tiene pies. El insomnio soy yo. Yo junto a interminables horas sin descanso. Yo junto a muchos amaneceres sin haber disfrutado de la noche, atrapada por los sueños. He perdido la cuenta de los días en que he dormido, he perdido mi calendario interno, he perdido el tiempo aún cuando el tiempo es lo que me persigue. 400 días o quizás solo 7 de lucha contra la unión de la realidad y sus paralelas. Y de repente pienso cuántas horas en la vida uno pierde durmiendo y solo sueño que quiero dedicarme a ser una perdedora de tiempo.

4:28am

-XIV-

Día 521:

Nos confundimos. El insomnio no sabe si es él o él soy yo. Estoy confundida como él. Las realidades han rozado sus límites y estamos confundidos. No sé si estoy despierta, no sé si estoy dormida. Me acompañan largas lecturas, muchxs autorxs, muchos quehaceres, pero al mismo tiempo ninguno. He tomado pastillas y he asumido el papel de una dependiente de ellas, pero no sé cuándo tomarlas. Siempre las tomo. No mido el tiempo. Y de ojos abiertos reflexiono sobre mi cordura o mi poca cordura. Pensándolo mucho, filosofando acompañada de los giros del sol llego a la conclusión de que nadie puede afirmarnos racionalmente que estamos en la realidad correcta. Me tranquilizo y creo que duermo.

6:45am

-XV-

Día 614:

Cada vez estoy más cerca de comprobar que el insomnio es una

droga. Que las noches y las mañanas pueden ser una, o quizás ninguna. Que las camas poco a poco quedan en el olvido y que la realidad se hace incomprensible en momentos en los que la mente como siempre nos traiciona y no nos deja estacionarnos, acostarnos, dormir, dormir, dormir..

5:13am

-XVI-

Día 673:

ODIO. ODIO TANTO COMO AMO.

AMO DE MÍ QUE HUYES CUANDO DESATO MI CORPIÑO Y LO REVOLÉO PUDIENDO VERLO FLOTAR EN CÁMARA LENTA COMO SEÑAL DE LIBERTAD.

ME VEO CON LOS OJOS CERRADOS LEVANTARME MIL VECES Y VOMITAR EL VACÍO LLENO.

Y OTRA VEZ.

OTRA VEZ MÁS.

LA ÚLTIMA.

HACE FRÍO. TIEMBLO. CORPIÑO. CORPIÑO. LIBERTAD. PRIMAVERA. DOLOR. FRÍO. CORPIÑO. LIBERTAD. DESASOSIEGO. PERPETUA. MUNDO. FRÍO. ÉL. ÉL. ÉL. FRÍO. PUNZAR. PUNZANTE. PUNZÓN. Y MI NIÑEZ ME LLEVA A ELLA PARA RECORDAR AQUEL MOMENTO: UN PAPEL GLASÉ, UN PUNZÓN QUE HACE ARTE Y UN CORAZÓN SIENDO PINTADO DE ESA FORMA, EN EL ARENERO, EN EL JARDÍN. ME DESPIERTO. LORO. ME DUERMO. ME QUIERO DESPERTAR. ME DUERMO.

- MARÍA- DICE ELLA

YO EFÍMERO

YA NO ESTOY.

YA NO.

YA.

Y...?

...

.

6:58am

-XVII-

Día 699:

De repente discutíamos en una habitación apartada en donde muchos termos habían explotado. Él se fue y yo observé todos aquellos añejados muebles que me rodeaban. Claro, era el depósito de mis cosas, era mi hogar en aquél cuarto. Salí y mientras caminaba desprendía de mi cuerpo vidrios que se habían pegado a mí. Pero en un momento el dolor fue desgarrador. En mi pierna un trozo de vidrio incrustado.

- Miren!! Por favor, sáquenmelo!!- dije, siendo consciente de que las dos mujeres que me acompañaban en ese baño eran personas que jamás quise ni quisiera volver a ver: una ladrona, y otra... se me ha borrado su rostro. Es inútil, el tiempo vuela y necesito terminar de contar.

Ella mira, se ríe diabólicamente y me lo arranca con mucha sutilidad, pero yo grito al ver el río de sangre en la pileta. No para de brotar y cuando quiero sostenerme la pierna para cerrar el paso de ese rojo canal, veo cuán profundo es el corte. Mi hueso está ahí, mostrándose. Y el agujero es un perfecto círculo. Pero ¿cómo? Recuerdo la forma triangular del vidrio y no entiendo cómo. De repente camino con él, con Pipo, y le pregunto si él cree que se curará la herida, y le pregunto si no sería mejor ir a un hospital. La miramos juntxs y es un gran vacío. Ya no sangro, pero perdí todo el músculo y mi hueso empieza lentamente un proceso de osteoporosis.

En la calesita del frente mis amigas están tomando vino, fumando y bailando como locas. Están poseídas por un demonio. Y las observo con recelo pero se me acercan, y me llevan al festival.

- Rompí bolsa - les dije.

Ya no puedo recordar, nos subimos a un auto blanco, pasamos por casa, tampoco recuerdo quién iba al lado mío, ni adelante, pero abrían la puerta. Él bajaba a buscar las cosas para la clínica y Elisa se subía al auto, también Claudia (no estoy segura si era ella), también Álvaro y también Joaquín. Pero él manejaba y yo estaba confundida, estoy confundida.

Bajábamos del auto y él estaba conmigo, conozco su rostro, pero ¿de dónde?

Bajábamos del auto y pasábamos por la feria caminando. Lo detenía, le daba un beso en la boca, ambos transpirábamos y le decía que yo era muy feliz.

Pero Joaquín me agarraba del brazo y me decía que yo había perdido el bebé. Le contestaba que no. Quería irme, pero Álvaro me agarraba para confirmarme lo dicho por Joaquín. Una alarma. Todas las imágenes juntas. ¿Dónde perdí el bebé? Una alarma. El baño, el vidrio, ella. Ella lo había matado. No, no puedo recordar. Una alarma. Yo, una camiseta gris manchada de sangre. Un pantalón vaquero, también manchado. Y mi boca anunciando que estoy por dar a luz. Una alarma que ya no va a sonar.

Me levanto cansada, me siento en la cama, en la oscuridad del día aún. Sabiendo que todo explica todo. La herida de la pierna fue aquella imagen del niño baleado por la policía que vi antes de dormir. Joaquín y Álvaro hablándome de embarazo por un fuerte dolor de estómago. Pipo siempre aparece en todas las noticias que andan rondando mis días. El auto blanco era de Marcos. Emilia decía a papá que no conocía al papá del bebé, quise realmente encontrarle el rostro al sujeto que besé en la feria. Sé quién es. No recuerdo el nombre. No podría explicar su aparición y nuestro encuentro. Marcos nunca volvía y así fue, quedó en aquél auto aquella vez que dejé de contarle que había perdido el bebé porque él no me prestaba atención.

Nuevamente lo estaba perdiendo. Lo había perdido. Me toco el vientre que me duele. Pienso en todo lo que pasó, pero no lloro; sólo me levanto sin fuerza. Una gota de sangre desciende por mi pierna y la cama llena de sangre. Y estoy en el suelo parada y sueño con estirar la mano y sujetar aquella alma. Largo un suspiro al viento por cada corazón que dejó de latir y se lanzó al imposible olvido.

4:22am

-XVIII-

Mañana se dicta la sentencia, dijo Joaquín. ¿Cómo te sentís con eso?, dijo Claudia. Todo va a salir bien, dijo Elisa. Papá ya había dado esa noticia horas antes, siempre él la primera visita de todas.

Esta vez papá no había llorado, lo había dicho convencido y hasta creía que las cosas empezaban a salir bien. Le sonreí para ofrecerle mi compañía en este momento tan importante para ambos. Papá ya estaba cansando, como Nataniel, como Joaquín. Y entristecía como Elisa, como Claudia. Papá necesitaba este alivio porque ya le estaba costando seguir, como a mis hermanas, como a mamá. Mañana suceda lo que suceda... y no dijo más que eso Nataniel. Era poco optimista él, era crudo y no podía mentir.

-XIX-

Marta me dejó quedarme en el patio esa noche. Me dio una lapicera y un papel:

VIVIR ES NARRAR

-XX-

Me cambiaron, me arreglaron y abrieron la puerta de entrada para mí. Pensé en la casa con jardín, pensé en el pájaro, en la chica de la 407, pensé en mi familia y me sentí invadida de un sentimiento inexplicable. Cada cosa que veía me asombraba, cada ruido me despabilaba. Sentí mis pies en el suelo, moví mis dedos. Sentí la mañana en mis ojos y los cerré. Fui una boca de conejo besando al mundo. A ese mundo de mierda. Claudia, la Tierra se mueve. Joaquín, el tiempo va hacia un costado. Nataniel, siguen emocionándome los camioncitos con piolitas. Elisa, cantame una canción de amor. Papá, mirame a los ojos que te amo. Hermanas, traigan a lxs niñxs que ya estoy acá. Mamá, todxs estamos equivocadxs. Marta, adiós Marta. Se acabaron las paredes pintadas con pintura barata, se acabaron las sopas y los timbres, y también las pastillas. Se acabó el jardín triste y la noche solitaria. También se acabaron los roperos que me asustan y las migrañas. Se abrió el cielo para mí y se pintó de celeste y blanco. Voló la paloma y yo grité Libertad mientras todxs en la calle me miraron, incluso los guardias. Basta de lapiceras por debajo de la mesa y visitas.

Basta de tanto llanto y dolor. Hoy yo le quito la subliminalidad a la Virgen María y me bautizo. Seguramente hoy tomo el helado de frambuesa frente a la casa de gobierno y pongo flores en la tumba del abuelo que seguirá vivo siempre, al igual que yo. Hoy como panes caseros y no a escondidas y planto mis propias plantas en mi propio jardín, en mi propia casa. Almuerzo con papá y saco a pasear a mi conejo. Hoy escribo canciones de amor y abrazo al mundo para que ninguno de lxs dxs sienta el último suspiro. Hoy me emborracho de felicidad y empujo a la gente en la calle con ella para que me mire. Hoy ya no importa nada más. Suceda lo que suceda...

-XXI-

 Mi sexo maltratado
 Intentando defenderse en el juicio final.
 No hay pruebas suficientes - dice el fiscal.
 Y yo me sostengo solo del asco para pararme.
 Mi sexo maltratado
 tiene que volver a sangrar
 para que se me crea.
 La fe cristiana es más grande y no los condena.
 Mi vestido corto, el humo y yo
 somos los culpables
de perder la dignidad en la última gota de esperma.
 Mi vestido desgarrado,
 el humo de mis ojos
 y yo gritando en la oscuridad.
 Soy un asesinato más.
 Soy un papel más,
 escrito y tirado en la basura,
de esta sociedad de violadas y violadores.

CASO CERRADO

Después de un año de declarar en la policía, un caso más de violación se escapa de las manos de la Justicia para hacerse viento, para irse a la nada. No hay pruebas, caso cerrado. No hay culpables, no hay caso. Pero el cuerpo desabrochado, desajustado, desalineado, roto, queda sobre el tiempo. Al igual que la mente que sufrió tantos maltratos de pensamientos, que se alimentó de culpas y pesadillas, de Dinosaurios y de castigos. Las lágrimas derramadas por tantos ojos quedaron en el mar del espacio junto a cada grito de Libertad ahogado y entregado a manos equivocadas. No hay más vuelta que darle a esta tuerca. Vivimos en un mundo con iguales leyes, con mismas posibilidades, pero no todxs somos hijxs de la misma madre. Al final, ¿quiénes son lxs huérfanxs? Cada día una persona sufre de un maltrato hacia su integridad, de una privación de sus derechos y de una injusticia jamás velada.

Cada día perdemos más la fe y lo más grave es que a aquellxs que no dejan de bajar los brazos, la consciencia les pega con un látigo y lxs hace pensar en la locura, este término cruel que se usa para definir a la melancolía y a una sensación de angustia insoportable.

Para el desamparo escribo...

Mi existencia comienza y acaba en el deber ser y ser del mundo.

En sujetarle el cabello a un perro, en el ladrido humano.

Mi existencia no es una tabla rasa, ni Dios, ni Madonnas, ni Hitler.

Soy yo, mi raza, mis tablas y ellos frente, en contra, al lado.

Porque mi existencia no se halla

En un Salmo

En una caverna

En un click

Un plato.

Porque no sé si estoy prescripta,

Proscripta,

Inscripta.

Tampoco sé que no sé nada.

Pero en la nada yo existiendo-sentenciando

Yo resignificando.

Porque nos resignificamos, todo el tiempo

pero en un momento del día,

sólo en un mísero instante de él

comprendemos que la resignificación es un intento de
aproximarnos al futuro

para controlar el devenir de lo superfluo que se escapa de
nuestras manos,

aquel devenir que dejamos al libre albedrío del destino, de Dios,
de la Consciencia que se aparta de la medicina racional
y de la abstracción humana.

Solo así, de esta manera,

comprendemos que la resignificación del presente

no permite que la palpemos

que la aguja más chica del reloj corre más rápido que el minuterero
y el tiempo no se controla con mirar en cada colectivo perdido
la muñeca.

Solo así comprendemos el poco y nulo control sobre nosotrxs
existiendo.

Solo así dejamos de intentar ser el mundo.

EMPEZAMOS A SERLX.

MARÍA, CLARA Y SU ADIÓS



POÉTICA DEL ESPEJO NEGRO

Esta poética está compuesta por todos los poemas y cuentos
que encontramos;
poética que surgió del monstruo, de los dinosaurios, de la
cabeza, de María, de Clara.
Y se preguntarán ¿por qué negra?,
o quizás sea demasiado claro, o, mejor dicho, demasiado Clara.
Son los escritos que hemos considerado más tristes, más
oscuros, más enroscados.
Poética dialógica, tres voces en un mismo cuerpo.
Estas son las palabras en donde más lejanas las encontramos,
más enfermas;
palabras en donde la autodestrucción, la destrucción, ha sido
su única esperanza.
Estas son las palabras con las que sentimos que jamás
estuvieron aquí, en Tierra.



AGUACERO

Brotarán corrientes de agua bendita para mi salvación,
Limpiaré con cada gota mi nombre.
Y para cuando la insolación esté cerca
Regaré mi espíritu intranquilo.

Romperá mi paraguas tan fuerte lluvia,
Y me hallaré duchada
De lágrimas disfrazadas en mi rostro
Carnavalizando tanta melancolía.

Se atormentarán mis pensamientos
Con cada gota de aquél caño inválido.
Tac tac tac
Tac tac tac
Tac tac tac

Y para cuando sólo me queden llantos,
Sentiré mi pulso detenido ante el ahogo.
Ya ni el agua, Santa Salvación de las heridas,
Podrá remediar el alma deshidratada.

Se carbonizarán hasta las memorias más recónditas
Y será tarde para bautizarme.
Junto a mí, una botella vacía.
Junto a mí, flores regadas sin constancia.

La ebullición del agua a los 100 grados.
Yo, elevada de grados sudada fría,
Alcanzaré esa divina perfección
Y dejaré de vibrar.

No habrá más pulso que el de la Tierra
Ni habrá más naturaleza muerta que mi cuerpo
Ahora si podré bañarme en el mismo río
Ahora sí, permaneceré inerte ante tanta fluidez.

Clara. Una sala de hospital. Un domingo.

VÍCTIMAS DE LA ESPERA

Soy caída libre
Habilitada para los pájaros de los párpados sonrojados,
Y la huella del mirar la lejanía cercana.

Soy la histérica alma de dolor crujiente
Y una lágrima que derrama la nariz,
Tapa el aliento y borbotea el vivir.

El escarabajo apretado de los dados
Y un rubor que no se esconde ante un as.
Perdido he cada escalafandría que quedaba
Y los cipreses han llorado en DO MENOR.

Cuando el óxido de esta jaula carcoma
lo que queda de mí
no
quedarán
más
soles
para madrugar.

Quedarán memorias atrapadas en
Rasguños de delineador.

Y un suspiro...
Deshilachará el portón.

Clara. Una plaza. Un miércoles.

ESCAPAR

Escapar corriendo. No de otra manera.
Por la orilla de algún mar, sin saber dónde acaba.
Subida a un camión tomado en la ruta, hasta donde pueda
llevarme.
Escapar sabiendo que existe la vuelta.
Escapar soñando jamás volver.

(llanto)
(suspiro)

Me senté en una silla, en un patio vacío
Y observé la escena con lágrimas en los ojos.
Me senté sola, en un parque lleno de niños
Y observé la escena con lágrimas en los ojos.
Me senté en una silla y me sentí sola,
me sentí sola y me senté en una silla
en un patio vacío, en un parque lleno de niños.

(Destierro)
(suspiro)

Escapar para sentirse bien. Escapar por estar mal.
Escapar con sentido y por los sinsentidos.
Escapar para amanecer junto al Sol,
Escapar para dejar de morir junto a la Luna.

(Vacío)
(suspiro)

Me senté en la cama y miré la habitación,
lloré y armé el bolso que dejaría por salir corriendo.
Me senté en el trabajo y observé mis manos

lloré en cada uña mordida, en cada dedo afectado.

Ansiedad de vivir tranquila,
Ansiedad de acabar con vida,
Ansiedad de ansiolíticos,
Ansiedad que contamina.

(Turbación)
(suspiro)

Yo quiero escapar.
Escapar de clases, de casa, del trabajo.
Escapar del baño, del kiosco, del supermercado.
Yo quiero escapar.
Arrojarme del auto y de los brazos.
Escapar de mí en otro lado.
Amanecer en una ciudad en la que nadie me conoce,
ni me echa de menos.
En una ciudad donde no conozco a nadie
donde empezar el día deseando un Buen día a un pasajero,
y finalizar el día en algún bar dándole la mano a un desconocido
que pregunta si soy de ahí,
respondiéndole que no importa de dónde fui
ni hacia dónde vengo.
Yo quiero escapar.
Encontrarme ebria bailando sin zapatos sin que nadie atribuya.
Yo quiero escapar y que me agarren la cintura
Para decirme al oído ¡Cuánta fuerza, cuánto encanto!
y sonreír de nuevo, sin ninguna pluma del pasado en mi vestido.

(Desencanto)
(Desamor)

Yo quiero escapar porque la memoria no se borra
Yo quiero escapar porque me atormentan las personas

Yo quiero escapar porque miedo a mí en donde estoy.
Yo quiero escapar para vivir otra historia,

de la que quizás, en algún momento, escape.

(desasosiego)
(exhalación)

Escapar corriendo. No de otra manera.
Llorando en cada parada
Y sonriendo al encontrarme haciendo dedo,
para volver escapando de nuevo.

Clara. Una casa con familia. Una canción. Un domingo.

SIN DEJARTE ESCAPAR

Error fue no fundirnos en el mismo fuego,
no levantarnos en la misma cama,
cruzar miradas en puntas de pie,
 No perder la llave
 No trabar la puerta
 No pasar noches en vela.

Error fue convertirte en mi deidad,
 En mis ojos,
 En mis manos,
 En mi cuerpo.
Fue amarte desmedidamente,
 tapar tus labios al hablar,
 tapar la muerte con las sábanas,
 NO quererte enterrar.

Error fue desear en invierno, primavera
 en verano, la campera
 en la mesa, un altar
 en la locura, racionalidad.

Error fue amarrarte contra mi pecho No dejarte.
Dejar que mi mente controle la suerte Hacerte descansar.

En mi lecho yace tu cuerpo
 Atrapado eternamente
Encenderé velas de muerte
 Sin dejarte escapar.
 Sin dejarte
 escapar.

INSTRUCCIONES PARA ROMPER UN CORAZÓN

Lo primero de lo primero que usted deberá hacer es ponerse un par de guantes. Luego de esto haga aparecer, cual conejo de galera, los elementos punzantes necesarios para esta indisposición. Embolse su cuerpo, no vaya a ser que puedan quedar mínimas moléculas de identidad. Tome el objeto y después de unas cuántas lamentaciones y disculpas, vierta la fuerza exacta para lograr un perfecto corte. El líquido empezará a derramarse en sus manos, por la sábana, ingresará al colchón. No se asuste. No se impresione. Tómelo con calma. Con un poco más de esfuerzo, ingrese su forrada mano en ese aparato y revuelva. Revuelva hasta sentir por pura intuición que ha llegado. Sujételo con muchísima seguridad. Puede que las tradicionales leyendas tengan razón y exista la vida después de la muerte. Cuando lo posea en sus manos obsérvelo, con caricias, con cinismo, con regocijo y con extrañamiento. Y deje todo su dolor en él para que cuando lo rompa, lo olvide. Sólo así, con su corazón roto en sus manos, entenderá que romper un corazón no es como dar amor.

María, Clara y su cabeza. Un septiembre. Ese septiembre.

SERPENTARIO

Cada 22 de abril ella llamaba a casa y yo sabía lo que tenía para decir, tenía las respuestas a sus preguntas inquisidoras y había meditado unas horas antes para que no afloren los víricos tratos. Quisiera poder eliminar la fecha, deseaba intensamente que a nadie le interesara una asistencia perfecta a los cumpleaños, pero con tía Sara eso nunca pasaría. En 52 años nunca había deshonrado a su festejo, pero había sido testigo de su metamorfosis engendrada por las inasistencias. Y de tantas otras. Su piel se estigmatizaba y envejecía mucho más rápido que la noche y era absorbida por el diablo mientras blasfemaba con su lengua bífida. Luego seguía toda una procesión de ruegos por parte del faltante para lograr calmar su alma. La normalidad que bañaba a estos hechos siempre me sorprendió; si tuviese que hacer una lista de comportamientos regulares de mi vida, el cumpleaños de tía Sara ganaba el primer lugar.

Cuando imaginaba lo rutinario del evento mi piel se erizaba y sufría cólicos de desesperación: mi hermana lavaría su auto, lustraría los asientos y subiría a los insoportables niños sujetándolos con el cinturón, la libertad de esas criaturas solo se suprimía con aquel instrumento; luego pasaría por el mercado y compraría baratos vinos a los que les adheriría una calcomanía de buena calidad para destacarse frente a los invitados, y lo más desagradable sería ver a tía Sara vanagloriando su paladar catador de buenos vinos al tomar aquellos. Luego Mariana pasaría por casa y se comportaría conmigo de la misma forma que con sus hijos; agarraría mis cosas, buscaría un saco del placar, acomodaría los pliegues de mi camisa y perfumaría mi cuello para luego sentarme en aquel asiento y hacerme preso de ella. Desde hace veintidós años planeo asesinarla; en aquella estación donde nos detenemos para calmar las vejigas infantiles, sacaría mi navaja, la escondería en el bolsillo de mi abrigo y

cuando ella terminase de sujetar a las bestias yo, simulando.

acomodar su peinado arrebatado por el viento, clavaría el filo en la nuca, tomaría el volante y conduciría hacia el inhabitado Lago de los Cisnes para arrojar su cuerpo a la podredumbre y abandonar a aquellos animalitos en su hábitat. Durante 22 años estuve estancado en el aprender a manejar y nunca pude controlar el pedal, pero estaba seguro que mi vida me entregaría bonos para lograrlo y el día que lo logre ¡Oh, señores! La libertad sería mía... Mientras tanto iba a seguir sumido a sus oratorias extensas.

Nunca he podido explicarme cómo Mariana había logrado platonizar a tía Sara y siempre supe explicarme qué me hacía afirmar sus halagos. Temía contar la verdad sobre aquella venenosa víbora y deseaba hacerlo, pero mi hermana me daría fuertes cachetadas. Mi semblante tieso y sombrío no podía luchar con la gran mascarada infantil que poseía la tía, y nadie creería en mí porque todos sabemos que solo los niños y los borrachos dicen la verdad; lastimosamente ya no pertenecía yo a las categorías necesarias para lograr que tomen en serio mis palabras y aceleren con rejas la muerte de la tía. Debería haber confesado todo cuando era un infante, pero Dios sigue depositando gracia en los seres más oscuros y desgracia en quienes deseamos no molestar a nadie más que a nosotros mismos.

A medida que nos acercábamos al serpentario, aquellas lejanas figuras se hacían cada vez más grandes y nítidas. Podía divisar a qué especie de culebras pertenecían los allí presentes.

Cuando bajábamos, mis piernas temblaban, mi respiración se anonadaba y mis sentidos se chocaban entre sí engendrando temor y desesperación. Mi único deseo era que Mariana jamás quitase el cinturón y tía Sara jamás se acercase abruptamente hacia mí. Igualmente, ella ya estaba allí simulando caricias de tía soltera que adoraba a sus sobrinos. Asqueroso Lucifer que me besaba en la boca cuando nadie miraba y apretaba con desesperación mi pene al pasar cerca.

A continuación, pasábamos al gran salón de casa para empezar el convite. Nuestros nombres siempre estaban en los asientos próximos a tía Sara, exactamente a su lado. Los manteles largos

servían para ocultar historias bajo la mesa y el barroco estilo ornamental afirmaba la aristocracia de la vieja criatura.

Ingresé a la sala y recordé con exactitud el cumpleaños anterior. La tía había vestido una reluciente camisa dorada de hilos de oro puro y mangas largas para esconder la flacidez de los años, una falda que nacía desde la cintura y que se encargaba de mantener el piso reluciente con su arrastrar. Se asomaban las puntas de aquellos zapatos de charol rojo que combinaban con el lápiz labial que tantas veces tuve que ver desparramado en los alrededores de mi boca. Continuamente tuve que mentir a Mariana que aquellas manchas en mi cara eran producto de un brote alérgico por el jabón.

Tía Sara, antes de empezar, había leído con énfasis una carta de mamá que todos conocíamos ya de memoria. Jamás perdoné a mi madre por haber legalizado con palabras nuestra crianza con su hermana. Cuando uno ya tiene hijos y se asoma la valentía del suicidio, lo mejor que puede hacer es asegurarles un hogar convincente a los pequeños. O al menos eso intentaba mentirme yo. Mirá madre el producto de tu aburrimiento vital, mirá a tu hijo temblar en los pasillos cuando decide ir a mear.

Luego finalizaba la lectura para que los sirvientes se encargaran de llenar el buche y la banda de disfrazar la realidad. Mi estómago, desde ese momento, empezaba a cerrarse porque sabía que mi tía bajaría las manos para no solo tomar su servilleta. Su frívola temperatura traspasaría mis pantalones y se metería por entre mis piernas. Y mi instinto animal sería incontrolable y la indeseada erección causaría placer en ella convirtiéndola en una hembra en celos. Una vez despierta, la cacería ya no tendría más fin para la bestia que el de ingresar mi carne en su carne. Iniciaba la hora del baile y yo me escondía entre la gente para pasar al baño sin llamar su atención, pero su agudo sentido del olfato me encontraba. Su lengua bífida chupaba todo el perfume puesto con tanto orden por Mariana, sus garras nos dejaban como Dios nos había traído al mundo y su palpitar vaginal convertía su piel caída en un execrable movimiento. Después lamía todos mis términos y los mordisqueaba cada tanto, me tiraba al suelo, agarraba mi pene y después de unos acelerados agitates en él nos convertía en un mismo cuerpo. Solo cuando su infértil vientre había logrado ser inundado de mi néctar, ella nos vestía, corregía su maquillaje en el

espejo y se despedía en mis oídos con un atormentador mensaje. Tu tía te ama locamente, Juan.

Lo inesperado me hizo abandonar los recuerdos. Sólo el nombre de Mariana permanecía a su lado. El asiento que durante 52 años llevaba mi nombre sería ocupado por mi adolescente sobrino esta vez. Esperé durante largos abriles que la tirana víbora deje de inyectar su veneno en mi yugular, pero nunca preparé mi ser para afrontar el momento en el que el veredicto salga a mi favor. La rutina se dio por finalizada y yo no pude manejarme con naturalidad ante las nuevas situaciones. La ancianidad acampó en mi cabeza y no pude entender cómo tanta costumbre caía y se enterraba en mis pies.

Miré a tía Sara buscando una explicación y ella sólo dejó frente a mí la indiferencia. “La tía necesita niños para vitalizarse, Juan”, dijo Mariana. Sólo pude mirarla y confirmarme cuánto la odiaba. Si hubiese aprendido a manejar nada de esto hubiese sucedido, pero aquí me encontraba, estúpidamente estúpido. Deseé que mi hermana sepa cómo se vitalizaba su amada tía, pero estaba dominado por unos sentimientos extraños que me obnubilaban. El macho cabrío que llevaba adentro se despertó, por primera vez en la vida me sentí un hombre enfurecido, mi hembra estaba en celos por los genitales de otro miembro de la manada. Odié inmensamente a mi sobrino y eso me atormentó.

Esta vez la carta de mamá sólo logró enfebrecerme. Yo debía ser el eterno cuidado de Sara, como decía mamá, y su amado amante, no aquel mocoso de voz desafinada y barba desparramada sin sentido.

Mi virilidad empezó a ser aplastada por una incipiente pubertad y así durante todo el festín. A la hora de volver, ser testigo de ese besar oculto de tía Sara en otros labios, me convirtió en el ser más miserable del mundo.

Decidí manejar yo. El cansancio de Mariana confió en mí poco aprendizaje automovilístico. Antes de subir, suprimí la libertad de los niños con el cinturón y fingí acomodar el cabello desarreglado de mi hermana, inyectando mi veneno en su nuca, para luego subirla al auto. Engañando a mis sobrinos sobre cuán locamente los amaba, empecé a dirigirme plácidamente al Lago de los Cisnes.

Clara. La ducha. El cáncer. Ese miércoles.

RESPIRACIÓN ENTRECORTADA

Levantarse.
Temblar.
Detenerse.
Una mano en la pared.
Respirar.
Tener miedo.
Un corazón latiendo fuerte.
Un cuerpo.
Dos.
Una cama desatendida.
Destendida.
Mensajes sin sentido.
Secretos.
Silencio.
Caminar.
Una mano en la pared.
El baño.
Un espejo.
Mirada de amor propio.
Lástima.
Propia.
Punzada en el pecho.
Un cuerpo roto.
Un alma perdida.
Una caricia que duele.
El piso.
Las nalgas desnudas en el piso.
La espalda desnuda en la pared.
La Desnudez.
De la cama.
Del sexo.

Del calor.
Lágrimas.
Abrazos propios.
La ducha.
Lágrimas en la ducha.
La sangre.
La tos.
La enfermedad.
Una mano en la pared.
El agua.
Caliente.
Cayendo.
En la nuca.
Las dos manos en la pared.
La tos.
Un cuerpo.
Roído.
El miedo.
Una máquina cerebral.
No para.
Enfermedad.
El desgano.
La caída.
La ducha.
Las lágrimas.
Dos cuerpos.
Un abrazo.
Secretos.
Miradas.
Secretos.
Lágrimas.
Desprender.
Soltar.
Morir.
En vida.
Una toalla.
Un espejo.

Dos cuerpos.
Una imagen empañada.
Una historia desdibujada.
La desdicha.
El no fin.
El amor.

María. El mar. La despedida. Un miércoles.

ADIÓS CLARA

El mar,
solo la ola canta, pero es silencio.
En puntas de pie, acostada en una cama de sábanas blancas
flota
Y no abre los ojos.
Respira sin movimiento de pecho,
está dormida ya.
¿Cuánto tiempo ha pasado sin que suceda?
¿Sin que alguien se la lleve
y ella no se hable?
Seguro una vida,
Y ahora una vida segura
en cajita de cristal.

Muñeca de párpados bajos,
brazos tiesos, vestido azul.
si tan sólo pudieses hablar
y contarme tu triste vida de juguete.
Yo te ayudaría.

Te llevaría conmigo donde los árboles crecen alto
y donde el limbo es solo una fantasía.

Pero te siento, frente al mar
para que el silencio te tape en la noche
y para que te bañe en el día,
para que el agua arrastre caracoles
que rajen el cristal
Y el Sol sea inevitable de sentirlo
sin que ilumine tus pupilas nocturnas.

POÉTICA DEL ESPEJO BLANCO

Incontables veces una fuerza pugnó por salir a dar luz.
Los momentos en los que todo estuvo iluminado existieron
también.

Sucedieron cuando María se sintió viva y feliz,
cuando Clara junto a la cabeza habían decidido acostarse a
dormir.

Muchas veces fue demasiado verano para andar en invierno.
En esta poética aparecen todos los escritos de la luz del ser de
tres voces,
aparece el despertar y seguir amando estar viva.



María. Un bar. Un miércoles para enamorarse.

MUSAS

Mi mano intenta atrapar
su música de cristal cerrado.

Solo,
se mira entre sus cuerdas,
Muñeco del Pueblo,
Cantor de Dios.

Una silla,
Un cuerpo abducido de luz azul
Roído de soledad
En mi menor.

Giro
alrededor de esa inmensa masa
Que nos aleja,
Sin entender por qué nadie quiere destruir esa pared
que nada tapa.
Todos pasan sin robar
La caja de pandora que suena
Allí, dentro.

Le pido auxilio a unos ojos que me acompañan
Pero he dejado de soñar.

Quizás yo,
desde algún otro cristal
Estoy siendo una muñeca,
Al igual que vos,
Disparada
Disparatada
Por el son
Por el bajo del mundo.

María. Una primera cena. Un miércoles.

Hablan de amor.
Yo me pierdo.
Mis pupilas van de un lado a otro
giran, bailan.
¿Dónde estás?, me preguntó.
En vos, pensé.
Con vos, le dije.
La miré fijo.
Le sonreí.
No te vayas, me dijo.
Con vos me voy, pensé.
Con vos me quedo, le dije.
Hablan de amor.
Yo no entiendo
por qué aparecen autos, viajes
vestidos y brillantes.
Mis ojos se llenan de lágrimas,
me siento vacía.
Te quiero, me confesó.
Te amo, pensé.
Te amo, le dije.
Hablan de amor.
Yo lo siento.

María. Un bizcochuelo sin hacer y una mirada. Un lunes.

SER

Si el amor fuesen ellas,
ellas seríamos nosotras.
Seríamos la concretización del amor.
Seríamos la última figurita del álbum,
el sueño del pibe, los placeres del diván.

El sistema sería anecdótico,
y tendríamos que enfrentar al sistema
porque no habría estructuras
con nuestros nombres.
No hay nombres como el nuestro.

Si el amor fuesen ellas,
nosotras seríamos ellas.
Seríamos el amor.
Ellas, las que caminan sobre el suelo.
Ellas, las intérpretes de un Moisés contemporáneo.

¡ABRIREMOS EL AGUA TOMADAS DE LAS MANOS!

Ellas, la religión de la modernidad,
la religión de la fuerza.
Del sentimiento.
De lo sublime.
De nuestras miradas.

Si el amor fuesen ellas,
nosotras somos.
Somos el presente del Amor.
Somos el amor.
Somos Una las Dos y jamás ninguna.

Estrellarán sonrisas al mirarnos.
Explotarán galaxias al rozarnos.
Lo sublime será bello, lo bello será sublime.
Y en la fugacidad del tiempo,
tendremos un segundo eterno
para ser vos
yo
nosotras
amor pasión.
Una
Las Dos

María. La fuerza y la lucha. Un sábado.

PATRIA CORAZÓN

Manos de diferentes marchas
en la tuya el grito, en la tuya la Paz.
No temas al cerrar, compañero, el puño
Ahí se concentra la fuerza,
Tu fuerza
La mía.

Desde el más alto precipicio.
Arranca de ti la Libertad.
Desgaja la piel, el músculo.
Tu corazón abierto al mundo.

Ama en extremo.
Sufre, cáete.
Golpéate la vida con el abismo.
Y levántate del suelo con el sueño
de avanzar.

Compañero,
cuando te levantes
un abrazo.
Compañero,
cuando te levantes
un beso.

Compañero...
En tus ojos, refugio de Rebelión.
En tu boca, la Revolución.
Nuestra, toda.

Lucha, luchar, luchemos.
Y que oigan los mortales,
el ruido de tus rodas cadenas.

María. La salida del pabellón. Un miércoles.

IMPOSIBLE NO CRECER

Despacito, despacito, pinta el mar con tus deditos. ¡Cuánta ola rosada! ¡Cuántas nubes mariposas!

-¿Y qué ves allá?

-¿A lo lejos?

-Sí, en el último barco

Despacito, despacito, achina sus ojitos y estira los foquitos hasta encender el farol.

-Quizás un alga disfrazada de sirena o una ninfa bailando chacarera

Luego apoya su cabeza en mi brazo y yo mi cabeza sobre la suya y una brisa nos hace correr en la Tierra.

Rapidito, rapidito, porque rueda la pelota, porque viene la patada, porque suena el silbato y una barricada y la mamá con la canasta en la cabeza, llena de frutas, nos llama a cenar

-Esta noche cereales porque los garbanzos son pa' cuando sea grande mi'jita

Y qué mas da, si el aullido del lobo no va a dejar en paz esta noche a la Luna y los grillos no dejarán el maíz y los sapos y las sapas no abandonarán sus trajes de señores y señoras rocas y mucho menos los niños y las niñas a las luciérnagas.

Y qué mas da, si mañana es domingo y no hay que madrugar, no hay que vestirse para santos, hasta el gallo lo sabe y decide dormir con la gallina y tal vez con un par de sus pollitas.

Y saca su cabeza de mi brazo, camina hacia el mar, moja sus tobillos, los hunde en el agua al igual que su cabeza y alguien se apoya a mi lado y yo en sus piernas y su mano en mi cabeza (las alturas nunca coinciden para que las narices se toquen y los suspiros se fundan; siempre alguien arriba para levantar al de abajo).

Y me pregunta qué miro.

-Quizás un alga disfrazada de niña

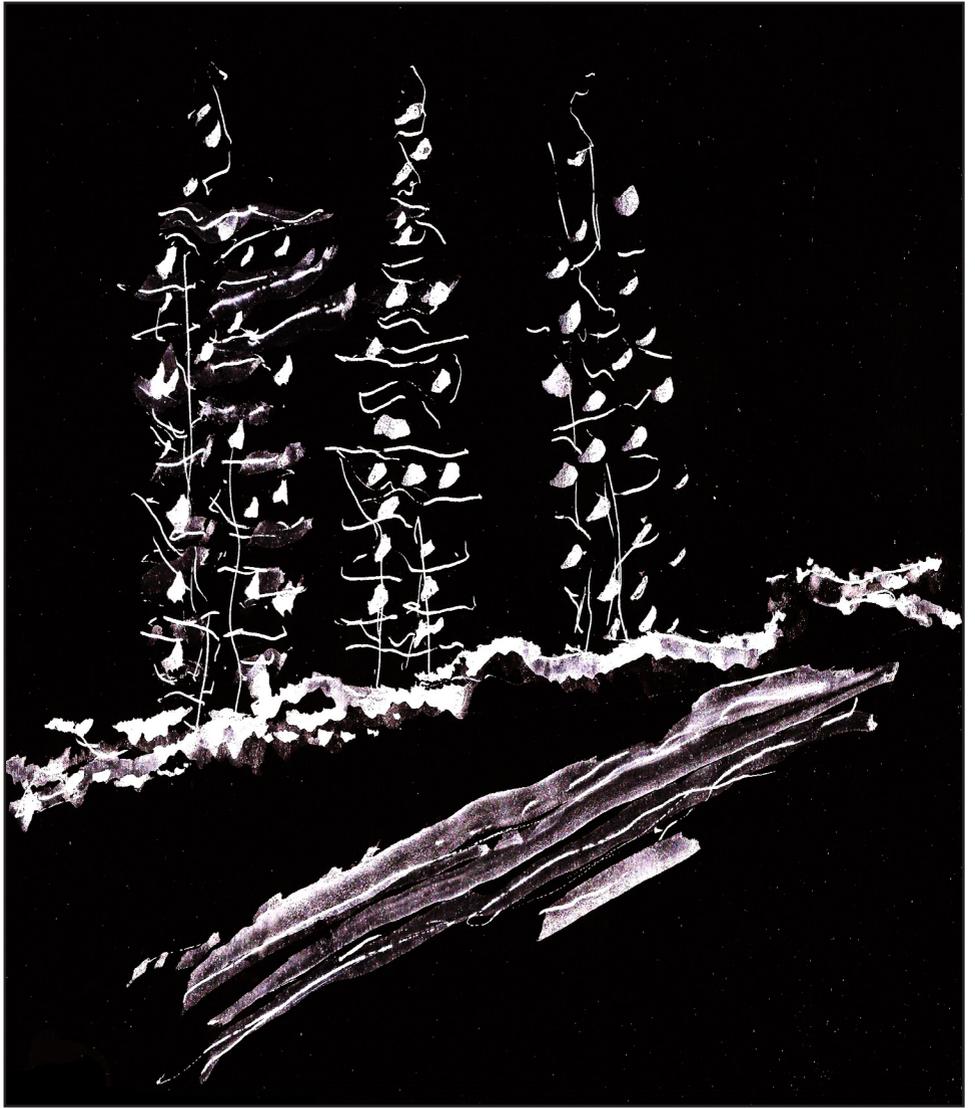
Y se agacha para respirarme.

Y yo le suspiro.

-La cena está lista. Hoy comemos garbanzos, Mujer.

POÉTICA DE LAS DESPEDIDAS

Están en alguna parte, de algún posible espacio,
las almas que esperan almas.
Están, en el suelo, quienes las miran
y sueñan con estirar la mano y sujetarlas.
Están, de nuestro lado, los corazones que laten sin olvido
por los cuerpos que dejaron un vacío.
Son suspiros largados al viento...
Son nostalgias de días subliminales.
Nostalgias por los que se fueron, pero están.
Nostalgias por quienes no pudieron despedir.
Nostalgias por quienes no estaban cuando lo necesitaron,
por quienes no pudieron estar para verlas volar.



*Una amiga que fue hermana que se hizo ángel.
Aquel anillo de delfín puesto siempre, recordado tanto.*

AGUSTINA

En una moto se fue,
una noche de verano,
sin querer hacerlo, yo lo sé.

Yo la sueño y le hablo,
ella no responde con palabras,
'Cosa más linda que tú' me sigue cantando.

Yo la llevo en un anillo,
en un delfín que es ella, mi favorita.
Yo la llevo adentro mío, mía.

Años sin sus ojos,
Años sin sus besos y abrazos,
Años de quebrar en llanto,
ante cualquier foto, cualquier video.

Flora

Fauna

Sol

Luna

Tierra Santa, guárdenla consigo,
que no se vaya con ningún colectivo,
que no caiga y se golpee más,
no de nuevo
que siga vestida de blanco,
que siga siendo musa,
que siga siendo encanto

Guárdenla consigo,
porque beso el suelo y a ella la encuentro
porque beso el cielo y a ella la abrazo.

Días y noches sin tenerla,
Noches y días con ella presente
Yo la llevo para siempre, adentro, mía.

Ya no pido cascos para evitar su muerte,
ya no pido consuelo para sanar su ausencia,
solo pido memoria, un poco cada día

para no olvidar, para recordar
para que el recuerdo siempre esté intacto,
para que esté siempre presente.

Aqué! muchacho que las abandonó en la Tierra dejando infinitas preguntas por hacer y un perdón que nunca llegó a tiempo.

Para el amado flaco que les dejó su cambalache de idas y vueltas, que se fue para que no haya más fantasmas en casa.

FLACO

En tu mano fría,
ojos lluvian.
En tu cuello,
Abrazo
en suspensa eternidad.
Estampadas piel de funeral y
Silencio;
igual que vos.
Enguisar los recuerdos
y el pimentón
no más exceso.
Azúcar a la salsa
sin fideos terminados en tu boca
porque la azarosa merodeó,
y lleva cuando se encintan las riendas
de
VIVIR.

En memoria a un pibe con el que se llenaron de abrazos alguna vez y compartieron espacio y tiempo. A un pibito, muy pequeño, que dicen que resolvió una tarea matemática con una sogá. En memoria a todxs lxs pibxs que día a día resuelven así los problemas, y nos detienen el mundo para luchar por ellxs, por los que quedan después de ellxs.

LOS RUIDOS SON VACÍOS Y LOS SILENCIOS ESCANDALOSOS

Madrugada de viaje,
madrugada de pensar besos que serán recuerdos,
abrazos que jamás serán olvido,
de pensarme y a vos y a todos,
el colectivo de la lucha y el pensamiento.
Fin de la alegría, el Pancho se suicidó.
“Se orco y murio”.
Fin del mensaje.

9 años, quizás 11, menos de 15, menos de 25.
¿Te quejabas de tu cuarto de siglo por venir?,
me dice mi cabeza.
Me quejaba quizás justo en el momento
en el que el Pancho ataba la sogá al cuello,
y se daba vida con la muerte.
8 años, quizás 12.

Levantate amigo, le dije, el Pancho se mató,
se mató porque no sabía multiplicar
y la mamá le ha pegado hasta el hartazgo, levántate amigo,
nos levantemos como podamos.
“Nada tiene sentido con la muerte de un niño,
que un niño se condene o galardone con la muerte
hace que todo pierda sentido y dinámica”,
me dijo mi amigo,

Sin abrazos, sin miradas, con enojo y dolor.
Esperé mi cama durante 4 días para dormir,
y la he convertido en mi refugio
apenas he llegado a ella.

Estoy desparramada en lágrimas
y el mundo se ha detenido.
Les juro a todos que nada se mueve.
Solo mi pensamiento que no deja de correr,
que no sabe a dónde ir.

La llamo. Me cuenta. Lloramos. Corto.
El pibe no sabía multiplicar. Fin.
Fin de su vida. Fin de los fines.

Cierro los ojos y me encuentro con el Pancho,
nos abrazamos, lo busco en bicicleta
y me cuenta que ahora donde está le han dejado de pegar,
pero que no los invite a los chicos,
menos que menos a sus hermanos.
El Pancho tiene la sogá al cuello y me sonrío,
qué le puedo decir al Pancho, lo abrazo,
le paso la mano por su cabeza pelada
y le prometo que no vamos a dejar que ningún pibe entre a su
guarida.

Ninguno.
Nunca más.
Por favor, me digo.

*Para la lucha reflejada en tres cuerpos, para tres almas
siempre presentes en cada grito para alcanzar la Libertad y la
Justicia.
Para Mujeres inmensas.*

MUJERES ÁRBOLES

Alguien una vez me dijo que la muerte no es como el sueño. Una puede soñar que está muerta, puede sentir la muerte aún sin saber lo que es sentirla porque sigue viva y porque ella es tan incierta que sólo nos permite ficcionalizarla. Alguien también me dijo que un cuerpo, en un cajón, es la ropa que no pudo sacarse quien ya no sueña, no duerme, no vive; quizás Nati, Marianella y Alejandra la llevan puesta porque nunca quisieron sacarse la ropa para entrar en un cajón, quizás nunca quisieron el cajón, quizás porque la vida era demasiado hermosa para ellas, aun cuando traía vacío y cansancio. Hoy veo un cuerpo, veo dos, veo tres. De pechos que sabían mantenerse firme, de pechos que se lo entregaban a todas las balas que venían a cada instante, veo piernas que han caminado suficiente y jamás quisieron dejar de caminar, veo caras que han reído y bocas que han gritado para que este puto sistema tome conciencia, para que sus padres desaparecidos, madres desaparecidas y todxs lxs desaparecidos se mantengan en la memoria porque jamás debe olvidarse que desaparecer no es poca cosa, para que la mujer sea mujer, para que los derechos humanos sean derechos, sean humanxs. Nuevamente un gobierno corrupto, irregular, un loco suelto perdiendo el control, un sistema inútil, inoperante, inmundo, perturbador nos quita brazos inmensos, enormes, gigantes, nos quita heroínas. Y culpo al Sistema y no hoy al destino, porque falla en controles, en irregularidades, porque a veces persigue tanto a quien levanta la voz, que una ya no sabe qué pensar. Si ha sido solo un accidente, también hubo fallas. Si ha sido un plan macabro como tantos otros, se viene la jodida. Y nuevamente un par de locos leídos por ahí aplauden unas muertes porque desean callar voces que les molestan. Fachos y

fachas de mierda. Tilingas y tilingos. Festejen sus padres y madres vivxs, sus derechos, festejen su culo sentado desde su sucio lugar, rascándose el pupo y comiendo una inmensa torta de mierda, pero no jodan, no nos jodan, no me jodan. Estoy viendo más de 100 personas sosteniéndose de paredes para no caerse de dolor, estoy viendo un movimiento lleno de lucha en una sala velatoria, escuchando 'se nos viene la jodida pero ahora hay que tener más fuerza que nunca'. Y yo, me siento, me escucho, me duelo y pienso que a veces no alcanza, que a veces es poco, que a veces tengo ganas de matar y me duele tanto porque la humanidad es algo que quisiera salvar muchas veces, pero también abandonarla. Pero ahora, abandonarla por perder MUJERES enormes no se puede. Pero ahora, abandonarla por corruptos, ebrios de la vida NO SE DEBE. Nos quitan la fuerza, lento, y a veces de golpe como hoy. Pero de golpe somos unxs montones abrazándonos y mirándonos a los ojos y sintiendo que todo se detuvo pero que vienen estallidos. QUE ESTALLE TODO PORQUE NOS ESTÁN ROBANDO, nos están quitando pilares que jamás van a volver a levantarse. Y estoy segura y me tranquilizo de pensar que FUERON MUJERES ÁRBOLES, que dejaron frutos, que sembraron, que enseñaron que no hay que callarse. Y yo vencida, cansada y agotada hoy siento que me vibra algo que no sé qué es, pero vibra, que alguien me dejó en el aire un poco de respiro, un poco de paciencia, un poco de resistencia. SOBREVIVIENDO, me respondieron hoy. Y yo desde un lejano lugar, me arrimo y quiero romper todo, porque estoy enojada, porque simplemente algunxs nacieron para vivir y morir viviendo y solo se fueron, sin querer, porque jamás quisieron irse, menos sin saber que había una victoria. Me arranco el corazón con la mano y lo dejo en cada cajón para intercambiarlo a quien no quiso sacarse la ropa, para yo tampoco querer sacármela ahora y para luchar para que mi desnudez, se vista de vida y que jamás mi boca calle.

Despido a tres mujeres hermosas que admiro por ser mujeres que lucharon hasta el final, que resistieron, y que han sabido, siempre, enseñar que el mundo no da tregua pero que la lucha no se abandona jamás.

*Quizás sea la más dolorosa despedida, quizás valga como
dos, para dos, para cuatro, para cuerpas vacías.*

A UN BROTE QUE SE HIZO ESTRELLA

 Mi cuerpo
 se ha convertido en río,
 flotan pedazos de amor
sobre un mosaico de hielo.

 Una licuadora gigante
extorsionando los sentidos,
 inunda nuestra cama y
 nuestros pechos.

 Todas las paredes son verdes ya,
 todos los frutos prohibidos.
 Yo te quiero, bebé mío.
 Yo te quiero, mi amor.

 El rosario que llama a la fe,
ella que la espanta cuando la necesita.
 Yo te quiero, bebé mío.
 Yo te quiero, mi amor.

 Lo más suyo lo han perdido,
pero la salvación es el amor
y aparece en cada suspiro.
 El cansancio los levanta,
 la culpa los agota.

 Yo te quise, bebé mío.
Te quise bebé, te quise mío.
 Yo te quise, bebé mío.
 Yo te quiero, mi amor.

Y Nataniel, acompañando una despedida...

Me ha pasado de perder ventanas. De no poder encontrar lo que alguna vez pude ver detrás de ellas. De mirarlas y no reconocer lo que había en su interior.

Ese amanecer no es el mismo de ayer, ni el de los otros días. Su parecido es remoto.

Insomnio. Así suelen llamar, a la persecución infinita de un descanso que se resigna y termina contemplando amaneceres distintos en ventanas que ya no son las mismas.

Cómo se le llama entonces, al sueño lúcido constante, en el cual la paz resbaladiza se escapa hasta el ciclo siguiente. Al despertar obsesionado con una idea que domina la inconsciencia.

Un jueves más. La ventana de hoy es especial. No es como las otras. Muestra mi futuro, uno de tantos que probablemente termine confundándose en la infinidad de realidades dibujadas en cada color del cielo.

Una sonrisa. Eso me dibujaron hoy las formas extrañas que flotaban en el cielo. El de afuera y el de mi cabeza.

Crueldad. Esa sonrisa de estrella me va a dejar sin vida, porque nunca existió. Un amor de un día y cuatro de sufrimiento.

Estrella, corazón, no muerta, no vida, no tiempo, no existir, y sin embargo, voy a recordar ese porvenir futuro que en otra galaxia habrá sido.

Estrella, corazón,
quedate entre mi piel y el hueso.
Allí guardamos a quien extrañamos.
Tan estrecho, tal lugar
solo cuerpos rotos caben.
Te crearon, sin nacer
y no naciste de una madre,
primero te gestaron en la imaginación.

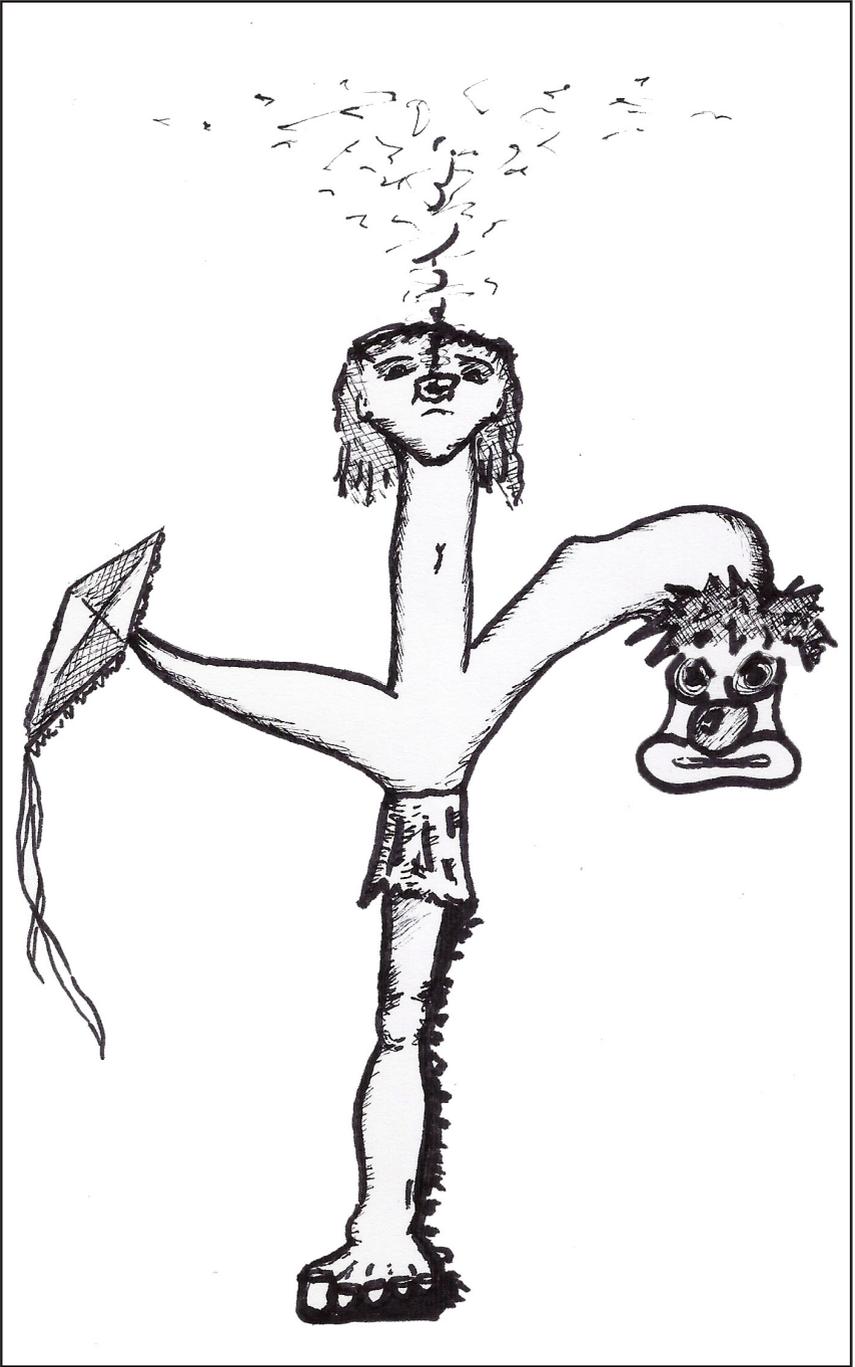
Perdeme.
Encontrame al final.
La ventana de viernes se cayó encima mío, por el peso de esa
pregunta.

Fuiste amor. Siempre un quizás, nunca un adiós.

ENTRE MUCHXS, DINOSAURIOS

Hágase a su imagen y semejanza.
Hágase semejante a su imagen.
Haga su imagen semejante a Usted.
Haga lo que se le canten sus ganas,
haga que sus ganas le canten
y cuando sus ganas canten,
vuelva a hacer lo que se le cante la gana.
Y como se nos canta la gana,
y como queremos ser imagen llena de imágenes,
siempre mil en una,
creamos esta última etapa entre muchos, muchas,
que han podido interactuar con nosotras: Clara, María, y
nuestra cabeza,
que han podido conocernos o sin conocernos
han sido parte de esta persecución larga
de los Dinosaurios.
A todos, a todas, gracias por ayudar a poner fin a esta historia.

PARA MARÍA, CLARA, SU CABEZA Y LOS DINOSAURIOS...



BOA

Hay días en que
Una tristeza
Me baja
Chirriando
Como la persiana de un negocio
Entonces me acuerdo de tu muerte
De que no sé leer (la)
No sé escribir (la)
No sé
Narrar (la)
Ni sé encontrarle a la vida
Esas cosas chiquitas que dicen
Que ven los poetas
Para hacer la poesía
Pero ¿qué es hablar
Y cómo se hace?
Porque cuando yo te había dicho
“No te vayas”, vos
Ya ibas lejos
Tanto que pienso
Que no hay balas
Para el suicidio
Que nunca será muerte
Ya que muerte
Y suicidio
Son putas
Palabras

Pero vos querías vivir
(no acepto el “chau”)
Y vos querías morir
Es como tenerte enroscada
En esa duda
Es como una boa que te enrosca

Te aprieta fuertísimo

Y estás de color sangre

Sin aire

Tus ojos que se salen de tus ojos

Y me mirás muerta

En un abrazo de boa

Entonces empezás a podrirte

Ahora estás horrible y podrida

Enterrada

Enredada

Enroscada y de repente mordés a ese bicho

Porque querés soltarte

Para que volvamos a la casa

A la pieza

A la cama

Me acuerdo que me habías dicho

Que siempre

Te gustaba estar tapada, calentita

Que eras friolenta en el invierno

Pero ahora mordés a la boa

Y es como una canción

De acordes menores

De tristeza

Porque somos como un frío

Despiadado frío

Nieve

Y más nieve

Y tu piel que se aleja

Soy yo, te dije

Y había un silencio

Que ni mi voz se pronunció

Era horrible ver tu muerte

Una y otra vez

Te veo muerta

Fría

Y hay nieve
Horriblemente blanca

Te quiero agarrar
Y todo tu cuerpo
Saluda
Se despide
Chau chau
Estás al final
De un pasillo largo
Te veo tan chiquita
Quisiera agarrarte
Pero estás muerta
Y los gusanos en tu ojo
Que ya ni llora
Dónde podría
Encontrarte si ni estamos
Para qué busco
Si en la calle vacía
Me habías olvidado

Pero al verte hay nieve
Chau
Tu mano cae
Como violín en rapsodia
Pájaro herido

Porque Plaff! Un disparo
Plaff! Te disparan
Y en esa calle me has dicho
“Siento
Siento que quiero irme”
Y eran mentiras esas
Palabras largas de tu boca
Infeliz de besarme
Beso tácito de un infinito pasillo

En el que
Chiquitita
Te veo al final
Mil veces muriendo

Y me duele el color
Por la nieve ésta
Que cae mostrándote.
Tan olvido te has puesto
Hasta que un día
Has dicho "Fin"
Y comenzó todo un invierno.

- JORGE SEBASTIÁN ATAR BALOCCO-

María tiene suspiros de sandía
Solo porque es la fruta más improbable y fisura
Es fresca, tan llena de agua, hace nacer
una corriente cada vez
sobre su río, flotan, unas flores
de un anhelado jardín.

Sí María, un jardín hubiera salvado,
al menos, tu pensamiento
en qué momento los jazmines espiraron
su documento fantasía y ahora,
un jazmín es un cuchillo cuando acecha
en su trayecto de río, caen piedras
en tu trayecto, estimo, crece hiedra
hiedra porque red, porque palabras.

María, quisiera regalarte un jazmín mágico
un jazmín que se enloquece, sin nada más,
un jazmín porque hermoso y perfumado.
Y ahora en tu mente riegas plantas hermosas.

María ¿podiera acaso un poema abrazarte?
¿qué hago si no puedo entonces, combatir el mundo?

Me aniquila la existencia, decís,
y estás acá tan María, tan río, tan sonrisa
tan lucha, hermosa, compañera
quiero abrazarte
tal vez constituya un mueble para los brazos cansados
sonrisa amarga
tez de no caber tantos insultos en un enunciado
bastoncito, miel, mano
amiga, hiedra, luna, escaleras
para subir y para bajar
también rodearte
qué bueno fue ser una cuestión en el camino
por palabras, miradas, ternura o nada.

María camina y vuela allá.

Confío, María, que, en sí, tu hiedra te abraza y
te rodea besos,
tan río y besos.
No necesitás esto, sos tan siempre primavera

-LOURDES DAKAK-

ASUMIRME MUJER

¿Asumirme mujer
o
a-sumirme mujer?
Sumirme en ser
mujer.
Sumirme en ser.
¿Qué ven cuando digo
que soy mujer?
¿Encajo en una idea?
¿Qué ven cuando digo
que no soy mujer?
“Pero cuerpo”, responden.
Y cuando me asumen hombre
me piden disculpas.
Y les digo que no pasa nada
que no me ofende
porque ser hombre no es vergüenza
y que al final
es lo mismo.
¿Qué asumen cuando digo
que es lo mismo?
¿Qué piensan?

¿Piensan en el cuerpo
con la mente?
¿Sienten
lo mismo?
¿ven, hombres, un reflejo?
¿ven, mujeres, un espejo?
Pero dos es más que solipsismo.
Más que la mente
Y el cuerpo

de una
de uno.
Es en el diálogo que
se construye
la identidad.
En el ida y vuelta
y el a través
de los discursos.
Mi discurso es
que hoy más que nunca
no importa qué se es
sino qué nos asumimos
Y que nos a-sumimos.

Las mujeres...
sujetas políticas invisibilizadas

oculta tras el velo
de una historia
¿Mujer se nace o se deviene?
(el cuerpo no responde
todas las preguntas)
Si elegir es morir
¿cuántes se asumirían mujer?

-GAITA NIHIL-

Hace varios días que vivo sin saber que día es...
No entiendo porqué
Me cuesta entender
Confusión
No entiendo nada.
Salgo
Voy a la plaza
Miro como juegan los perros
Camino
Llego a tu casa
Te veo
Ahí, derramada en un colchón
La voz débil
Con lágrimas atascadas en esos ojos
Me decís que estas cansada.
No querés hablar.
Te abrazo
Nos volvemos a abrazar
Cuando me voy, me duele la cabeza
Y creo entender algo
Camino un poco más
Y otra vez la sensación.
Somos varixs a lxs que nos cuesta entender tanto
¿Qué día es?
Martes.
Hace días que siento vivir en un eterno domingo.
Hoy es martes y también parece domingo

-ANDREA BARBOZA-

CARTA DE JULIÁN A CLARA

Me dijiste que habías vuelto a comer, cuando yo te vi tomar, sabiendo que tomar y beber no es la misma cosa. Te vi de reojo, como a través de un espejo; más bien, te vi sin verte. Estabas inerte, esperanzada, viviendo. Vivías como en una película de los 90; eras Uma Thurman en Pull Fiction, esa de Tarantino, y yo solo era tu audiencia.

Vagabas entre cuatro paredes que siempre fueron demasiado chicas para tu cabeza, para tu desconfianza en la vida. Nunca pise un altar tan negro, en donde la hermosa ceremonia era beberse unos mates y tomarse al diablo.

Nunca volví tan apestoso como ese sábado-domingo, donde la lluvia me lavó la inconsciencia, y me devolvió la fuerza para caminar. Mientras andaba, pude entender lo que es ser de afuera, verte de afuera, vernos del otro lado. Así, lúcido y desinhibido, hasta que la cabeza me explotó tan fuerte que a la noche seguía en cama.

Si digo esto, es porque me sentí vivo, y eso no es vida. Lo sé porque lo sé. No me preguntés cómo, esas cosas no se preguntan. Es como tratar de mirarse en el reflejo metalizado de una alacena, o en la pantalla del monitor de tubo enfrente a la mesa redonda de jardín.

Son cosas imperceptibles, es la llegada del verano, las primeras gotas de la lluvia, los primeros pasos por un pasillo lleno de afiches de partidos políticos, o tu primera asamblea. Uno no sabe cómo sabe, pero sabe.

La nostalgia no se apaga con fuego. No es preciso matarse para dejar de pensar, aunque a veces parezca necesario, y las nubes negras te inundan la cabeza. Se hace insoportable, lo sé.

No voy a ser duro, y decir que no extraño el mar. Mis pies, más que nada, y mi cabeza. Es un poema que entra por los ojos, y no es de rima enrevesada. Es lo más lindo de existir. Pero el mar no está tan lejos, está a la vuelta de la esquina.

Por eso no llores, y no te mientas, no te hace bien. Apenas bien te conozco, pero me conozco, y esas cosas duelen. A la vida, a esta vida real, se aprende a aguantarla. Lo demás, es solo vacío.

Por eso aguanta, aunque sea hasta que lleguemos al mar. Porque el mar no se extingue, y vos lo sabes, al mar algún día vamos a llegar. Y qué bien lo vamos a pasar.

SANTIAGO FERNÁNDEZ

BICHITO

Una vez encontré un bichito en el patio de mi casa. No se si será que recién nos mudábamos y era la primera vez que yo tenía un fondo grande y verde. Pero ese bichito me parecía lo más curioso del mundo. Era como de un color parecido al rojo, pero con pintitas negras, y siete patas. Busqué por todas partes y nunca encontré ningún animalito con siete extremidades. Muy curioso. Después me intrigaba por qué me interesaba tanto un bichito que, sin querer faltarle el respeto, era un bichito de mierda. Después me di cuenta que no me emocionaba ese antenudo ser viviente que tenía ante mí, sino el espacio. Claro, un chico criado en un departamento y de repente liberado a la inmensidad de un patio grande...imagínense eso. Después uno se hace grande, y deja de mirar bichitos. Ya no le queda tiempo. Un bajón. La verdad volvería a la casa de mi madre solamente para jugar con un palito haciendo agujeritos en la tierra, horas de diversión asegurada. Pero el espacio nunca dejó de sorprenderme. Su forma, su conformación, su textura, su tamaño, su velocidad, y sobre todo, su hermosa capacidad para transformar a las personas. Y me refiero a desfiguraciones totales, tan delicadas como grotescas, tan imposibles de no verlas que a veces me aburre que la gente no se de cuenta.

Un changuito va caminando por la calle, con unas zapatillas medio rotas y una remera llena de agujeritos. Pequeñitos, pero están ahí. El changuito camina y empuja. En realidad tira. Tira de un carro lleno de cartones. Y el changuito es chiquitito, en la calle. Tanto que parece que la gente no lo ve, ni se da cuenta que pasa por al lado tuyo. Así de chiquitito se vuelve. Es pequeño, pero está ahí. Y después llega a su casa, con un par de billetes en el bolsillo. Bastante arrugados la verdad, pero bue, es lo que hay, lo que se pudo conseguir hoy. Sin quererlo, al entrar a su casa, cambian. Esos billetes son como lingotes de oro sólido. Como perlas recién sacadas de una ostra. Como la cura para la diabetes. Y él se hace gigante. Sus hermanitos se le cuelgan, y lo llenan de besos enormes. Y su madre le da un abrazo tan pero tan grande que parece que no entra en una casita tan chiquita.

Un pibito que anda en moto de noche. No entiende nada. Le duelen los brazos, la cabeza, la espalda. Igual anda pillo, viendo

todo. Pensando a la velocidad de alguien que va inventando la excusa mientras llega tarde. Da un poco de miedo verlo, porque verlo da un cosquilleo, una curiosidad morbosa. Y él sonríe. Saca una punta y te pide el teléfono. Ya no es un pibito, es un cuchillo gigante acarici ndote la panza, que se quiebra cuando aparece un peatón anónimo, convertido en Superman, que lo voltea y lo sostiene en el piso. El espacio, siempre tan haciendo de las suyas, convierte a al pibito en una alima a, un perro que acaba de robar comida, y a los peatones que pasaban por ahí, en zombies. Sedientos de sangre, se abalanzan sobre él, y lo golpean, y lo insultan, y lo escupen, y lo matan, y ya no es una persona, ni ellos tampoco.

Lo último que pensaba mientras escribía esto, además de probar si tenía suerte buscando el bichito de siete patas, es que el tamaño del espacio no tiene absolutamente nada que ver con su hermosa capacidad para desfigurarlo todo. Hay lugares reducidos, pero que pueden desdibujar en gran cantidad a la gente. Una silla por ejemplo. Un silla es un espacio tan importante, que a veces da un poco de miedo, el poder de una silla. Una chica sentada en una silla, llorando, con moretones en la cara. Le est  contando a un policía, que también está sentado en una silla, como la llevaron de un boliche, como eran cinco hombres, como la golpearon, como la obligaron a tener sexo con todos ellos, cómo iba vestida usted, y por qué salió tan tarde de su casa, y por qué no tuvo más cuidado, y capaz que hasta le gustó. Y esa silla hace que la chica ya no sea un víctima, ahora es un personaje promiscuo sacado de algún texto bíblico. Y esa habitación ahora es una fiesta en la que ella gozaba, tan fácil es transformar las cosas desde el lugar correcto. Así lo hizo el policía, desde su sillita, pequeña, como su miembro.

Otra silla importante es la de una escuela, o de una universidad. Una silla y un escritorio que separe la silla del iluminador o iluminadora, del alumno. El "sin luz". Por más que encandile. Por más grande que sean sus alas en cualquier otro espacio. Por más linda que sea su cabeza. Si est  en el lado incorrecto del

escritorio, se transforma en un ser sin luz, sin capacidad, y, sobre todo, sin permiso para pensar. Y el ser que debería ayudar a que su pensamiento baile libre sobre el espacio, lo ilumina, o eso cree que hace. Cree que lo ilumina hasta deslumbrarlo, cuando

en realidad lo está engeguenciendo. Y creé que es una estatua, de esas de mármol blanco. Esas que dicen “Sócrates”, “Platón”, “Soy un gran pensador con ideas demasiado eruditas para ustedes, simples mortales estúpidos”, cuando es una loca más, de tantas que las hay, gritando incoherencias sobre una silla, tratando de gritar más fuerte que los otros locos y empujando a los locos que también intentan subirse a gritar. Porque, al fin y al cabo, pensar es pararse a gritar locuras, esperando que alguien nos escuche. Cambiando únicamente, la silla que usamos.

MARCOS NAHUEL ESCOBAR

**Ella quiere mostrar las piernas sin que la devoren.
Ella quiere mostrar los senos sin que la torturen.
Ella quiere mostrar su piel sin que la persigan.
Ella quiere ser Mujer y a veces no se anima.**

**Ya no hay fantasmas en este casa, Mujer.
No habrá más fantasmas.
Date el gusto de sentir tu cuerpo,
De pasear con tu alma.**

¡BASTA DE MATARNOS! ¡NI UNA MENOS!

María José Bovi

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	7
PRÓLOGO (Clara Inés Pilivosky)	9
MUJER	11
MARÍA Y CLARA	17
I- MUJER NO DEJES DE LUCHAR.....	21
II- LA VIDA SE TE PONE NEGRA MUJER.....	23
II- PASTILLERO.....	26
IV- RESACA.....	28
V- EL CUARTO DE LA INFANCIA.....	31
VI- ES COMO ANDAR DE A DOS.....	33
VII- LOS JASMÍNES NO SE PASAN DE ESTACIÓN.....	39
VIII- DÍA PARA AMBULANCIA.....	48
IX- DÍA DE AMOR.....	52
X- ¿QUÉ HARÍAS SIN MÍ?.....	56
XI- EFECTOS DE UNA MERMELADA BARATA.....	59
MARÍA, CLARA Y LA CABEZA	63
MARÍA Y OSCURIDAD	75
I- DESPEDIDAS.....	79
II- MI MENOR Y UN ADIÓS QUE NO SALUDA.....	82
III- LA HISTORIA VUELVE A EMPEZAR.....	85
IV- LA HISTORIA SIEMPRE ESTÁ VOLVIENDO A EMPEZAR.....	88
V- PASAJERA.....	92
MARÍA	95
MARÍA, CLARA Y SU ADIÓS	131

I-	POÉTICA DEL ESPEJO NEGRO.....	135
II-	POÉTICA DEL ESPEJO BLANCO.....	155
III-	POÉTICA DE LAS DESPEDIDAS.....	165
	ENTRE MUCHXS, DINOSAURIOS.....	179
I-	Jorge Sebastián Atar Balocco.....	185
II-	Lourdes Dakak.....	189
III-	Gaita Nihil.....	191
IV-	Andrea Barboza.....	193
V-	Santiago Fernández.....	194
VI-	Marcos Nahuel Escobar.....	196
	NI UNA MENOS	199

Impreso por BONUSPRINT
Luna 261 - CABA
Tel: (011) 1540895542
bonusprint.libros@gmail.com

